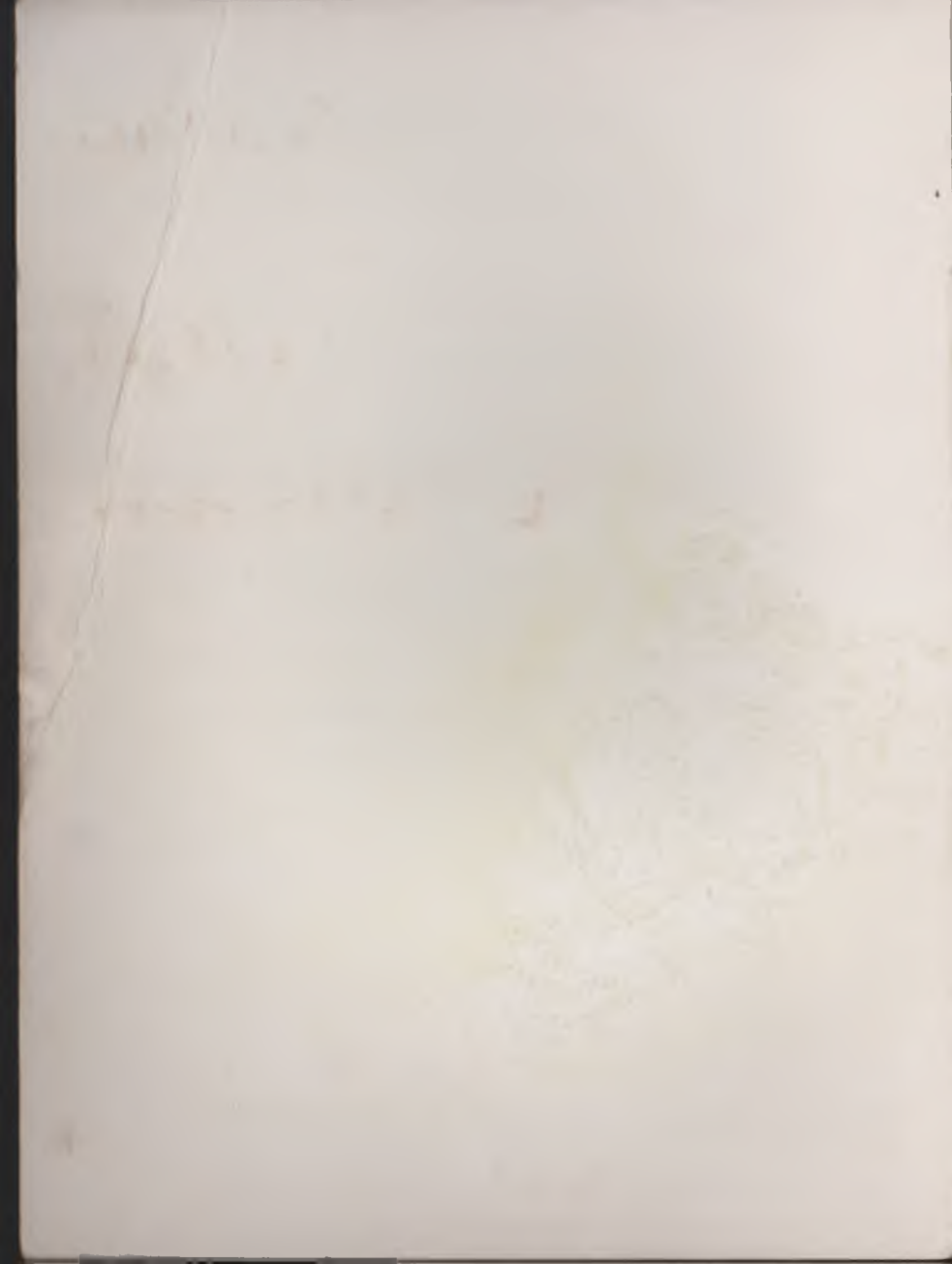


Justino Zavala Muniz

Ultima Crónica



ediciones del nuevo mundo



Justino Zavala Muniz

Ultima Crónica

*Ultima
Crónica*

Academia de Ciencias y Letras

Instituto de Cultura y Arte

ediciones del nuevo mundo

L. 379524

12/75. 1715

Justino Zavala Muniz

Ultima Crónica

Anotaciones de Francisco Espínola

Prólogo de Pablo Rocca

ediciones del nuevo mundo

L. 379624

by 1987

© Herederos de Justino Zavala Muniz

© 1987 Ediciones del Nuevo Mundo
Juan María Pérez 2912
Montevideo - Uruguay

Edición al cuidado de Pablo Rocca



Derechos reservados conforme a la ley.

Impreso en los talleres gráficos de A. Monteverde y Cía. S.A. 25 de Mayo 577.
Edición amparada en la ley N° 13.349, art. 79 (Comisión del Papel).

Depósito Legal N° 226.132/87

ULTIMA CRONICA: CONTINUIDAD Y RUPTURA

"Mi palabra siempre ha sido un instrumento de mi lucha, equivocada o no ella es el arma con que he querido vivir dramáticamente mi vida". Justino Zavala Muniz (página inédita).

1) La prosa de Zavala Muniz: ¿Novela, historia o crónica?

Los escasos estudios críticos que asedian los textos en prosa de Zavala Muniz, pasan por alto (o equivocan) la consideración teórica del género al que pertenecen. A primera vista este aspecto puede parecer una minucia técnica sin relevancia, sin embargo despejando este punto la lectura se re-sitúa en sus límites precisos.

En el marco del realismo, fuertemente influído por la escuela decimonónica (sobre todo por Balzac, France, Flaubert, Tolstoi, Dostoiewski y Stendhal), su obra en prosa responde a la caracterización que Roman Jakobson aportara de esta corriente artística: "el realismo se ha propuesto como finalidad reproducir la realidad lo más fielmente posible aspirando al máximo de verosimilitud". De acuerdo con la terminología de Greimas, el nivel de manifestación de la narrativa (el contenido de su discurso) ocupa genéricamente, un territorio de fronteras imprecisas desde los orígenes del género hasta nuestros días. La renovación estructural la aporta *Don Quijote de la Mancha*, texto que, por otra parte, Zavala relee, comenta y elogia toda su vida. Desde el siglo XIX la novela se convierte "en un género narrativo de ficción que enraiza en la vigencia de un realismo secular y social y que expone artísticamente, satisface imaginativamente y enjuicia críticamente las aspiraciones de la cosmovisión burguesa eminentemente competitiva, individualista y mundana", como señala Jaime Rest.

Acercamiento con la realidad, compleja y diversa articulación en partes o capítulos, ficción a secas aunque devenga de contenidos históricos, y aún los conserve parcialmente.

La historia, en cambio, se desliga de toda pretensión imaginaria. En la crónica, la conformación del relato respeta la sucesión temporal de los hechos históricos, sin destacar su encadenamiento causal mediante su interpretación. Por ella se filtra la subjetividad del cronista, con mayor libertad que en el historiador. Este, si lo es realmente, debe ceñirse a los documentos aunque contradigan su ideología. El cronista puede apelar, si lo desea, a las distintas vías de la labor historiográfica, pero la dominante de su escritura se aproxima a la narrativa en cuanto el que priva es el sujeto y no el objeto.

Desde estas pautas se hace necesario distinguir dos tipos de relatos en Zavala Muniz:

- 1) *Las novelas históricas* o "Crónicas" (stricto sensu): *Crónica de Muniz* (1921) y *la Revolución de Enero. Apuntes para una crónica* (1935).

- 2) Narraciones realistas puras: *Crónica de un Crimen* (1926), *Crónica de la Reja* (1938), *La Risa* (1969) — cuento — y *Ultima Crónica* (1987).

Más allá de estas precisiones es claro que el autor quiso, en la denominación de sus novelas bajo ese género, apuntar el origen real que poseen.

Arturo S. Visca en su prólogo a *Crónica de un Crimen* (Segunda ed. Clásicos uruguayos, 1966) sostiene que a Zavala lo mueve "la creación de un género literario personal: la crónica (p. IX); dos páginas más adelante afirma que el autor "quiere transmitir la realidad sin aditamento imaginativo alguno" y "la mirada del escritor se hunde en la realidad, no para soñarla luego novelescamente sino para rendirla en sus exactos perfiles esenciales" (p. XII).

Estas afirmaciones sobre el espinoso terreno de los géneros literarios, (Visca jamás define ese "género literario personal") no pueden ocultar las concomitancias y diferencias entre los dos tipos de relatos.

En el primer grupo, la *Crónica de Muniz* es, como el autor lo confiesa: "una reivindicación de Muniz... Y lo que fue en mi niñez un deseo de vengar a mi familia, se ha convertido — yo así lo espero — en el estudio de una personalidad típica de nuestra historia y de una época de bellos heroísmos y patriarcales trabajos" (Prólogo, pp. 7-8). Así el grueso volumen de 373 páginas, narra la historia del Gral. Justino Muniz con un claro afán de vindicación (¿y de vindicta?), acompañado por cuarenta páginas con 'documentos de prueba'. Hace más de sesenta años Gustavo Gallinal notó que la prosa de esta crónica es desaliñada y farragosa; pero también advirtió momentos de gran intensidad narrativa, como el relato del terrible episodio en la Casa de Ramón Mundo (cap. XXII), cuando Chiquito Saravia y los suyos atentan contra la vida de los ocupantes de esa casa: los padres del escritor, dos hijos de Muniz y personal de servicio. Los atacantes provocan un incendio y el saldo trágico es la muerte del hijo menor del caudillo. Este hecho es ocultado con mayor o menor discreción por la historiografía "saravista".

La historia predominará igualmente en *La Revolución de Enero*, minucioso relato de la organización, lucha y derrota del alzamiento revolucionario contra la dictadura de Terra, en enero de 1935. En ese libro secreto (editado clandestinamente para eludir la censura), se publican por primera vez documentos relativos a los hechos tan cercanos al tiempo de su edición. Nuevamente retoma la pasión de su primer obra para volcar en el enemigo todo su desdén, con las heridas abiertas por el dolor de la derrota, por los compañeros muertos.

Las novelas realistas puras, desprovistas del apoyo documental y de la intención deliberada de reconstruir episodios históricos concretos, están exentas de la pasión militante de las crónicas. Son más literarias. No obstante la observación de los tipos humanos en su área social, desplaza a la lógica de los acontecimientos históricos. Así en *Crónica de un Crimen*, "El Carancho" que asesina a sangre fría, es el núcleo de la acción narrativa. Zavala presenta la psicología del protagonista y la de los individuos y conglomerados sociales que lo rodean: la mentalidad de las clases sociales del campo y de Melo, algunos usos y costumbres, el determinismo (miseria, marginación, injusticia, arbitrariedad) de una organización social que genera la demencia y el crimen.

En *Crónica de la Reja*, Ricardo va creciendo (de Melo va a trabajar como pulpero a la campaña, luego juez de paz de la zona, más tarde propietario de la pulpería, al fin soldado de una revolución), mientras se muestran las variables del pequeño grupo humano que gira en torno a la pulpería. El autor en una bre-

vísima página inédita (custodiada por el Dep. de Investigaciones de la Biblioteca) llama a esta novela: "drama de los vencidos", "Vencidos por la miseria... Vencidos por la ignorancia que la miseria produce... Vencidos por el destino, fuerzas que quiebran sus fuerzas (Don Teodosio). Vencidos por el ambiente (Ricardo)".

En *Ultima Crónica*, los días de Julio Esnarri transcurren en Melo y Montevideo; el personaje asiste a hechos decisivos de la historia del país, pero éstos, si bien valiosos e imprescindibles en la forja de la conciencia del personaje; desempeñan un papel secundario en el desarrollo profundo del discurso narrativo y del actante.

Si estructural y temáticamente las obras en prosa pueden dividirse — a mi juicio — en los dos grupos señalados, hay en contrapartida una serie de factores que demuestran una rigurosa continuidad y unidad en toda la obra de este escritor. El espacio común a todos los relatos (con la parcial excepción del último texto), es el departamento de Cerro Largo; tanto sus pequeños centros urbanos: Fraile Muerto, Bañado de Medina y en particular Melo, como su vasta pradera con sus silenciosos y recios habitantes. Las constantes y minuciosas referencias de lugares, casas, zonas del departamento; demuestran un amplio conocimiento empírico de su tierra.

La progresión ascendente en el análisis de su mundo narrativo, se da a través de la vida de su familia y la suya propia. En todos los textos lo autobiográfico discurre encubierto o manifiesto, pero ningún relato se desprende de esa dimensión. A modo de ejemplo consúltese la Autobiografía que exhumamos en esta edición, para establecer algunas fuentes ciertas.

Veamos cronológicamente una síntesis argumental de ellas: La *Crónica de Muniz* narra la historia del caudillo y parcialmente de sus hijos. *Crónica de un Crimen* enuncia su visión de la pobreza de nuestra campaña y la medianía en que están sumidos los pueblerinos del interior. En esta novela el horizonte de observación se va ampliando. En *Crónica de la Reja*, la vida de Ricardo es en realidad la de su padre: "Era aún niño José Alberto Zavala, cuando pierde a su padre y necesita ir al campo de Cerro Largo a trabajar en una pulpería de Laguna del Negro. Sus años de entonces están narrados en *Crónica de la Reja*" — (Autobiografía). En *Ultima Crónica*, Julio Esnarri es creado, sin disimulo, en función de las experiencias personales del autor.

Por último, otro factor de radical importancia en la composición de las obras de Zavala Muniz es su origen oral. Cuando en un paseo a caballo Zavala Muniz, comenta a su abuelo su conocimiento de "un libro que habla mal de usted", éste le contesta: "No haga usted caso de esos libros; yo voy a contarle esas cosas ... Y nos volvimos ... mientras la voz reposada de Muniz iniciaba la historia de sus hazañas, cuyo relato había de continuar todas las mañanas y las tardes, en el zaguán de su casa" (Prólogo a *Crónica de Muniz*, p. 7).

En la dedicatoria de la segunda edición de *Crónica de la Reja* se lee: "Para mi hijo Justino. Este libro aprendido en la noble memoria de mi padre". Lo que es una forma de decir que lo narrado pertenece a un primer nivel de la narración, la oral; ejercida por su padre.

La *Crónica de un Crimen* conserva una estructura de relato "de fogón", en algunos momentos, por el entramado de anécdotas y la sucesión de historias que se acumulan. Véanse los relatos de "El Carancho" a sus padres sobre la vida en la cárcel.

Ultima Crónica inserta la mimesis de diálogos del personaje principal con su madre, amigos, tipos humanos característicos de su medio, un discurso en la asamblea universitaria.

2) Continuidad temática en *Ultima Crónica*.

Tanto en el estilo como en la reiteración de hechos narrados, la novela que la muerte dejó inconclusa, recoge elementos que fijan la continuidad con los textos anteriores. Desde esta perspectiva el discurso de Zavala es, (si seguimos a Todorov) iterativo, en tanto podemos encontrar que la obra de este escritor constituye "un único discurso que evoca una pluralidad de acontecimientos semejantes". El empleo frecuente de la oración subordinada en largos párrafos, es apenas sustituido ofreciendo una mayor fluidez verbal; las frases se hacen más cortas y precisas. La reiteración de algunos términos (angustia, misterio, dignidad moral, trágico, graves pensamientos, pueril) demuestran un código léxico restringido (lo que es una limitación), a la vez que una intención de simplificar el lenguaje para habilitar un canal de comunicación amplio. El tono, algo retórico, se pule sin perder esa condición promovida por glócos prolongados, oraciones yuxtapuestas con frecuentes complementos indirectos de uso equivocado, por ejemplo: "la sintió mirarle y sonreír cuando le preguntaba" (C. IV); etc.

Tomemos un sólo ejemplo de refundición de materiales narrados, aunque el lector perspicaz puede encontrar muchos más:

En el capítulo inicial de *Ultima Crónica*, el protagonista y su madre presencian la retirada de las tropas de Saravia, cansadas, harapientas, por las calles de Melo; e inmediatamente después el triunfal desfile de Muniz y sus hombres. Es la guerra civil de 1904 que se acerca a su término.

En la *Crónica de Muniz* relata: "Era una mañana de lluvia. El continuo pisar de los caballos, había salpicado los frentes de las casas con el barro de las calles. En Melo, el pueblo blanco, yo ví desfilar al galope a aquellos guerreros que llegaban hasta los balcones en los que las mujeres les ofrecían divisas, ropas, un bocado, unas monedas.

Pasan escuadrones y escuadrones, siempre al trote largo de sus caballos Aún no se habían borrado en los rostros de las madres y las novias las huellas del llanto que produjo el breve abrazo de los hombres que volvieron a partir cuando en las calles del pueblo los clarines de Muniz elevaron las notas alegres de sus dianas... Acompañado por mi madre, íbamos dejando a nuestra espalda los escuadrones que avanzaban por el camino..." (pp. 355-356).

Podemos encontrar un episodio similar en *Crónica de un Crimen*: "Me hace recordar aquellos días cuando entraba algún caudillo seguido de su asistente, y como pronto para un viaje ... él galaba desde su casa la marcha de los escuadrones que salidos de los montes nos despertaban a la mañana siguiente entrando por las calles" (p. 197. Véase también p. 219).

En "*Crónica de la Reja*" Maruja tiene grabados en su memoria hechos muy similares; aunque sean anteriores a 1904: "Arrullaron sus sueños cuentos de gesta; y en su infancia muchas veces estuvo en el patio los juegos de niña, para quedarse mirando pasar por las cuchillas los escuadrones de lanceros marchando a la guerra. En el rancho se guardaban las lanzas del padre y los hermanos, iguales a las que veía arrinconadas en las estancias cuando iba de visita".

3) Ruptura.

La aparición de Montevideo, como espacio de la ficción, es un aspecto nuevo en la obra de este escritor; con la capital se integran los tipos humanos característicos del período que abarca la novela (lindando los años veinte): un mormon, inmigrantes, la primera huelga de obreros anarquistas, estudiantes revolucionarios — aunque sólo sea en la oratoria —; figuras que contribuyeron a la formación del Uruguay moderno: Batlle y Vaz Ferreira.

La novela comprendía un proyecto mucho mayor que las páginas escritas.

Un proyecto quizás demasiado ambicioso: "Espero publicar este invierno un libro de narraciones y esta novela ambiciosa que pretende historiar el pensamiento uruguayo de 1904 a nuestros días" dice a la revista *Reporter* en 1962 (No. 50). Dejó cuatro relatos inéditos que iban a integrar el libro "*Los Cuentos de don Claudio*" ("*Calandria*", "*El Alma en pena*", "*El Haragán*", y "*La Risa*" — publicado póstumamente en la colección "*Los Departamentos*" dedicado a Cerro Largo (No. 18, 1970), todos escritos durante 1937.

El contexto de "*Ultima Crónica*" altera el esquema del mundo narrativo anterior. *Crónica de Muniz* y *Crónica de la Reja* se desarrollan en el siglo XIX principalmente, *Crónica de un Crimen* se sitúa en los tiempos posteriores a la última guerra civil.

La agonía de la guerra de 1904 y los inmediatos impulsos modernizadores del batllismo (no olvidemos que el autor siempre estuvo filiado a esta corriente política), conforman los primeros momentos de la novela póstuma: la transición de la guerra a la paz. En ese período de concordia desfilan personajes marginados (Juan de los perros, por ejemplo), en los que Zavala apunta un tema por el que tendrá especial predilección en su obra dramática: la locura como consecuencia de la injusticia y la miseria (*). Si en Espínola hay una observación compasiva hacia los desvalidos, en Zavala ese sentimiento se une a la denuncia. Son dos miradas dispares ante un problema y una concordancia: la búsqueda de la justicia y el amor en comunión temática y amistosa.

En el primer gran momento estructural (ocupado por los sucesos ocurridos en Melo, C. I - VII) hay dos resortes de la acción, válidos sociológicamente para los jóvenes de las clases medias en las pequeñas ciudades del interior: la historia de Enarri en el liceo departamental recién fundado y la relación con una prostituta. A esta última asigna varios capítulos; en el tratamiento del tema pueden encontrarse zonas de confluencia con el planteo que Espínola hace de la relación entre Juan Carlos y 'la Nena' en "*Sombras sobre la Tierra*" de 1933.

Montevideo (segundo momento estructural, C.VIII - XI) es presentado en pleno crecimiento demográfico, industrial — con las limitaciones evidentes —, con un alud de inmigrantes que huyen de las miserias de la posguerra europea, el del bajo, los cafés en continua ebullición, la ciudad que lame el mar; es la capital a la que llega Julio, donde irá conociendo formas de ver y de ser distintas a las de su pueblo, se integrará al ámbito universitario y sus luchas, presenciará la emergencia de un movimiento obrero combativo, con ellos sufrirá la dura represión de los coraceros. Desde la novela de 1921 la pasión por lo político no ocupaba la dimensión que alcanza ésta. Es que se trata de hechos que vivió en una existencia puesta, sin descanso, al servicio de la militancia política. Anotaciones en los manuscritos de la novela, revelan que fue escrita entre noviembre de 1960 y marzo de 1963. Con las inevitables revisiones debió trabajar en ella hasta el fi-

nal de su vida (ocurrida en marzo de 1968). Son los años de la derrota del batllismo y de su negación, en una política de represión al movimiento popular.

"Es mi experiencia. Es natural que el escritor siempre se nutre de su propio mundo, de lo que él ha aprendido... Esta novela es el proceso de las ideas en la vida de un hombre público", confiesa en un reportaje ofrecido a la radio oficial en aquellos años.

Casi veinte años de permanencia en el cajón de un escritorio, la copia definitiva de esta novela posee enriquecedoras anotaciones de Espínola, hechas con el motivo de dictar una conferencia en Melo (1968) sobre la obra de su amigo. Su edición permite conocer un relato de interés sin tiempo, un aporte importante para la narrativa uruguaya.

PABLO ROCCA

Montevideo, Abril de 1987.

(*) La obra dramática, bio-histórica y periodística no corresponde examinarla aquí. Señalemos las primeras ediciones reunidas en libro: (I) *Teatro*: "La cruz de los caminos" (1933), "En un rincón del Tacuarí" (1938), "Alto Alegre" (1940) y "Fausto Garay, un caudillo" (1940). (II) *Historia*: "Batlle, héroe civil" (1945).

AUTOBIOGRAFIA

Il primo capitolo della mia autobiografia, che si intitola "I miei inizi", narra la mia vita fino al 1945, quando ho lasciato l'Italia per rifugiarmi in Francia. In quegli anni, ho vissuto in una famiglia di emigrati italiani, che mi ha insegnato molto sulla vita e sulla cultura francese. Ho anche frequentato una scuola di lingua francese, dove ho imparato a parlare e a scrivere in francese. Durante questo periodo, ho anche lavorato come operaio in una fabbrica di tessuti. Ho vissuto una vita molto dura, ma ho imparato molto da quella esperienza. Ho anche conosciuto molte persone che mi hanno aiutato e sostenuto. Ho anche visto la guerra e ho vissuto la fame e la povertà. Ma ho sempre mantenuto la speranza e ho sempre lottato per la libertà e per la giustizia.

Il secondo capitolo della mia autobiografia, che si intitola "La mia vita in Francia", narra la mia vita dal 1945 al 1960. In quegli anni, ho continuato a lavorare come operaio in una fabbrica di tessuti. Ho anche frequentato una scuola di lingua francese, dove ho imparato a parlare e a scrivere in francese. Ho anche conosciuto molte persone che mi hanno aiutato e sostenuto. Ho anche visto la guerra e ho vissuto la fame e la povertà. Ma ho sempre mantenuto la speranza e ho sempre lottato per la libertà e per la giustizia.

Il terzo capitolo della mia autobiografia, che si intitola "La mia vita in Italia", narra la mia vita dal 1960 al 1980. In quegli anni, ho continuato a lavorare come operaio in una fabbrica di tessuti. Ho anche frequentato una scuola di lingua francese, dove ho imparato a parlare e a scrivere in francese. Ho anche conosciuto molte persone che mi hanno aiutato e sostenuto. Ho anche visto la guerra e ho vissuto la fame e la povertà. Ma ho sempre mantenuto la speranza e ho sempre lottato per la libertà e per la giustizia.

Il quarto capitolo della mia autobiografia, che si intitola "La mia vita in Francia", narra la mia vita dal 1980 al 2000. In quegli anni, ho continuato a lavorare come operaio in una fabbrica di tessuti. Ho anche frequentato una scuola di lingua francese, dove ho imparato a parlare e a scrivere in francese. Ho anche conosciuto molte persone che mi hanno aiutato e sostenuto. Ho anche visto la guerra e ho vissuto la fame e la povertà. Ma ho sempre mantenuto la speranza e ho sempre lottato per la libertà e per la giustizia.

Il quinto capitolo della mia autobiografia, che si intitola "La mia vita in Italia", narra la mia vita dal 2000 al 2020. In quegli anni, ho continuato a lavorare come operaio in una fabbrica di tessuti. Ho anche frequentato una scuola di lingua francese, dove ho imparato a parlare e a scrivere in francese. Ho anche conosciuto molte persone che mi hanno aiutato e sostenuto. Ho anche visto la guerra e ho vissuto la fame e la povertà. Ma ho sempre mantenuto la speranza e ho sempre lottato per la libertà e per la giustizia.

AUTOBIOGRAPHY

The following is a brief sketch of the life of the author, from birth to the present time. It is intended to be a simple, unadorned statement of facts, without any attempt at literary embellishment or dramatic effect. The author's life has been marked by many interesting events, and it is hoped that this sketch will give some idea of the character and course of his life.

CHAPTER I.

THE EARLY YEARS.

The author was born on the 1st of January, 1810, at the village of [illegible], in the county of [illegible]. His father was [illegible], and his mother [illegible]. He was educated at [illegible] and [illegible]. He spent his early years in [illegible] and [illegible]. He was married on the 1st of [illegible] to [illegible]. They have [illegible] children.

AUTOBIOGRAFIA

JUSTINO ZAVALA MUNIZ, nació en la ciudad de Melo - Capital del Departamento de Cerro Largo, Uruguay, en la calle hoy denominada "Justino Muniz" el 16 de Julio de 1898. Su abuelo paterno fué inmigrante vasco, don Genaro de Zavala. Cursando sus estudios como seminarista en el país vasco le sorprendió la guerra carlista en la que se alistó a las órdenes del General Zumalacárregui. En uno de los combates fué herido de bala en un hombro. Derrotados, emigra al Uruguay en donde constituye su hogar con Doña Jacinta Carballeda. El ambiente americano transforma fundamentalmente sus conceptos filosóficos y sociales: abandona la religión católica y suprime el De de su apellido por considerarlo un anacronismo en el tiempo y la República con la que se siente solidarizado.

En el pequeño pueblo que era entonces Melo, Don Genaro Zavala es el primer maestro de sus hijos de los cuales José Alberto ha de ser el padre del escritor.

Era aún un niño José Alberto Zavala, cuando pierde a su padre y necesita ir al campo de Cerro Largo a trabajar en una pulpería de Laguna del Negro. Sus años de entonces están narrados en "Crónica de la Reja". Autodidacta, José Alberto Zavala adquirió la cultura posible en aquel medio y aquel tiempo. Después que las huestes de Aparicio Saravia comandadas por su hermano Chiquito incendiaron su casa y su comercio en Laguna del Negro en el año 1896, tal como se narra en "Crónica de Muniz", y luego de haber acompañado en calidad de secretario a su suegro el General Justino Muniz en la guerra de 1897, él y su esposa Eugenia se radicaron en Melo.

Los Muniz, también de ascendencia vasca, viven ya en el Uruguay desde los primeros días de la Colonia. José Muniz; oficial de caballería de Artigas, fué el abuelo de Justino Muniz, abuelo a su vez del escri-

(*) Dictada por el escritor en el Consejo Nacional de Gobierno a sus secretarios Carlos Pacheco y Fortunata Guarino, en 1955. Los datos complementarios que se adjuntan en notas, pertenecen a una primer autobiografía, que data de 1948, redactada durante el ejercicio de su cargo de Senador de la República.

tor. Manuel Tomás Muniz, hermano de aquél, participa en la revolución de 1811: guerrea en las provincias argentinas; acompaña a San Martín en la expedición libertadora de los Andes y combate en Ayacucho. Vuelto al Uruguay, participa en la batalla decisiva de Ituzaingó y muere en Cerro Largo en el año 1852 con el título de "Coronel Benemérito de la Patria".

Junto a la Plaza Constitución de Melo, donde entonces reside su familia vió todavía pasar los ejércitos de Saravia y de Muniz persiguiéndole, durante la guerra de 1904.

La tradición cultural que hereda de su padre recibida del abuelo vasco lucha en su espíritu con la dramática herencia de su madre. Así alternan las lecturas que en la mesa familiar hacía a sus hijos José A. Zavala de "El Quijote" y "La Revolución Francesa" de Thiers, con las crónicas guerreras oídas en los fogones de la estancia del caudillo, su abuelo, en los campos de Bañado de Medina. Pero en lo íntimo, de una y otra aprendió que el hombre vive para un deber más fuerte que todo desfallecimiento: que su voluntad y coraje han de trazar un destino del que él se siente el único responsable.

Por otra parte, la tierra de Cerro Largo es, entonces, en el Uruguay la tierra de las Revoluciones: los Muniz y los Saravia son de Cerro Largo y aunque el segundo muere en 1904, la pasión de su divisa vive en la sociedad en la que está creciendo el niño que entonces en los patios de la escuela o en los juegos de la plaza, ha de sostener el orgullo de su apellido si no quiere traicionar, humillado, un deber que pesa sobre sus hombros y madura prematuramente el sentido de su responsabilidad.

Terminando el ciclo escolar, Justino ingresa al liceo de Enseñanza Secundaria en el que alterna sus estudios con la publicación de periódicos y huelgas estudiantiles a cuyo frente se halla.

En 1917, becado en mérito a las altas clasificaciones obtenidas, se traslada a Montevideo, su nombre se encuentra entre el de los dirigentes estudiantiles que luchan por la Reforma Universitaria.

Tiene 22 años, cuando publica "Crónica de Muniz".

Meses después ingresa a la Redacción del diario "El Día", a cuyo frente está Don José Batlle y Ordoñez.

Es electo Diputado en la Asamblea Representativa de Montevideo, a la que preside hasta su ingreso a la Cámara Nacional como Representante por el Departamento de Montevideo.

Dirige entonces, conjuntamente con Eduardo Diestre, la Revista Teseo, órgano de la Agrupación del mismo nombre - que él preside -

que reúne en su seno a escritores, poetas, plásticos y músicos.

Cuando cursaba estudios en la Facultad de Derecho, los interrumpe obligado por la intensidad de sus trabajos en el campo de la literatura y de sus luchas políticas.

En el año 1926, publica "Crónica de un Crimen". Se ha casado, y tiene entonces un hijo que lleva su nombre.

Es dos veces reelecto Diputado Nacional en representación del departamento de Montevideo.

En 1930, publica por primera vez "Crónica de la Reja".

El 31 de marzo de 1933, el Presidente Gabriel Terra instaura la Dictadura en el Uruguay. Justino Zavala Muniz es el último orador de la memorable asamblea del Parlamento uruguayo en aquella dramática madrugada.

El deber ciudadano y la tradición familiar se aúnan en su conducta. Conoce la persecución y la cárcel.

En 1933, estrena su primera obra de teatro "La Cruz de los Caminos" (1). La policía de la dictadura prende durante todos los espectáculos, distintos grupos de espectadores; pero el éxito de la obra la mantiene en el cartel a pesar de los esfuerzos policiales.

En 1934, es preso y procesado.

Durante ese mismo año Zavala Muniz ha debido hacer vida de matrero en las Sierras del Guazú-Nambí de su departamento de Cerro Largo. Los viejos soldados de su abuelo el caudillo, o sus hijos cuidan de su libertad.

En Enero de 1935, estalla la Revolución contra la dictadura terrista.

Cerro Largo aporta el mayor contingente de revolucionarios. Zavala Muniz está entre ellos, con el cargo de Jefe del Estado Mayor.

Perseguidos y bombardeados diariamente por los aviones gubernamentalistas, la Revolución no contó con el apoyo activo del pueblo y fue vencida.

Zavala Muniz tomó el camino del destierro hacia Brasil. En los campos del Río Negro, había sido sacrificado por la metralla gubernista, un Muniz, tío del escritor.

Reside durante largos meses en la ciudad brasileña de Bagé; hasta que, por sus íntimas vinculaciones con el movimiento revolucionario

(1) "En el Estudio Auditorio del Sodre. La lleva a escena la compañía (cooperativa teatral) 'ION' dirigida por el escritor Rodolfo González Pacheco".

que estallara en diciembre de ese año en el Brasil, regresa al Uruguay (2)

Durante su permanencia en el destierro escribe la "Crónica de la Revolución de Enero"; un Ensayo de interpretación de la Historia del Brasil, y otro sobre "Os Sertões" de Euclides Da Cunha.

De nuevo en la lucha política y revolucionaria contra la dictadura que impera entonces en su país, es varias veces preso y procesado.

Mientras tanto funda y dirige la Editorial "Nueva América" como un instrumento más contra las oligarquías que avasallan el pensamiento en el continente, y traduce y edita la novela "Bruhaha" del escritor brasileño Pedro Motta Lima (3)

En el año 1938 estrena su segunda obra de teatro "En un Rincón del Tacuarí" que, pese a su éxito, él retira del cartel por no someterse a una imposición humillante del gobierno, lo que provoca una gran reacción de los intelectuales y obreros del Río de la Plata, y culmina en un homenaje público que organiza en su sede el Ateneo de Montevideo.

Casado, en noviembre de 1939, con Doña Maria Julia Garayalde, tiene con ella dos hijos: Francisco Alberto y Eugenia.

En 1940 estrena "Alto Alegre" en Buenos Aires y en 1942 "Fausto Garay, un Caudillo" en Montevideo.

Recobrado el imperio de la Democracia en el Uruguay es electo por su partido Senador Nacional en el año 1942; desde entonces, dos veces reelecto, preside durante su permanencia en el Senado, la Comisión de Instrucción Pública.

Dirige en el Uruguay el movimiento de Ayuda al Pueblo Español en su lucha contra Franco y en tal carácter asiste a la Convención realizada en Santiago de Chile en 1944. Allí por su iniciativa, se crea el Comité Sudamericano de Ayuda al Pueblo Español y se le designa Presidente.

Preside en 1945 la Embajada Cultural de su país al Brasil. En el mismo año la editorial mexicana, Fondo de la Cultura Económica, publica en la Colección Tierra Firme su obra "Batlle Héroe Civil".

Designado Embajador Extraordinario ante el gobierno de México

- (2) "Durante su permanencia en Bagé participó en el movimiento clandestino de la lucha revolucionaria contra el gobierno de (Getulio) Vargas".
- (3) "Falta agregar las narraciones publicadas en revistas uruguayas y extranjeras, estudios literarios y de interpretación histórica de los hechos del Uruguay y de otros países de América".

en 1946, a su regreso visita los países del Pacífico; data de entonces su conocimiento y su amistad con Haya de la Torre.

Por su iniciativa se crea en 1947, la Comisión de Teatros Municipales y bajo su Presidencia crea la Comedia Nacional, la Escuela Municipal de Música, la Escuela Municipal de Arte Dramático y el Museo y Biblioteca del Teatro (4)

Presidió asimismo de 1948 al 51, el Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica (SODRE).

En 1951 Preside la Delegación Uruguaya ante la Asamblea General de la Unesco en París y la Conferencia Mundial de Educación en Ginebra; visita Inglaterra en calidad de invitado por el Consejo Británico.

Reelecto Senador, al inaugurarse la forma Colegiada de Gobierno, en el Uruguay, el Consejo Nacional le designa Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social en 1952. Bajo su égida se crea el Conservatorio Nacional de Música, se inicia la Biblioteca Artigas, con la publicación de los Clásicos uruguayos, se crea la Imprenta Nacional de Música y se constituyen las Masas Corales en el interior del país que agrupan en la actualidad a más de 2.500 cantantes.

En noviembre de 1954 inaugura la Asamblea Mundial de la Unesco en Montevideo de la que es electo Presidente por el período 1954 - 1956.

Ese mismo año en elección popular directa es electo Consejero Nacional de Gobierno, cargo que actualmente ejerce.

En 1955, la Editorial Aguilar (España) edita la segunda edición de "Crónica de la Rreja" (5)

En 1956 viaja a la India como Presidente de Asamblea Mundial de la Unesco, para entregar el cargo. Ante un estadio colmado por un público de 250.000 personas — durante un acto de danzas y cánticos de cada una de las regiones de la India —, desarrolla en breve síntesis, la historia del proceso cultural del Uruguay y los logros obtenidos.

En 1958 integra las listas de su Partido como candidato a Edil de la Junta Departamental de Montevideo, cargo honorario como el de la

(4) "Fue designado Miembro de Honor de la Casa del Teatro, (organización para organizar a todos los que en una u otra forma están vinculados a las actividades teatrales) en "mérito a sus altos servicios prestados al teatro del Uruguay".

(5) La Autobiografía se detiene en este hecho, es completada por su viuda la Sra. María Julia Garayalde, en marzo de 1987 (Nota del Editor).

Asamblea Representativa en que iniciara sus luchas.

En 1959 renuncia al cargo de Edil y abandona la actividad política.

En Noviembre de 1960 — como consta en los originales — inicia su trabajo de creación, de la que será su última novela.

En 1964 y por el término de dos años, ocupa por segunda vez la Presidencia de la Comisión de Teatros Municipales.

Fallece en la ciudad de Montevideo, el 24 de Marzo de 1968 a la edad de 69 años.

ULTIMA CRONICA

ALPHABETICAL

THE ALPHABETICAL INDEX OF THE NAMES OF THE
MEMBERS OF THE HOUSE OF COMMONS
FROM 1701 TO 1801
AND
THE NAMES OF THE MEMBERS OF THE
HOUSE OF LORDS
FROM 1701 TO 1801
AND
THE NAMES OF THE MEMBERS OF THE
HOUSE OF COMMONS
FROM 1801 TO 1832

CAPITULO 1

- Julio, se enfría el desayuno. ¿Qué esperas para venir? (1)
- Ya voy, Están trayendo los gallos; déjame mirar. Iré enseguida (2)
- ¡Media hora hace que te llamo! ¿No viste nunca los gallos, criatura? Desde aquí los oirás cantar. (3)
- Sí, lo sé. Pero quiero verlos ... Espera. Están casi todos; los del Comandante, los del Indio, los de Don Juan.
- Pero si vienen todos los días, y pasan horas en la plaza! Te alimentas y vuelves a mirarlos.
- Sí, ya sé, ya sé. Pero no importa; déjame verlos.

A la sombra de los plátanos y los naranjos de la plaza del pueblo, sobre la mancha de los pastos recién crecidos, los gallos de riña saltaban de los brazos de los compositores, ensayaban una breve carrera que la traba detenía y, erguidos en el desafío, alzaban su canto entre los que ya estaban allí verdeando. (4)

La luz de la mañana se enrojecía en sus crestas, en el cuello sin plumas para la pelea, o era un iris multiplicado y brillante en las alas poderosas que el canto estremecía. Unos eran blancos; otros overos, cenizas, negros luminosos; de un rojo sombrío o color uva, los giros.

Apenas picoteaban el pasto, vigilantes, nerviosos; avanzaban un trecho y de nuevo el canto llamando a la pelea. Al que contestaban el más cercano, el otro, hasta el más distante, poblando la plaza con su alegría.

Julio sabía que todas las mañanas los gallos del Comandante, del Indio, de Don Juan, eran traídos a verdear y pasearse en el círculo breve de la traba. Sentado a la puerta del zaguán lo está mirando lle-

- (1) No es desde la inteligencia que se entiende a la patria, es desde el corazón. De un corazón refugiado en él mismo por su "timidez".
- (2) El mínimo de materia expresiva y el máximo de expresión.
- (3) Nada hay menos literario que la gran literatura.
- (4) El orgullo de un escritor. Es que gracias a su escritura, llevó la atención sobre sí y subjetivamente... (ilegible)

gar, como si esta fuese la primera mañana en que los viera.

Desde el cuartel junto a la orilla del Conventos, llegan las dianas que la banda-lisa ensaya. (5) Y en la alegría de los clarines, alzan los gallos sus voces en el aire liviano de aquella mañana de primavera.

— ¿Hasta cuándo has de estarte ahí, muchacho? ¿A qué hora harás los deberes?

Fue preciso entrar. ¡Ahora, cuando la calle comenzaba a animarse con el trote de los caballitos de los lecheros que se iban ya, sacudiendo en sus costados los tarros vacíos!

Desde su jaula suspendida del alto naranjo, un mirlo llenaba el patio con sus cantos; de la calle llegaban las voces de los placeros conduciendo sus carros cargados del verde luminoso de las chalas de maíz y la alfalfa recién segadas.

A la sombra del naranjo Julio intentaba continuar sus deberes escolares, con terca voluntad desfallecida al instante. Los números estaban allí, sobre la página del cuaderno, con su significado inaprensible, guardando una difícil respuesta que él no podía desentrañar.

Por el muro del arriate que ocupaba un costado del patio, corrían los chingolos respondían con breves vocécitas al canto del mirlo o iban a esconderse entre las violetas y a posarse entre las flores doradas de la retama.

Mientras sentía que un sueño súbito e invencible le volteaba los párpados hasta perder de su mirada la blanca página, los números continuaban allí, mudos, indiferentes, aguardando la respuesta que él no hallaba en su aburrimiento.

Los clarines de la banda-lisa seguían sonando en la mañana. Y sin que su voluntad pudiera contenerles, sus pensamientos escaparon hacia el recuerdo.

Sonaban también entonces los clarines.

Desde la noche anterior se sentía en la calle, en la plaza, en una imprecisa lejanía, trotar de caballos, nerviosos relinchos, rodar precipitado de carros y las voces de los hombres, enérgicos y breves.

Todas las lámparas de la casa se habían apagado y él se sentía sólo acompañado por las voces ensordecidas y graves de sus padres y por el andar impaciente de Loreta, cuando el sueño venció su miedo hasta la temprana mañana en que corrió al balcón que daba a la plaza.

Le quedaron las palabras:

— ¿Qué es esto Mamá?

(5) Las dianas situadas para provocar la evocación.

- Es la guerra. Dicen que ahí viene tu abuelo.
- No. Estos son los enemigos.
- Estaba cayendo una lluvia lenta y sin truenos.

Por la calle deshecha en barro, sobre las veredas, atravesando la plaza, pasaban los jinetes, las caballadas, los grandes carros entoldados. Al trote, al tranco; los escuadrones. Quedaba un momento vacía la calle, y venían otros escuadrones, otros, otros, sin cesar.

Iban empapados, sucios, crecidas las barbas; graves los gestos, cansadas las voces. Unos montaban potros que rompían las filas y amenazaban estrellarse contra las paredes ya cubiertas de barro; otros en caballos vencidos sobre cuyas ancas sonaba el golpe del rebenque. Unos vestían bombachas sobre las botas, bajo los ponchos; otros, uniformes militares; muchos, chiripá. En la frente, en el sombrero, la divisa blanca o celeste. Sobre la espalda la carabina; en el aire las lanzas y las banderas abatidas por la lluvia.

Desde los balcones les alcanzaban monedas, frutas, un trozo de carne asada. Algunas manos arrojaban flores o alargaban divisas, mientras voces de mujeres gritaban los nombres conocidos o lanzaban vítores.

Ellos continuaban pasando mientras las caballadas relinchantes se golpeaban contra las paredes, se dispersaban en la plaza y volvían a unirse, siempre al trote, en la anchura de las calles cuyo barro continuaba ennegreciendo las casas.

Un sol de enero avivó los rostros de la guerrera multitud.

Iban mujeres vestidas como los hombres; las heroicas chinas que acompañaban a su gaucho en la guerra como en la paz. Algunas en vez de carabina llevaban una guitarra a la espalda. Mozos apenas adolescentes junto al padre, veterano encanecido.

¿Cuántas horas pasaron? El no lo supo. Sólo tiene el recuerdo de un desfile interminable de pronto interrumpido, porque en el espacio abierto iban solos, graves, los caudillos.

Ellos seguían pasando cuando desde el Conventos comenzaron a oírse descargas de fusiles.

Ahora la voz de Loreta que vino a decir:

— En la escuela están bajando los heridos. Los muertos quedaron en el campo.

Ya pasaron las caballadas enardecidas por los relinchos. Se han acabado los vítores. Los escuadrones siguen desfilando en silencio, mien-



tras suenan los disparos. (6)

— ¡Qué tristeza, madre!

Son los perseguidos.

Comenzaron a cerrarse las puertas de los zaguanes. La plaza quedó vacía, cubierta por el barro que miles de cascos levantaron en ella en la mañana lluviosa.

Un petizo se ha quedado, olvidado, a la sombra de un naranjo. Aunque está allí sin fuerzas para huir, ningún niño ha salido a buscarlo.

Callaron también los fusiles. Un denso silencio de espera de las dianas.

Otra vez vuelven los jinetes a trotar por las calles. Al principio son pocos y dispersos. Pero ya vienen los escuadrones. Estos traen el aire alegre; el gesto altivo.

De nuevo los relinchos y las altas voces de los hombres queriendo hacerse oír entre ellos. Ahora son otras las voces que le saludan con vítores y otras las manos que les alcanzan divisas. Pero éstas son rojas, como las que muchos traen en el sombrero y las banderas desplegadas al viento.

Y mientras los escuadrones de jinetes continúan pasando, desde lejos se sienten los clarines acercarse al ritmo del tranco de los caballos. Julio busca en los rostros alegres el de algún conocido. Pero se fatiga en la espera, mientras los escuadrones se suceden con sus uniformes empapados por la lluvia reciente; otros con las bombachas remanadas que dejan al sol sus rudas piernas o el chiripá recogido en los muslos.

Ahí vienen los lanceros. No piensa cuántos son; sólo ve que pueblan el aire de la ancha calle entre las ennegrecidas casas que la rodean, y ponen sobre el cercano horizonte el breve ondear de sus banderitas coloradas.

— ¿Y el abuelo, no vendrá?

Si, ya llega; los clarines lo vienen anunciando. (7)

La multitud se volvió indiferente a sus ojos. Sólo atendía al aire de victoria con que los clarines venían acompasando el tranco del caballo sobre el que el abuelo se acercaba.

Hasta que la vibrante música irrumpió en la plaza, dominando las

(6) El primer tiro de Zavala Muniz. El mayor sacrificio no es exponer la vida; para un hombre puro el mayor es tirar a matar.

(7) ¡Qué orgullo de nieto!

voces de los soldados, los relinchos, el golpear de las ruedas de los carros sobre la calle. (8)

El sol de la mañana multiplicaba su luz en los sonoros metales, en los sables, en las puntas de las lanzas, mientras el viento abría una bandera nacional sobre el espaciado grupo.

Allí venía el caudillo.

Erguido sobre el caballo de brioso andar contenido; sin divisa ni galones; de grave serenidad el gesto, avanzaba por la calle fangosa, en el espacio abierto entre los soldados de un regimiento y las lanzas de su escolta. No lleva uniforme, ni cuelga el sable a su costado. Vestido de negro, desde la bota al sombrero, más blanca parece su barba, como la plata del recado en cuya cabezada la luz se quiebra. Ningún signo le distingue, sino es su propia estampa y aquella lanza de festoneada hoja con un trébol calado en el centro, que el asistente lleva alzada a su espalda.

Aunque era lenta la marcha, ¡qué breve su imagen en los ojos del niño!

Y así lo miró perderse al doblar en la calle cercana. Las dianas de victoria le iban anunciando; le escoltaban las lanzas y los escuadrones le seguían, sin cesar.

Una súbita pena nubló el ánimo del niño.

— Mamá, ¿por qué se fue?

— Así es la guerra. Más tarde, tal vez, podamos abrazarle. (9)

Todavía le llegaban las voces de los clarines. Pero se iban apagando, lentamente, cada vez más lejos. Allá se iba el abuelo.

Así quedó en su memoria esa mañana de tristeza.

La voluntad vence al recuerdo, y el pensamiento vuelve a fijarse en los números que aguardan su respuesta. Los deberes comienzan a cumplirse en el esfuerzo renovado por la proximidad de su fin.

Pero las imágenes de aquella guerra de 1904 que sus ojos recogieron cuando apenas tenía seis años, vuelven a iluminarse en su memoria llamadas por las dianas que continúan llegando desde el cuartel.

La diligencia adelantaba conducida por el galope de los caballos, en la fresca mañana de un principio de primavera. Por las ventanillas abiertas pasaba ante los ojos del niño el paisaje con las carreras de los ñanduces en las lomas y el vuelo alarmado de los teru-terus.

(8) ¡Qué lindo y exacto!

(9) Esto es tremendo.

La revolución había terminado y por los campos abiertos estaban volviendo a sus pagos los dispersos escuadrones.

Todavía no imperaba el orden, y ya no había jefe o caudillo que pudiera imponer su autoridad. Cualquiera podría ponerse una divisa, colorada o blanca, reunir grupos de desalmados y convertirse en el azote de los caminos. Después, cuando llegara la paz e imperase la justicia, la línea de la frontera estaba próxima para perderse en la inmensidad de la tierra brasileña.

La diligencia corría sin pausa para que la noche no la alcanzara en el campo. La familia, menos el padre, iba en ella.

Julio se distraía observando aquel juego en que venían, desde que salieron campo afuera, el cuarteador y los caballos prendidos a los tiros. Al galope fugitivo del uno, perseguía el galope de los otros mientras estallaba en el aire el látigo del mayoral. Así iban bordenado unas altas piedras del camino entre dos lomas, cuando de pronto, en la cuchilla cercana, empezaron a levantarse las puntas de unas lanzas.

Un grito de angustia sorprendió al niño.

Suspenso quedó el galope del cuarteador, frente a los caballos detenidos y jadeantes.

— ¿Quién es? preguntó su madre.

— ¡Carancho, señora. Será preciso cerrar las ventanillas! ¡Qué desgracia que venga usted, la hija del General!

Julio pudo ver aún a los jinetes coronar la altura y descender al galope sosteniendo en el aire las cien lanzas con sus banderitas blancas y celestes.

En la diligencia cerrada, sobre la ensordecida voz de un llanto, resonaba el galope acercándose.

— ¡Nos matarán, nos matarán; son los enemigos. Es el negro Carancho! Seguía llorando la voz.

— ¡Alto! - Gritó uno, y se hizo el silencio.

— ¿Cómo está comandante? - Saludó amistoso el mayoral.

— ¡Viaja temprano, compañero!.

— ¿Cómo, no sabe que ya se hizo la paz?

— A mi nadie me lo ha ordenao. ¿Quién viaja, encerrado en su diligencia?

Julio sólo recuerda el cuadro que enmarcaba la ventanilla abierta, y la voz de su madre cuando dijo altiva, su nombre. (10)

Hubo un silencio angustioso.

(10) Disfunción técnica.

Carancho estaba allí, moreno, alto, enjuto, con una ancha divisa celeste en el sombrero. Detrás suyo los soldados, callados y hoscos, apoyadas sus lanzas sobre el campo.

Carancho se adelantó sobre el caballo azulejo y frente a la ventanilla desde donde Julio miró que su madre le miraba, echó pie a tierra y avanzó, quitado el sombrero, lanza en mano.

Julio vio, por encima de la cabeza del guerrero cómo los suyos se descubrían, respetuosos.

— Señora: yo peleé contra su padre; pero lo respeto y quiero. El fue jefe del mío. Aquí están mis cien lanceros para servirle de escolta.

— Ya corría de nuevo la diligencia sobre el llano, cuando Julio pudo todavía verlos trotar por el filo de la cuchilla, alzadas sobre el horizonte las brillantes lanzas.

El recuerdo de la guerra quedó en su memoria fijado en estas imágenes y en el dolor que le produjo la pérdida de su petizo tostado. Lo recordaba una mañana luminosa en la casa del campo.

Su padre lo llevaba de la mano, entre la tierra levantada por la tropilla galopando en la rueda del corral. De pronto cruzó la mancha dorada del petizo. Aún sentía la voz del padre diciendo:

— Ese es el suyo. (11)

No le pusieron bozal, ni él pudo hacerle una caricia. Pero desde aquel instante el petizo era suyo, y soñó que un día iría montado sobre su lomo terso por los campos abiertos. (12)

Después vino la guerra.

Volvió la paz.

Julio no vio el luto de las mujeres, los campos quemados, los alambrados destruidos. No supo cuántos hombres jóvenes quedaron bajo una cruz en las lomas, ni a cuántos esperaban aún las sillas vacías en la mesa familiar. (13)

El dolor de la guerra, su noche de llanto, fue para él aquella en que supo que le habían perdido su petizo tostado.

¿Para qué lo llevaron? ¿Por qué esa injusticia?

Y sus lágrimas quedaron para siempre sin respuesta. (14)

(11) Un niño sin un caballo, sin un perro diferencia a los orientales de las generaciones posteriores a la nuestra. Hay que ofrecerles compensación.

(12) No era para pasear. Era para complementarse.

(13) Pero debimos enterar a las nuevas generaciones.

(14) Era el alma de un niño, pues donde se iban depositando tentaciones graves y trascendentes. En ella quedaron para siempre: y todos los actos del hombre tuvieron su fuente de estímulo y de orientación en ese curso sagrado. De una parte de él, el aspecto literario. hablará Ibáñez mañana.

Un día más se está cumpliendo en la vida de Julio.

Pasaron las tediosas horas del encierro en la escuela, sólo aligerado por la voz suave, como una caricia maternal de la maestra.

Si, él ama a ésta como a las otras. Ellas vencen su torpeza; ahuyentan su timidez. (15) En su voz cobran claridad los números; se pueblan de imágenes las grandes hojas coloreadas de los mapas suspendidos sobre el pizarrón, y anuda el llanto en su garganta la muerte del "Vigía Lombardo", cayendo como un tierno fruto del árbol alzado en la colina, o el sacrificio escondido de "El escribiente florentino". Doña Severina, Ramonita, Edelma; desde los primeros años sus nombres van quedando en la memoria, guardados por su gratitud y la ternura.

Ya va a llegar la nohecita (16) y ellos aún continúan sus juegos en la plaza donde esa mañana estuvieron los gallos.

Allí están los amigos. Vinieron de la calle Matta, del Alto Alegre y la Cuchilla de las Flores. Y mientras se esconden detrás de los naranjos o los plátanos, o se persiguen con alegres voces entre los hombres que conversan distraídos en los bancos que bordean los caminos, en las copas de los árboles cantan los pájaros y el vuelo tenaz de las golondrinas mide el largo de las calles.

De pronto callan las voces; los que hacen de policías y el matrero, todos detienen el juego porque Don Pascual, llevando sobre las espaldas una bolsa repleta, va por la calle que limita el ancho de la plaza.

Los ojos de los niños le siguen con miradas ansiosas, mientras los hombres lo ven pasar indiferentes.

Lleva viejas ropas que no eran suyas; calza gastadas alpargatas, como el sombrero que le cae sobre los ojos brillantes en el rostro cetrino. Ellos no saben si es joven o viejo. Parece que nunca ha sido niño. (17)

Vive a corta distancia de allí; en el Teatro Viejo.

Han oído decir que en un tiempo el Teatro Viejo fue uno de los edificios más hermosos del pueblo. Ahora es casi una ruina; con su tejado hundido; las grandes puertas que se caerían en pedazos si se abriesen; las ventanas arrancadas por los vientos. Sólo quedan intactas las dos redondas y altas columnas que sostienen el pórtico semejante al de un templo.

(15) Era un tímido. El ser más tímido que he conocido.

(16) Porque en literatura no se emplea la palabra.

(17) Los únicos que han sido niños, son los hijos del campo y la mayoría de los pueblos.

Si en el atardecer tirara sobre él una piedra, vería alzarse en vuelo bandadas de palomas. Quien pasa por su acera en la noche, siente el frío correrle por el cuerpo, sorprendido por el graznido quejumbroso de los lechuzones. No se siente otra voz entre sus paredes, como ninguna luz se ha visto salir por los huecos de sus puertas.

Allí mora Don Pascual, El Lobizón. ¿Desde cuando? ¿Quién lo puso allí y para qué? ¿De qué vive El Lobizón? ¿Es que acaso come?

Nunca le han conocido amigos, ni oído la voz.

Cuantas veces lo ve, estas preguntas vienen a la frente de Julio. Pero Don Pascual ya se ha perdido en la primera esquina, y los niños lo olvidan en sus juegos despreocupados, hasta que la noche cae sobre Me-lo.

— Hoy no habrá luna. Mónaco vendrá a encender los faroles.

Sobre el pueblo se está haciendo el silencio.

Desde la torre de la capilla las campanas dejan caer el anuncio de las horas, al que contesta el silbato de los guardiaciviles. Entre largos espacios los centinelas se gritan el ¡Alerta!, en el cuartel.

Los zaguanes que dan frente a la plaza alzan sus luces rojas, verdes, azules, con las que iluminan un trozo de la vereda y la calle por donde ya nadie anda.

Es la hora de los cuentos; de las viejas narraciones de sangre y de “aparecidos”; cuando la oscuridad se puebla de terrores.

De pronto los niños ven venir a Mónaco desde la calle principal. Lo anuncia la luz que se balancea en su mano.

Se acerca a las casas; apoya en ellas su escalera y trepa proyectando fantásticas sombras, hasta el farol empotrado en la pared.

Cuando desciende, un círculo iluminado queda en el aire suspendido, resbala por el muro y apenas llega a la calle que la oscuridad opri-me.

Así anda por las calles, por la plaza, deteniéndose cada media cuadra, repitiendo la luz de su farol en las paredes.

Por donde él pasa, van quedando las rojizas claridades que ahuyentan al miedo.

— Buona sera, signori.

— Buenas noches, Mónaco, responden los vecinos.

Y por la oscuridad se aleja como una sombra sobre la luz balanceándose en su mano.

Julio siente cuán pronto llega el sueño donde mueren las imágenes de aquel día de su infancia.

CAPITULO II

Julio finaliza ya sus estudios en la escuela y comienza a descubrir el mundo por sí mismo. Sabe que no se encierra entre los muros familiares de su casa, en los bancos del colegio, ni en el círculo de sus compañeros en los juegos.

El tiempo se alarga en su conciencia hasta más allá de los días en que vive, y los recuerdos vienen a fijarse en la memoria, ordenados y precisos. Por ellos mide los años y comprende que un orden le rodea y se impone a su espontánea y cambiante voluntad.

Aunque todavía pasen despreocupadas las horas en que juega a hacer bailar los trompos en las troyas o guiar el vuelo de las multicolores cometas en las mañanas de primavera, la vida, irrumpe tumultuosa en su conciencia. La siente llegar desde los labios del maestro, en las narraciones de su padre a la hora de la cena, y desde las páginas de los libros que lee ávidamente a la luz de la roja pantalla de la lámpara, mientras gira prisionera la rueda de la máquina en que Loreta cose camisas de olorosas franelas en las noches de invierno.

Aunque siguen siendo oscuras las palabras de los hombres, sorprende el odio asomando en los gestos o el respeto con que unos ante los otros se humillan.

Descubre que entre ellos existen jerarquías cuya razón no alcanza. Pues para él los hombres se diferencian sólo por la historia que cada uno puede de sí mismo contar, o por la ternura con que acogen y contestan su saludo. (18)

Para Julio un hombre es entonces un cuento heroico o un recuerdo cruel. A unos admira tanto como teme a los otros. No conoce otros valores. Esta es la lección que su memoria recoge en la escuela y la emoción que perduró en su alma en las carpas de las carreras a la orilla del arroyo Conventos, y cuando en los atardeceres del campo oyó el canto de los payadores.

Aunque él sabe que hay ricos y pobres, que existe el dinero, no percibe en ello la injusticia ni advierte la distancia. (19)

Desde que tiene memoria, aquella es su casa. En ella trabajan sus padres; él en su oficina y ella ordenando el hogar. Como Loreta es el

(18) Importantísimo. Nunca hablamos de lo que escribimos.

(19) Es que no lo sabía.

ama de llaves, casi una madre, y Cornelio el cochero. En los cuentos del uno, conoce la niñez de su padre; en los de la otra, la de su madre. Desde entonces, más que servirles, les acompañan. Cada uno hace lo suyo sin que se advierta la servidumbre. Así ha sido siempre y así será; nadie quiere cambiar.

Ante el espíritu del niño el mundo comienza a revelar sus inéditas maravillas. (20)

La vida le llama desde las rectas calles de Melo, con la alegría de las retretas en la plaza, o los caminos que suben, hasta perderse, por las colinas cubiertas de naranjos que rodean el pueblo.

Los días se hacen breves para la curiosidad con que él oye junto a los mostradores de los comercios los diálogos de los hombres; anda entre los golpes de los martillos y el chirriar de las sierras en el Barrio de los Vascos, o siente llegar el perfume de los huertos mientras cantan las voces en la calle de los Italianos.

Por entre el pesado olor de los hinojos y los abrocales, llega hasta el Conventos donde las lavanderas quiebran el espejo de las aguas con el golpe de las ropas que blanquean entre espumas de jabón, mientras en el aire liviano los álamos repiten sus voces en la orilla distante.

Julio siente que él también integra ese mundo de la alegría cuyas voces le llaman cuando apenas ha abierto los ojos, y se distrae viendo danzar el polvo en el rayo azul de la luz que entra por la hendidura del postigo hasta su cama.

Ya le saluda por su nombre Juan Cazador de Fantasma, cuando pasa de pie en el carro, junto a la pipa con la que va vendiendo agua del arroyo. En la nochecita, mientras la diligencia descarga sus valijas, dialoga con el cuarteador que evoca ante sus ojos imágenes de ríos lejanos que acaba de cruzar al galope. (21)

Se ha sentado en la apretada rueda junto a los fogones de la Plaza de las Carretas cuando el mate amargo prolongaba la paz de los silencios. En el carro de los placeres ha llegado hasta el puente de piedra entre los sauces, donde el pueblo termina y el camino se pierde hacia el Brasil.

Está conociendo a los hombres no sólo por sus hechos heroicos sino también por el oficio que ejercen, la casa en que viven, la tierra que labran. El vive ahora en la alegría de su amistad.

(20) Claro. Es que el mundo de nuestra infancia es maravilloso.

(21) Qué decir del diálogo "literario" a su nieto.

- Ahí viene Juan de los perros.
- ¿De dónde vino?
- Del campo; no sé de dónde.
- ¿Y ahora está en el pueblo?
- Sí, le dieron un galpón; allí vive él son sus perros.
- ¿Y es loco? ¿Loco completamente?
- Si, cállate, puede oírnos. No lo mires al pasar, pues se enoja. Lo seguiremos. (22)

Desde el cordón de la acera donde estaban sentados, los niños vieron acercarse a Juan.

Calzaba botas camperas sobre las cuales caían los pliegues de una bombacha azul. Sobre la pulcra camisa llevaba tendido un pañuelo blanco; bajo el sombrero, la melena gris y un rostro inexpresivo, tostado por el sol, en el que los ojos azules tenían una mirada ausente, como perdida en una lejanía que sólo ellos vieran. Terciado en los hombros un poncho de verano. A su alrededor un grupo de perros le seguía, indiferentes a los ladridos que su paso iba levantando.

Los niños le miraban, temerosos y asombrados.

Juan se detuvo y con el tosco bastón en que se apoyaba, comenzó a medir cuidadosamente las paredes, los balcones enrejados, el espacio abierto de los zaguanes.

Pasó junto a los niños sin mirarlos. Apenas se le oían palabras incomprensibles; los perros le seguían olfateándole los pies, el extremo colgante del poncho.

Midió el frente de la casa de Julio; de la próxima; del comercio. Cruzó la calle, abiertos los brazos sosteniendo el bastón con que intentaba medir el aire vacío.

Los vecinos pasaban indiferentes a su lado, se detenían luego un instante a mirarlo y se alejaban con gesto piadoso. Unas niñas corrieron a refugiarse en el zaguán que cerraron con un golpe. Desde atrás de las persianas de junco se oían breves murmullos de mujeres.

Juan de los Perros continuaba lenta, cuidadosamente, midiendo las paredes de las casas, los balcones, los muros.

- ¿Siempre hace esto?
- Sí; cada vez que sale es para medir el pueblo. Dicen que era un buen hombre, dueño de una pequeña estancia. Un día se la quitaron y lo echaron de su casa. Entonces empezó a ponerse triste, triste, hasta enloquecer.

(22) Claro. Si la mirada es una interrogación.

— ¿Y por qué mide el pueblo? ¿También esto era suyo?

— No, no era suyo. Ya te dije: él es de afuera. Pero cuando mide ve qué grande era el campo que le quitaron; cuántas cosas podían caber en él.

Juan se sentó en una loza de la vereda y con el bastón se puso a trazar líneas en la tierra de la calle; los perros formaron círculo atento a su alrededor.

Desde la distancia los niños le observaban.

Tendió hacia la lejanía la entristecida mirada de sus ojos azules; dejó caer el bastón y alzó al cielo las manos implorantes: — ¡Hay mi campo ... mi campo ... ! (23)

Clamaba su voz quebrada y por el rostro inexpresivo corrían las lágrimas.

Los perros en círculo le hacían coro, y sus aullidos crecían el llanto.

Julio sintió que algo más fuerte que la curiosidad le estaba llegando a los ojos y la garganta.

— Vamos; vámonos ya ! Pobre !

Aquella mañana conoció la tristeza. (24)

En la conciencia del niño las imágenes, como los hechos y los hombres, van adquiriendo un significado permanente que conforman sus ideas y hacen comprensibles los espontáneos impulsos de su alma.

Siente que escondida en el gesto de los hombres, como en la quietud del paisaje que cierran los horizontes circulares de Melo, está sucediendo la vida desde un tiempo lejano sobre el que ellos pasan sin apuro, como si todos hubieran querido llegar hasta allí y de aquel modo.

Sólo él, entre ellos, ignora los impulsos que mueven sus hechos, y desde cuándo. Bella fue la vida heroica que en las lecturas de la escuela aprende y la que él imagina en presencia de los caudillos que todavía cruzan por las calles de Melo al trote airoso de su caballo; como bella es la vida de los carreros, que inician la marcha cuando se enciende la estrella de la tarde, y la detienen cuando en el otro horizonte el nuevo lucero anuncia la mañana.

Pero Martín el herrero, Domingo el carpintero, Pedro José el pintor, ¡qué alegres oficios tienen! En la penumbra del taller es como un juego

(23) ¿Qué era su campo?

(24) Es lindo tener muchas cosas. Pero para poder darlas.

hundir el oscuro hierro en la fragua y alzarlo rojo, como una antorcha encendida; tender sobre la mesa la tosca madera y convertirla en oscuro espejo tan terso que hasta el aliento de un suspiro los empañaría; entre el aire oloroso de sus tarros, cubrir los muros blancos e indiferentes con la intimidad de los rojos sombríos sobre los que se sostienen grandes flores doradas.

Aquellos cumplieron su vida, como éstos la suya. El no advierte el cansancio. Todo ha sido así, sencillamente, como los días sobre el paisaje.

Cuando en las narraciones ve el coraje arrebatarse a los hombres y arrojarlos a la pelea, Julio siente que su alma se exalta y sus pequeños ojos negros se agrandan como si en el aire anduvieran las imágenes que las palabras crean en su conciencia.

En las noches de todos los sábados Gualarte con su figura grande y pesada, de chaleco más blanco aún bajo el negro de su rostro y flotando en el aire los faldones de un jaquet cuyas mangas apenas bajan del codo, camina presuroso a celebrar su matrimonio con una novia que nunca llega. Viéndole pasar, en los ojos de Julio no asoma la burla sino la ternura.

En las páginas de los libros que ama, halla una deseada tristeza que humedece sus ojos y él esconde como una dulce vergüenza.

¡Oh, sí; la vida es bella y misteriosa!

El en ella va internándose sin que le sea precisa la esperanza para la alegría.

Porque la pena y el miedo son más breves que las lágrimas y huyen si la voz de sus amigos le llaman o se enciende una luz entre las hostiles formas de la noche en su cuarto.

Lo aprende en la palabra de sus padres y de los maestros: la virtud será siempre recompensada y la bondad reconocida. Así se hicieron los héroes cuya vida recogen los libros y los ejemplos que le enseñan. Y aunque el héroe del Uruguay, Artigas, murió olvidado y escarnecido, él no siente el peso de la desolación de treinta años, sino el deslumbramiento de la gloria.

Ya tarda en crecer para realizar la vida como la enseñan los maestros y la comentan los libros. Si en el mundo hay hombres buenos y hombres malos, ¿cómo puede dudarse en ser de los primeros? El lo será. ¿Quién podría impedirse lo?

Malos son los que roban; los que no dicen verdad; los iracundos; los que imponen las tiranías a los pueblos.

El los reconocerá y contra ellos combatirá. Porque la vida es bella entre los hombres bondadosos y justos; como en su pueblo.

La imagen de Juan de los Perros pasó por la memoria del niño como una pregunta que él no podía contestar.

— Buenos días, muchacho.

— Buenos días, Viriba.

Hace ya tiempo que son amigos. Nunca se han dicho más que esas breves palabras; pero desde que lo ve acercarse con su carretilla cargada con las damajuanas de agua para la escuela, Julio aguarda al anciano, pronto para el diálogo.

— Buenos días, muchacho.

— Buenos días, Viriba.

Así todas las mañanas del principio del verano.

Aquella tarde volvieron a encontrarse. Viriba pasó, encorvado en el esfuerzo de empujar su carretilla entonces vacía. Aunque tenía ya blanca la cabeza y el andar trabajoso, los brazos eran membrudos y ardiente la mirada. Era fama que nadie poseía más fuerza que él cuando descargaban de las carretas las bolsas de lana en la puerta de las barracas.

De pronto un tumulto de voces avanzaba velozmente entre una densa polvareda. Un carro cargado de astillas las iba perdiendo por el golpear de las ruedas contra las piedras, mientras sus caballos desbocados huían espantados de los perros que les salían al paso y corrían tras ellos persiguiéndolos.

Julio les vio acercarse desde la esquina en que estaba, y miró a Viriba yéndose detrás de su carretilla.

Hubiera sido inútil gritarle. Los caballos corrían desenfrenados; el ruido del carro no dejaba oír. Pero él también lo sintió y sin apuro, como si no comprendiese el peligro, arrimó su carretilla a la acera y los dejó pasar.

Corriendo detrás del carro que amenazaba volcarse al impulso enloquecido de los caballos, se fueron los perros, los niños y los hombres.

Sus voces se sentían ya lejos.

Las astillas habían quedado dispersas a lo largo de la calle. Viriba comenzó a recogerlas hasta llenar con ellas su carretilla.

Después, sin premura, se alejó empujándola por la calle ahora solitaria.

Julio le miraba absorto. Viriba dobló la esquina y se perdió de su vista.

Sentado en el cordón de la vereda, el niño sentía que una creciente angustia turbaba su mirada y reseca sus labios.

¿Entonces Viriba era un ladrón?

Todo se confundía en su pensamiento. El anciano bondadoso; su amigo de todas las mañanas; aquel a quién recibían sin temores los que con él vaciaban de las pesadas bolsas las carretas, era ladrón. Indiferente a la tristeza del campesino cuyo carro iba perdiendo la carga de sus astillas, él las recogió, como suyas, y se fue.

La voz del anciano resonaba bajo su frente:

— Buenos días, muchacho.

Veía sonreír sus labios al hablar y la amistosa mirada en el rostro envejecido.

Sobre la calle continuaban, dispersas, las astillas. Sólo muy pocas faltaban. Pero Julio sabía que el viejo había doblado la esquina llevándose las en su carretilla.

Se puso de pie para huir.

Ya volvía el carrero recogiendo su leña, mientras el guardia civil caminaba junto a los caballos, tomadas las riendas casi contra el freno. Aunque aún conservaban un gesto de cansancio, bromeaban entre ellos, tranquilos.

¿Vendrían contándolas?

Sólo él estaba allí cuando se cometió el robo. ¿Se lo irían a preguntar?

No; no lo miraban siquiera.

Todavía resonó en su frente la voz del amigo:

— Buenos días, muchacho.

Pero los ojos de sus padres y del maestro surgieron en su memoria y le miraban severos y tenaces. Un confuso recuerdo de sus lecturas iba invadiendo su pensamiento y acentuando su angustia.

Sintió que algo le empujaba, más fuerte que su voluntad consciente, y temblándoles las rodillas y la voz, dijo al policía:

— Viriba se llevó unas astillas. Yo lo ví.

¿Qué le contestaron? ¿Se detuvieron los hombres; continuaron andando?

Le pareció que la tierra giraba bajo sus pies; se borraron de sus ojos todas las imágenes. Un gran silencio lo envolvió.

Julio entró corriendo en su casa como si alguien viniera persiguiéndole.

En el patio, desde el naranjo, cantaba la voz del mirlo.

Sentado en el muro del arriate el niño abrió un libro y se empeñó en leer.

Las voces de la casa le llegaban con la paz de todos los días. Loreta vino a llevar agua del aljibe y se alegró de verle estudiar sin que le llamara.

Después allí él sentía jugar a sus amigos en la plaza.

Alguien gritó nerviosamente, como una extraña noticia:

— ¡Ahí lo traen preso a Viriba!

Julio corrió al cuarto de sus padres y desde allí, detrás de la persiana de juncos, miró a la calle.

El anciano venía, humillada la encanecida cabeza, caídos los párpados, encorvado el busto, conduciendo su carretilla. Un paso más atrás, indiferente, marchaba el policía.

No pudo resistir. Corrió a esconderse en su cuarto, a llorar. Las lentas lágrimas bajaban por sus mejillas y le ponían un sabor salado en la comisura de los labios.

Apagada, de un lejano lugar de la conciencia, le llegaba la voz:

— Buen día, muchacho.

Ya no pudo sentarse frente al zaguán a ver pasar la vida con la alegre despreocupación de las mañanas. Antes de salir para la escuela, de ir a cumplir los recados de Loreta, mira la calle en las dos direcciones; observa la sombra de los naranjos y los plátanos. No logra distraerse viendo dormirse a los trompos bailando en la troya, ni puede seguir el vuelo de las cometas que cantan con sus roncadores, presas en el claro cielo.

• No es temor lo que siente.

Se le ha vuelto difícil concentrar la atención en el libro que se olvidó en su mano y siente que se ha agostado en su alma la fácil exaltación ante el hecho del héroe.

Supo que ni el comisario ni el carrero condenaron a Viriba. Ninguno creyó que él fuera un ladrón. El propio anciano ha comentado entre bromas el hecho, y no ha nombrado a Julio.

Todo está olvidado.

Pero la vida ha perdido su alegre inocencia en el alma del niño.

La honradez, la justicia, ¿cómo reconocerlas?

Viriba sigue pasando con su carretilla cargada con las damajuanas de agua hacia la escuela. Más no ha vuelto a repetirse el diálogo de los dos amigos.

CAPITULO III

Por los espacios que abren las parejas en el gentil saludo de la mazurca, Julio la está mirando sentada en el fondo del salón.

Conduce el piano el ritmo de las danzas, mientras cantan la flauta y los violines en la sala en cuyos muros, entre altos ventanales terminados en rosetas góticas, resalta el lujo de las cortinas de terciopelo rojo cayendo desde las cenefas de amplias guardas doradas.

Desde el centro del techo y de los brazos labrados adelantándose de las paredes, la luz eléctrica se multiplica en los espejos que las consolas doradas sostienen.

Julio está entre aquellos que se agolpan en la puerta de la sala, detenido por la timidez, sufriendo la angustia del tiempo que transcurre sin que se decida a avanzar desde allí hasta donde Aída está, con gesto entristecido, mientras vuelve a sonar la orquesta y comienzan a formarse las parejas.

Sabe que ella lo aguarda. Pero el temor sube a su garganta y nubla tenuemente su mirada, cuando un compañero audaz se acerca con seguro paso y tiende a la niña la mano mientras se inclina cortés, invitándola a bailar.

Su amigo Martin lo impulsa repitiendo en voz alta aquello que él está pensando:

— Apúrate o te la quitarán. Ya van varias veces que no quiere salir; pero la estás haciendo planchar.

— Ahora lo haré. Si ninguno la saca esta pieza, cuando empiece el baile iré.

Mantuvo tensa la voluntad y aguardó decidido, a pesar de una anticipada vergüenza.

Sobre el murmullo de los diálogos, en el aire caldeado por la luz y el gentío que llenaba la sala, volvió a sonar la música invitando a la danza.

Julio tuvo miedo de una nueva flaqueza del ánimo, y sin pensar más avanzó por entre las parejas que ya comenzaban a bailar los primeros compases.

Ella lo vio acercarse y el rubor se encendió en sus mejillas y en los ojos cuando las miradas se encontraron un instante. El no veía más que sus rizos negros, la medrosa sonrisa de sus labios y la mancha del vestido.

Ya no podía retroceder cuando de súbito, sin pensarlo, advirtió que se iba diciendo:

Cuidado. No vayas a decir pa. Se dice para, no te distraigas.

Aída desvió los ojos hacia las parejas que pasaban frente a ella.

¿Bailamos este vals?

Si.

Y los dos sonreían, libertados.

Conducidos por la música, mezclados entre los demás, la mano de ella apenas apoyada en la suya mientras él con la otra le oprimía suavemente la cintura para guiar sus pasos, callan, sin mirarse, mientras ella aguarda la palabra que él no encuentra para interrumpir el silencio en que se refugia su timidez.

Creí que no vendría a invitarme.

¿Me esperaba?

Yo no he dicho eso.

Los dos se sonrojaron.

Aída volvió a hablar.

¿Ha visto qué hermoso queda el salón con la luz eléctrica? Parece de día.

Es verdad. Cuando llega la noche y se encienden las luces, Melo es una ciudad. Pero también era hermosa la plaza con su farol grande en el centro.

¡Oh, pero ahora cualquier noche, aunque no haya luna se puede pasear por la calle 25!

Melo está cambiando mucho. Es el progreso. Nosotros también tendremos que cambiar.

El quedó satisfecho de lo que acababa de decir. Ella no supo qué contestar. Los músicos alargaban, en un melancólico desmayo, el canto de los violines y ellos giraban ausentes de la multitud, de las voces, de la sala del Club; del tiempo. El aguardaba a que ella entornase los párpados para mirar sus mejillas levemente tostadas; la ternura de sus labios entreabiertos. Ella sentía la leve presión de la mano de él, nerviosa y viril, la firmeza de sus ojos castaños, y aguardaba su voz como una caricia del aire.

Cuando la música calló Aída dijo, encendidas las mejillas.

¡Qué lástima!

Volveré a buscarla. No salga con nadie.

Los dos sintieron que algo definitivo entre ellos había ocurrido.

Apenas comenzaron los compases de la nueva danza, Julio, alegre el ánimo, decidido el paso, cruzó el espacio vacío al que ya iban llegando

las parejas, y fue en busca de ella que le miraba acercarse, puesta en él la mirada de cándida alegría. Le emocionaban la audacia contenida de la actitud, los finos labios, la frente nerviosa sobre los ojos castaños que miraban a los suyos sin jactancia ni miedo.

El tiene trece años, como ella. Pero en el paso, en el gesto, Aída siente que ya no es un niño el que de nuevo se acerca a tenderle la mano.

Ha pasado el temor; ya no queda recuerdo de la angustia.

— Si voy por la calle de su casa y usted está en el zaguán, espera a que me acerque y huye cuando ya llego. ¿Por qué?

— Tengo miedo.

— ¿De mí?

Aída entornó ruborosa los párpados y no contestó.

La música alegra el alma; lleva los pies livianos sobre el piso encerado del salón; las manos se estrechan en un diálogo de ternura y los ojos miran a los ojos cuando los labios sonríen, no saben por qué.

No importa que se digan palabras indiferentes; una emoción los acerca más que la mano con que él apenas oprime su cintura.

Ahora se miran a los ojos al saludarse con el ritmo de las mazuras y se extienden la sonrisa, como la mano cuando se buscan en la cadena de los lanceros.

Julio habla sin embarazo y las palabras vienen a la frente, ágiles como el pensamiento que las precisa en el relato que Aída anima con una pregunta o la mirada.

Hablaron del pueblo, de sus amigos, de las pasadas horas del colegio. El procuraba que ella advirtiera en sus relatos cuales eran sus sentimientos, cómo era su alma.

Ella le oía, suspense. Esperaba el instante en que él diría las palabras que los dos estaban pensando. ¿Cómo las recibiría?

Mientras seguían difícilmente el compás entre la multitud que llenaba la espaciosa sala; envueltos en el aire henchido de perfumes; bajo la luz exaltada en la seda de los vestidos y en las brillantes pecheras de los jóvenes, Julio sentía el tiempo que pasaba sin que él hubiese dicho las palabras tantas veces pensadas desde que supo que se encontrarían en el baile del Club. Y se angustiaba al ver cuan fáciles eran para la narración indiferente y qué torpes y difíciles las que encontraba para expresar la dicha de aquel instante.

Y en tanto sufría por su torpeza, los espejos le mostraban la imagen de su alegría.

— Ya me dijeron que esta será la última pieza. Nos iremos enseguida.

— ¿Ya?

— Sí, se van mis padres.

Una pesada tristeza quedó en los ojos y los labios.

Julio se sintió humillado por su cobardía. Le latían las sienes; temblaba su mano. Le era preciso humedecer los labios; ya estaban en ellos las valerosas palabras. Pero las mejillas le ardían y se nublaban sus ojos. Ella bailaba a su lado, sin mirarlo, feliz y temerosa.

Cesó la música. Las parejas comenzaron a despedirse.

Julio se detuvo en el centro del salón y teniéndola aún de la mano, dijo:

— Podríamos tutearnos...

Tuvo miedo por sus propias palabras; por las que ella iba a decir.

— Yo tendré vergüenza.... Y se sonrió, dichosa.

— ¿Si..... ?

— Sí.... Adios.

¡Qué lejos está quedando el pueblo de sus juegos!

Las ingenuas imágenes van retrocediendo en su memoria hasta perder el color, el aire que las envolvía, la voz. Y quedan, vacías y quietas, entristecidas por el silencio.

Poco a poco van desapareciendo las rojas tejas que arrojaban su breve sombra sobre las veredas. No vienen los gallos a cantar por las mañanas en la plaza a la que decoran ahora los jardines. A la tierra de las calles está sucediendo el empedrado; se perdieron de ellas las diligencias con su tropel sonoro y las nubes de polvo deshaciéndose entre los muros de las casas. Las carretas deben quedarse en las orillas del pueblo donde sus fogones ya no son la más viva luz en la noche.

Sin su voluntad se dispersó el grupo de los amigos. Unos quedaron con él en el centro de Melo; otros se perdieron entre los ranchos alejados.

No hubo enojo entre ellos sino la vida apartándolos, porque ya no basta el nombre propio, la alegría, la fecunda inventiva para el cuento emocionado, el cariño. Es preciso tener un apellido; ser hijo de alguien con su casa, su tierra o su título. No importa que en la calle se hablen y se guarden los afectos; pues aquellos mismos que se alejaron, nada tienen que decirle y se apuran a marcharse.

La vieja historia del amor, es ahora una inédita aventura en su alma.

El también ha ido, como tantos antes, a detenerse frente a las rejas de la herrería a hacer girar las mujercitas de hierro pintadas de rojo que como una fila de caríatides sostienen los labrados arcos y pregun-

tarles, con angustia renovada.

— ¿Me ama? ¿No me ama?

Y esperaba el fin del impulso de su mano para irse feliz o entristecido si la figurita se había quedado mirándole o volviéndole la espalda.

El liceo de enseñanza secundaria ha abierto sus puertas y el es uno de los primeros alumnos.

La vida, la misteriosa vida, se abre ante sus ojos, o en las páginas de los libros se levanta desde lejanos tiempos, en su pensamiento.

Ahora ve luchar a los hombres. Comprende después de cuántos esfuerzos alcanzaron algunos aquella paz con que se sientan en las trastiendas de los comercios, a dejar que pasen las horas mientras el mate amargo acompasa la lentitud del diálogo. Y cómo, para vivir un día andan sin cesar otros que en las mocedades dejaron irse los años mientras se perdía con ellos, la tierra heredada. Contempla la soledad de los avaros y admira la alegría del que ha tenido tiempo de levantar su casa, dejar de ser pobre, volverse rico, y fue siempre dadivoso.

Todavía se sienten como las más altas voces las del reloj de la capilla dando las horas, a las que contestan los silbatos de los guardia-civiles y el ¡Alerta! de los centinelas en el cuartel. Pero detrás de los postigos por los que se escapan finos rayos de luz, Julio sabe que apenas si descansa la vida, de sus trabajos, de sus esperanzas, de sus miserias.

Don Pascual el Lobizón sigue viviendo en el Teatro Viejo, y Juan de los Perros llorando su desdicha. Gularte va a casarse todas las noches de los sábados. Pero el candoroso tiempo en que emocionaron el alma de Julio, ya pasó. Muy pronto vendrá la muerte a buscarlos.

El pensamiento ávido recoge las enseñanzas del liceo como un torrente tumultuoso que adelanta sus años y abre ante él renovados paisajes. Piensa que están lejanos los días de la infancia y se duele de que aún su madre no le haya ofrecido los primeros pantalones largos.

Sí, conoce la vida más allá de los horizontes que se apoyan en el Cerro - Largo, y un tiempo que empezó perdido en los siglos.

Olvida que todavía se entristece si la mujercita roja de la herrería le da la espalda, o se puebla de sueños imprecisos su frente porque un ramo de violetas le está perfumando las manos.

Con la primavera le traían del campo su caballo picaso. De un negro brillante el cuerpo ágil sobre las patas blancas como la mancha que le llegaba desde la frente al hocico. Era una tensa voluntad de andar, que él sentía estremecerse entre sus piernas y conducía con la mano firme.

Entre un perfume de madre selvas avanzaban por la calle de los italianos, hacia las colinas de naranjos que guardaban a Melo.

La tarde resplandecía en las ventanas de las casitas, rosadas, verdes, amarillas, blancas.

Desde el caballo, más alto que los cercos de las casas, veía los patios, la rueda familiar, los hombres en los huertos o sentados a la sombra de los parrales; la madre junto a la tina de lavar. En el aire sosegado entendía las palabras de las vecinas, o el trozo de una canción lo acompañaba un trecho en la calle.

El conocía sus nombres, los oficios; de algunos la historia.

Le parecía ir atravesando la vida, cuyas voces sonaban ya distantes cuando él cruzaba el puente de Juan Pablo y comenzaba a subir las colinas.

El silbato lejano de una locomotora se extendió en el paisaje. Fue un momento, no más, y otra vez sobre el camino y el campo quedó suspenso el quieto silencio de la tarde.

Con la llegada a Melo del ferrocarril y el liceo, terminaba un tiempo. Su signo habría sido la guerra, con los días henchidos de pasión, de tristeza y de muerte. Comenzaba el de la paz, inocente y vacía. Era como si la vida hubiera perdido su quehacer o su heroico sentido. Para la máquina se trazó un nuevo camino hasta la ciudad lejana, y el tiempo se hizo breve en una empuñada distancia.

Los horizontes se alejaron y desde sus confines comenzaron a llegar las remotas voces del mundo.

Rostros desconocidos andaban entre las familiares calles del pueblo. Eran de hombres afanosos y extraños que ignoraban la historia de aquel hasta entonces perdido rincón del país. Llegaban con sus costumbres y esperanzas a buscar un lugar entre las íntimas costumbres y las sosegadas esperanzas del pueblo.

Desde los bancos del Liceo, Julio ve cómo el mundo de su pensamiento comienza a ensancharse.

El tiempo cambia, también en su conciencia, sus medidas. El espacio del mundo se puebla de imágenes y sobre él ve sufrir y soñar a otros hombres en otras tierras que él empieza a comprender.

Aquella tarde, detenido el caballo en la empuñada cuchilla, él sentía llegarle el campo como un íntimo pensamiento sin palabras.

Frente a la llanura en la que un ombú medía las distancias, junto al río rumoroso, sentía que él integraba un mismo destino con él.

Sobre aquella tierra había luchado y amado el hombre; allí estaban las huellas de su recuerdo. En el álamo ahora solitario: en la pequeña

casa blanca en la altura; en el camino alejándose; en el círculo verde oscuro de la olvidada manguera.

Desde la lejanía de los años que aquellos signos recordaban, le hablaba la vida de los antepasados realizándose sobre el campo como una brava voluntad de permanecer.

Ahora, cuando por el ferrocarril y el liceo un mundo ensanchado cobraba vida en su espíritu; cuando su imaginación enriquecida vagaba por extrañas tierras y su pensamiento se exaltaba en el conocimiento de los trabajos de los hombres de remotas edades; ahora que el progreso avanzaba en la paz no turbada, él sentía que el campo se volvía de una cordial intimidad. (25)

La simple historia de aquellas tierras que el Cerro Largo guardaba, estaba allí, ante sus ojos, con sus nombres y gestos familiares; con sus pasiones y dolores todavía lacerantes; con sus cantos y silencios nostálgicos, levantándose en el aire de la tarde como una voz que le llamara.

Todavía el gaucho, su heroísmo, su trabajo o su desgracia, designaba la geografía, nominaba los tiempos.

Nada estaba muerto aún, definitivamente.

Los hombres habían pasado; pero su nombre estaba allí, en la casa de la altura, en la cruz de hierro junto al camino, señalando las distancias en la tierra y el tiempo.

En la tarde resonante de nuevo llegó el silbato del tren. En él veían ahora diariamente las noticias del mundo y los bienes del trabajo para una vida fácil.

Allá también habían terminado las guerras y comenzado el tiempo de la libertad en la igualdad y fraternidad.

Una nueva divisa ceñía ahora la frente de los hombres. El progreso. La paz no tendría límites fecundada por el trabajo, y los hombres serían felices. (26)

El silbato del tren, más fuerte que las voces de la tarde, anunciaba a los campos su llegada y su dominio.

En los bancos del liceo Julio supo que en un tiempo de lejanía milenaria otros pueblos poblaron los desiertos y legaron a la admiración de los siglos sus palacios y sus tumbas; tallaron en la rocas grandes leones alados. Junto al mar se agitaron las multitudes que la palabra de Pericles conducía. Sobre los llanos y las montañas los romanos tendieron sus carreteras y levantaron los arcos de los acueductos.

(25) Por eso después, su teatro.

(26) La esperanza del adolescente.



Así dejaron de su vida memoria.

El que vivió en la casa blanca de la altura; el que vió crecer el ombú y a su sombra ofreció el mate cordial al viajero de la nochecita; el que fue enterrado bajo la cruz de hierro, o los que en largos escuadrones se perdieron tras las cuchillas entre los clarines de los relinches, ¿cuál memoria dejaron?

Acaso murieron en un tiempo de la vida, como la de los primeros pastores de aquellos pueblos, cuando aún no habían nacido los mitos.

¿Cuál era su legado, entonces?

¿Tal vez el que recibía cada día en el banco liceal, enriqueciendo su pensamiento? ¿El que le traían los diarios de la capital? ¿O éste que está ahí, apenas expresado en el paisaje vacío?

Julio no podía precisar en su conciencia cuál de ellos llamaba a su ánimo con más claras voces. Pero sentía que de éste cercano, él era de algún modo responsable. Sobre aquellas cuchillas que ya la noche iba perdiendo, había sido derramada la sangre de sus abuelos. ¿Amaban aquella vida en que murieron, o buscaban esta paz desde la que él contempla el campo casi sin huellas de sus luchas?.

Su vida fue como un grito en el entrevero del combate, heroico y breve, que la anchura del campo ahogó en su silencio. Así se fueron, sin haber tenido tiempo de construir su tumba ni de crear su mito.

Ahora el progreso, la nueva divisa de su tiempo, que Julio ve ceñirse en la frente, borra el recuerdo que apenas si ha quedado, tímido en algunos viejos labios vencidos.

En el silencio de la nochecita él siente esas voces llamándole, no a repetir su vida, sino a culminarla.

Si, su legado fue esta libertad en la paz en que él vuelve, al trote de su caballo, hacia el pueblo cuyas voces la noche está acallando.

No lleva una sola idea clara; no sabe cómo ni de qué modo él responderá a aquellas voces. Pero siente que algo aunque oscuro, invencible, se levanta nostálgico y gozoso en su ánimo.

Aviva el trote de su caballo. Firme en los estribos, alta la frente, segura la mano, puesta la mirada más allá de las sombras que se ahondan bajo las copas de los naranjales, Julio siente llegarle en la brisa las confusas voces del pueblo, y una indómita voluntad levantarse en su ánimo.

Va a internarse en el bosque de la vida, venciendo su miedo; sin volver la mirada aunque le asalten terrores o le llamen alegrías para perderlo de su rumbo. No sabe aún cual será éste; pero él siente que será el de su voluntad.

Ya de regreso en las calles de Melo, mientras sobre el caballo medroso adelanta entre las palmeras del barrio de los vascos, va sintiendo la melancolía del niño que se aleja y el gozo del hombre que siente crecer en él.

CAPITULO IV

- Ya estaba diciendo que hoy no venían.
- Esperábamos al amigo Julio. Se los presento.
- Doralisa contestó por los que ya estaban en la sala.
- ¡Ah, lindo mozo! Le está asomando el bigote.
- Apenas si tuvo tiempo de estrechar las manos que le tendieron saludándole.

Doralisa lo abrumaba con la cercanía de su cuerpo de una gordura desbordante y sus palabras casi gritadas, interminables, con una delicada ternura maternal que molestaban su ánimo. Hasta que la voz de Elías vino a librarlo de aquel impensado afecto de la dueña de casa.

- Bueno, ¿y aquí no invitan a sentarse?
- ¡Claro, muchachos...! Ustedes son de la casa.

Bordeando la desnuda mesa colocada casi junto a la pared, en largos bancos de madera lustrosa por el uso, los amigos fueron sentándose teniendo entre ellos a las otras dos mujeres, Isabel y Dacila.

Por la puerta abierta en un tabique que limitaba la sala, San Martín vino, grave el gesto, airoso el jopo renegrido, dormida la mirada, sus redondas y duras formas enfundadas en un guardapolvo que le llegaba casi hasta los pies calzados de alpargatas, a servir la caña.

Cuando llegó junto a Julio colocó delante suyo un vaso, y, sin consultarle, lo llenó hasta el borde.

El mozo levantó el rostro, sorprendido. Doralisa advirtió el gesto y se apresuró a explicar:

- Es mi marido. El respeto de la casa.
- Ah, mucho gusto.

San Martín no contestó al saludo; tenía las manos ocupadas por la botella y el vaso, y los labios en sostener el cigarro.

— ¿Hablaste ya del amigo? ¿No vendrán a molestarlo con preguntas estúpidas? Dijo Pepe a la dueña.

— Sí, está todo conversado con el sargento de recorrida. Después, que la diferencia no es mucha. ¿Dijiste que tiene diez y siete años?

- Julio contestó por su amigo.
- Sí, diez y siete ya cumplidos.

Desde que sentaron a la mesa, Dacila frente a él le miraba con gesto enternecido. Así le habló, sonriéndole:

- Es todo un hombrecito...
- El no pudo evitar el disgusto:
- Un hombre, dirá.

La altanera sequedad de la respuesta interrumpió la sonrisa de la pupila que siguió mirándole, desconcertada.

Vestida con un amplio traje de un verde luminoso, desnudos los brazos y el ancho descote, Dacila le miraba con deseo inocente de sus grandes ojos castaños. En el rostro trigüeño, más rojos parecían sus labios pintados.

Los senos opulentos, cálidos, desbordando el corpiño, hacían latir la sangre en la frente de Julio y entornaban sus párpados. Comenzó a sentir vergüenza de que sus compañeros advirtieran lo que estaba pasando en su ánimo.

Con el vaso en la mano Oscar se puso de pie y dijo, solemne.

- Señores, invito a brindar por el nuevo compañero. El más joven de nosotros: pero ya un hombre, generoso y valiente como el que más.
- Y un gran estudiante, según dicen.- Comentó Doralisa con entusiasta admiración.

Pepe levantó su vaso:

- Que Isabel le ofrezca el brindis recitándole algo.
- Puede ser "La Paloma" de Olavo Bilac o una rima de Bécquer.- Sugirió Alejo, con su vocecita de tenor.

Julio e Isabel se miraron. En los ojos de él estaba la sorpresa; en los de ella una respuesta soberbia. Aunque el estudiante lo dudara ella era así, extraña a aquel ambiente en que se encontraba. Lo dicen sus mano, alargadas y frágiles; la pálida blancura del rostro de labios finos que sonríen con indiferencia, como miran sus ojos claros, distraídos. Es amplia y nerviosa la frente bajo los cabellos negros que un breve moño recoge en la nuca. Aunque la voz es tímida, las palabras son firmes. Ella fue la única que le tendió la mano reservada y distante.

— No estoy de acuerdo con esos poetas. Prefiero aquel canto de Gueirra Junqueiro.- Dijo Pepe.

— Todo cosa de gringos. Protestó Elías con un rebuscado acento gauchesco. Parece que nadie se acuerda ya de "Martín Fierro", Es el único libro que tengo en mi casa. Afirmó con desafío.

— Eso ya pasó...

— Sí, pero el amor... Es viejo, y sin embargo siempre está naciendo. ¿Hay algo más nuevo que el amor para el que tiene quince años?

Alejo había hablado con aire solemne, después de alisar la melena, con que proclamaba su condición de poeta. Con el vaso detenido a la

altura de los labios, quiso expresar hasta el extremo de su pensamiento:

— Yo puedo enamorarme muchas veces y nunca será algo viejo o repetido: siempre lo sentiré como el primer día.

Isabel le interrumpió, desdeñosa:

— El amor... ¿Quién cree en el amor?

Dacila contestó con exaltación:

— ¡Yo!

Los hombres callaron a la espera del diálogo entre las pupilas. Pero Isabel se distrajo de la presencia de su compañera, y se dejaba mirar mientras su mano jugaba con el pequeño collar de corales que interrumpía la blancura de su cuello.

Dacila tenía puestos los ojos en las manos de Julio.

San Martín aprovechó el silencio y comenzó a llenar de nuevo los vasos. Lo hacía como cumpliendo un rito: lenta, grave, ordenadamente: sin palabra alguna de comentario.

Julio intentó poner la mano sobre el suyo. La botella quedó inclinada a la altura de sus ojos, mientras San Martín miraba por entre los párpados entrecerrados, la mano en el vaso. Pepe advirtió el choque y se apresuró a decir:

— Bebe, Julio. No dejes renga la rueda.

Desde que llegaron a casa de Doralisa, Julio se sentía disminuido en su orgullo adolescente.

Como los amigos en el café, aquí también le habían acogido con sencilla cordialidad. Y hasta la reservada gravedad con que San Martín llenaba su vaso, era un testimonio de que allí nadie advertía su extremada juventud. Pero él se sentía extraño en el llano ambiente de aquella intimidad. Mientras los amigos volvían a la apasionada discusión iniciada en el café, y San Martín dormitaba en un extremo de la mesa, él debía esforzar su voluntad para no quedarse mirando la discreta blusa blanca bajo cuya seda, apenas, eran una tímida curva los escondidos senos de Isabel.

Una humillante sensación de fracaso iba invadiendo su ánimo, ante la mirada distraída de aquellos ojos claros y la sosegada sonrisa con que ella parecía aguardar las palabras que él no lograba decir. Conocía su condición de pupila de Doralisa; su borrosa historia, y su precio. Pero todo se le olvidaba ante el excitante silencio de aquellos labios finos, la tierna palidez del rostro y el recato con que ella entornaba los párpados bajo su mirada ardiente.

Julio sentía la presencia de Isabel envuelta en un aire de lejanía que acallaba en él toda palabra de audaz intimidad. No gastados recuerdos de los primeros días de su pubertad, cuando la desnudez de los hombres de una mujer, la blancura de una enagua, ponían en su frente estremecimientos de vértigos, se agolpaban en sus ojos ante las breves curvas de aquellos senos insinuantes bajo la seda blanca de la blusa. De ellos estaba colmado su pensamiento. Pero no se atrevía a expresarlo, temeroso de la burla que su ingenuidad despertaría, sin duda, en el ánimo de la pupila. Y callaba con sentimiento de frustración y derrota, humillada la arrogancia juvenil con que contestó a las primeras palabras de Dacila.

Esta vino a sentarse a su lado. Un discreto perfume parecía subirle desde los pechos que el corpiño oprimía. La muchacha le miró a los ojos y luego, con gesto distraído, se acarició los labios lentamente con la punta de la lengua. Julio sintió alejarse de su conciencia las palabras de los otros; oscurecerse las formas que le rodeaban; detenerse el tiempo. Todo se volvió una ávida espera de ver de nuevo aquella pequeña lengua húmeda, más roja que los labios entreabiertos, mientras la luz avivaba un cálido calor de otoño sobre la desnudez de los senos.

Como si regresara el recuerdo de su presencia, la sintió mirarle y sonreír cuando le preguntaba:

— ¿Te aburres?

— Prefiero no hablar.

Ella asintió.

— ¡Oh, estos discutirán toda la tarde. Siempre es así cuando llegan!

Mientras tanto la caña iba exaltando las palabras y desordenando los pensamientos.

— Cuando estuve en mi campito de Sierra de Ríos, nunca di posada a ningún policia.

— Esa es cosa de blanco, Elías.- Dijo Oscar.

— Claro, compañero; yo soy contra el Gobierno. Como tú eres colorado.

— ¿Y porqué estás contra el Gobierno?

— Porque soy blanco, pues.

— ¿Y si cambiara el Gobierno? ¿Si hiciera lo contrario de lo que hace?

— Ya te dije que yo soy blanco. Nada me hará cambiar.

San Martín no pudo reprimir su entusiasmo:

— ¡Me gusta eso!

— ¡Cállate, viejo.- Interrumpió enérgica Doralisa.

— Nosotros vivimos de la amistad de todos.
— Ta bien.- dijo San Martín resignado.- Pero cada uno tiene su opinión.

— Tiene razón, Doralisa. Aquí todos somos blancos, menos Oscar. Dijo Enrique y sonrió luciendo el orgullo de su dentadura regular y blanquísima.

— Todos, no. Yo soy anarquista.

Alejo creyó que debía intervenir; él era el único capaz de contradecir a Pepe. Elías había dicho ya todo su pensamiento. Enrique no agregaría palabra. Su orgullo se cifraba en aquella dentadura que una frecuente sonrisa lucía; en la renegrida melena y en su habilidad de bailarín de tango. Por eso en las tertulias permanecía indiferente a la apasionada disputa de los amigos. Esperaba tranquilo la llegada de la orquesta y la hora del baile. Entonces él era único en el donaire y la hombría con que marcaba los pasos de la danza y conducía a la compañera.

— Lo que pasa es que tú no tienes partido.

— No; tengo ideas. Soy un hombre libre.

— ¿Y nosotros?

— Ustedes, aunque lo crean, no son libres; siguen al partido. Yo amo la libertad y la justicia para los individuos, como el noble Kropotkine, como Barret, como Víctor Hugo en "Los Miserables".

— Bueno; pero en este país la lucha será siempre entre blancos y colorados.

— Era. Pero la conciencia obrera despierta y...

Elías interrumpió:

— Ya vuelve Pepe con las huelgas. Yo no estoy de acuerdo. Me gusta ser generoso con mi peón. Pero no le tolero que me reclame generosidad.

— Cuando llegue el día sólo reclamarán justicia.

Alejo sonreía anticipándose al éxito seguro del razonamiento con que iba a turbar al amigo.

— Sin el campito de Elías, el peón se muere de hambre. ¿Dónde trabajaría?

— Prefiero no discutir la vida de mis compañeros— Contestó molesto, el interpelado.

— Responda, no más, si puede. Los amigos no me ofenden nunca. Y serví otra rueda San Martín; cerveza para los muchachos.

— Digo que si Elías no le da trabajo a su peón, tendrá que dejar esta vida que lleva entre nosotros e irse a hacer lo que hace el peón. O ven-

der el campito. En cambio el peón no cambiará de vida, si no de patrón. ¿Quién pierde más?

— Yo protesto por eso de que se me quiera imponer por la fuerza lo que se puede conseguir de buenas maneras.

Pepe despojó a sus palabras del tono polémico con que contestaba a Alejo, para no humillar la inocencia del juicio de Elías.

— ¿No dices que eres blanco? ¿Por qué hicieron tantas revoluciones los blancos? ¿Lo recuerdas?

— ¡Oh, eso era otra cosa, compañero. Queríamos libertad para vivir en paz!

— Admito que lo creas, aunque no es cierto. ¿Pero ahora no les reconoces a éstos el derecho de hacer aquello que es el orgullo de tu partido?

Alejo volvió a intervenir:

— Pero aquellas revoluciones eran por causas elevadas, nobles. Estos pelean por un miserable pedazo de pan o por unos pesos al mes. No se puede comparar, me parece.

— ¿Alguna vez tuviste hambre en tu casa, a pesar de trabajar, y porque todos tus compañeros sufrían lo mismo fuiste a decirlo, y te echaron a la calle?

— Pero hay gobiernos que ayudan a los trabajadores. Eso Pepe no lo puede negar. - Afirmó Oscar.

— No lo niego. Pero hay que desconfiarle, aunque no se le ataque.

— ¿Por qué si hace el bien?

— Porque es Gobierno.

— ¡Tantas vueltas, y vinimos a estar de acuerdo! - Exclamó Elías con ostensible orgullo.

— De modo que para ti, Pepe, sólo sería bueno un gobierno de los huelguistas — preguntó Alejo.

— Yo no he dicho eso.

Las mujeres no podían disimular el gesto de fatiga que les producía aquel diálogo en el que la voz apasionada de Pepe les parecía siempre pronta a estallar en violenta respuesta ante la suficiencia con que Alejo dejaba salir sus palabras de réplica como acariciándoles las puntas aceradas.

Julio observaba a los amigos y no alcanzaba la razón por la cual Alejo y Pepe estaban siempre juntos.

En el primero el desaliño del traje, la melena que le ocultaba la nuca; la lenta media voz con que hablaba y el vago mirar de sus pequeños ojos, eran la simulación convertida en hábito. Hijo de una

maestra rural, de ella había aprendido una cuidada corrección del lenguaje con que expresaba las primarias ideas ambientes, que él manejaba como propias y convertidas en valores universales por el acento sentencioso con que las dejaba caer entre silencios de meditación.

Cuando con la llegada del ferro-carril se impuso en el pueblo la costumbre de leer diariamente la prensa de la Capital, Alejo también dió en ella. Pero por indolencia y por orgullo sólo leía aquellas noticias o artículos que se conformaban con sus propias ideas. De tal modo vino a sucederle que en vez de enriquecerse espiritualmente como él lo creía, se hicieron más tercos sus errores, y rechazó con violencia temerosa toda idea que no estuviese ya encerrada en el círculo de las suyas. Desde entonces la sonrisa fue en él un recurso polémico.

Pepe lo estimaba, sin embargo, porque medía la inocencia de su humilde ambición.

Antes que Alejo pudiera recordarlo, murió su padre.

De su infancia le quedaron las imágenes de la madre en las largas horas de clase, mientras el viento golpeaba la lluvia en los cristales de las ventanas; su cansancio después de la cena, sentada a la luz de la lámpara corrigiendo deberes de sus alumnos, mientras los perros ladraban a los lejanos ruidos de la noche. Volvía a sentir su angustia ante la anunciada visita del Inspector, o la evocaba en el jubiloso trajín de los días antes de los exámenes de fin de año.

Así hasta llegar a la vejez, en que vinieron al pueblo a vivir de la modesta jubilación y del alquiler de dos casitas heredadas de su padre.

La injusticia pesando sobre la vida de su madre, se volvió temprana indolencia en el ánimo de Alejo. Proclamó la inutilidad de todo alto empeño y se refugió en el plácido ejercicio de la vocación poética, que él creyó sentir desde los primeros años.

Al principio fueron cantos a la patria, a sus héroes y los hechos gloriosos, que su madre corregía paciente y emocionada. Luego comenzó a expresarse con sombrío pesimismo sobre la vida. Hasta que un día, ya en Melo, su nombre apareció en el número especial de un periódico publicado con motivo de las fiestas patrias. Desde entonces se consideró integrante del grupo de intelectuales del pueblo. Sintió que tenía una personalidad y buscó definirse por su figura física y por las repetidas citas de escritores con que ilustraba sus diálogos.

En el campo había aprendido a acompañarse en la guitarra cuando con voz dolida entonaba un estilo en el que se lloraba la fatalidad del destino humano. No eran suyos la música ni los versos. Pero era el único que él cantaba y lo hacía con tal convicción, que en las orillas

habían terminado por llamarla "el estilo de Alejo".

No precisaba más.

Estaba libre de ambición y de envidia. Admiraba a Pepe y provocaba su discusión para extasiarse oyendo la palabra apasionada del amigo. Le conmovían el arrojo, la rotundidad, el íntimo estremecimiento de sus ideas.

Empleado en un comercio con una sección de venta de libros que él atendía, Pepe era el primer lector de todos aquellos que trataran los problemas del alma humana o las luchas del hombre por su destino.

La amistad con Julio había nacido en el recogimiento de la sala de lectura de las bibliotecas, legítimo orgullo de los centros sociales de Melo.

El adolescente sintió la atracción de aquel autodidacta apasionado, ansioso como él por encontrar en los libros un camino para la vida, un deber heroico y una norma nacida de sus personales convicciones.

Pepe amaba la vida en sus grandes goces y en las humildes alegrías; en los hombres rotundos e imperturbables como los caudillos, y en los mansos, que trabajaban cantando, como si no les pesara. La amaba hasta la sensualidad. Por eso sufría su injusticia. La quería mejor; libre y pura de sórdidos poderes entristeciéndola. Para Alejo la solución estaba en la queja de un estilo; para Pepe en el grito de rebeldía.

San Martín sirvió de nuevo a los amigos y las pupilas; Alejo comenzó a templar la guitarra. Sobre las voces excitadas por el alcohol, la de Doralisa narraba ahora el incidente ocurrido durante el baile de la noche anterior. Enrique y Oscar la oían con sostenido interés, mientras Pepe hacía bromas sobre el verde lujurioso del vestido de Dacila. Isabel llevaba el vaso junto a los labios mientras sonreía a Julio con gesto distraído.

Una invencible pesadez se iba extendiendo desde la frente por el cuerpo del joven. Las palabras comenzaron a confundirse en su pensamiento y las imágenes a perder su fijeza, como si se les fueran desdibujando los movedizos contornos. Aunque San Martín llenaba más de continuo su vaso, la sed era cada vez más intensa en los labios y la garganta reseca.

Una tristeza súbita iba levantándose en su ánimo.

Habría llegado con el cuerpo ágil y el espíritu ansioso por penetrar en aquella forma de la vida, conocer su misterio, gozar su exaltada libertad.

Aquello que no era el amor, si no su desnudo fin. Donde vería sin sonrojos caer los vestidos de las mujeres y surgir sus formas misteriosas

en la plenitud que él intentó tantas veces imaginar. Sería la revelación de las miradas brillantes bajo la sombra de las pestañas; de los labios entreabiertos mientras la lengua los humedece en una lenta caricia. Tendría ante los ojos la parábola apasionante que el corpiño oprimía, o aquellas curvas que desde las rodillas se hundían, fugitivas y cálidas, entre los pliegues de las polleras.

Iba a empezar el diálogo de su hombría, sin el cual la vida seguiría siendo para él un espectáculo lejano y confuso.

Y se veía allí, sentado en un largo banco de madera, rodeando la mesa donde su vaso continuaba llenándose y vaciándose como un penoso deber del orgullo, mientras el diálogo repetía los temas del café entre pueriles simulaciones de asombro de Doralisa.

Mientras tanto Isabel, sobre el recato de su blusa blanca seguía jugando con los corales de su collar entre los dedos pálidos y frágiles, y Dacila le sonreía con gesto inocente, olvidada de la excitante desnudez de su pecho.

Cuando él intervenía en el diálogo, Isabel parecía atender sólo a sus palabras y le miraba a los labios como si las estuviera gustando, una a una. Dacila inclinaba el busto sobre la mesa y le turbaba con la apretada línea ahogándose entre los senos.

— Bueno, Isabel, ¿te oímos recitar o no? - Dijo Alejo.

— ¿Ustedes conocen "Las Golondrinas"? - Preguntó con fingida timidez la interpelada.

— ¡Oh, de lo que recitas es lo que más me gusta! - Exclamó Doralisa y reclinó la espalda a la pared mientras se alisaba cuidadosamente la falda.

Julio estaba buscando en los bolsillos los fósforos para encender el cigarro que ya tenía en los labios.

Rápida, Dacila se puso de pie, tomó al joven de la mano y lo invitó casi en un ruego:

— En mi cuarto, aquí al lado, tengo fósforos. Venga que le doy una caja.

La pregunta de Isabel quedó sin respuesta porque ya Julio iba hacia la puerta del tabique, detrás de Dacila.

Apenas la veía en la penumbra cuando ella rodeó la amplia cama, llegó hasta la mesa de luz y volvió haciendo sonar los fósforos en la caja para cerciorarse de que no estaba vacía.

El había permanecido a pocos pasos de la puerta, ansioso y humillado. ¿Qué debía hacer? ¿Esperaba ella una palabra suya, o a qu

tomara en aquella extraña intimidad en la que él se sentía prisionero de sus deseos y su timidez?

Dacila estaba ya casi contra su cuerpo. El sentía llegarle la mirada enternecida y resplandecer la escasa luz en su rostro, el escote, y los brazos desnudos. Las palabras habían huído de su frente, como de los labios de ella.

El perfume de la mujer excitaba la angustia en que se agazapaban los deseos.

Ella alargó la mano y dijo:

— Aquí están, tómalos.

El tendió la suya. Sobre su pecho sintió el leve peso de los senos tibios.

La cabeza de Dacila se reclinó lentamente sobre su hombro. Apartó el cabello que caía sobre la frente de la joven, y la trajo hacia él oprimiéndole tiernamente la cintura.

Lentos y castos los labios apenas se posaban en las mejillas y bordeaban la boca ansiosa.

— ¡Ah, tus manos, tus manos...! ¿Quién te dió estas manos?

Los dedos alargados y vibrantes recogían el mentón de la mujer; un instante apenas oprimían su garganta o alisaban las cejas mientras ella parecía dormirse bajo los párpados caídos.

— ¡Acarician con más suavidad que un beso!

Los labios anhelosos buscaron a los del joven y los oprimieron voraces.

Cuando se desprendieron, con los ojos brillantes de lágrimas suspendidas dijo:

— Cierra esa puerta y tóname. Soy tuya.

Mientras iba hacia el tabique una súbita serenidad se hizo en el ánimo de Julio. Pensó que las artes de aquel infeliz oficio de la mujer, estaban hostigando sus deseos hasta la angustia que él prisionero, violentamente vencido, en una exaltada voluntad de entrega que no lo graba dominar. Se sintió como un niño humillado.

Cuando volvió, Dacila había dejado caer sus ropas y estaba sentada en el borde de la cama. Se detuvo ante ella, tieso y grosero:

— Yo no tengo plata.

La joven inclinó el rostro y los cabellos lacios cubrieron los senos desnudos. Un sollozo llenó el silencio.

— ¿Porqué me dices eso? ¿Te lo pregunté?

El no supo contestar. La vergüenza y la piedad le hicieron sentarse al lado de Dacila y tomarle las manos acariciándolas lentamente.

Del otro lado del tabique cantaba la voz de Alejo acompañándose con la guitarra: "Esta es la ley de la existencia humana. Abajo irán los que hasta arriba fueron".

Callaron los sollozos cuando la mano recogió en su curvada palma, como en un crisol suave y ardiente, la carne trigueña que los dedos parecían modelar. Sobre los muslos mórvidos resbalaban una luz dorada y la vencida mirada del adolescente.

Alguien entró y volvió a salir de la pieza, sin que ellos lo vieran.

De nuevo los labios anhelosos lo esperaban. Julio no pudo resistir su cercanía. Alargó los suyos y cerró los ojos para imaginar aquel cuerpo desnudo que él iba a estrechar entre sus brazos.

Sentía las manos de ella entrelazarse sobre su nuca y los labios musitar palabras que él no escuchaba.

Se oscureció la pieza; se apagaron los ruidos. La vida misma quedó suspensa y lejana. El mundo se perdió en su conciencia.

Julio sintió un odio violento por la vez que volvió a gritar desde atrás del tabique.

— Dacila, ¡apúrate, pues, que ya llegaron los músicos!

— Voy, Doña Doralisa ya voy. ¡Ah ... qué mujer, ésta!

El siguió fumando tendido pesadamente en el lecho, sin voluntad ni pensamiento, cuando Dacila volvió a andar en la pieza. La miraba tranquilo y orgulloso.

La voz apasionada de Pepe les llegó desde la sala.

— Digo que las mujeres son todas iguales, con los mismos derechos.

— ¡Qué horror, muchacho, no digas locuras! - Exclamó asombrada Doralisa.

— De modo-preguntó Alejo- ¿que tú traerías aquí a tu hermana?.

— Yo no tengo hermana. Bien lo sabes.

— ¿Cómo anda esa flauta, Lindoro? - Interrumpió la voz de Enrique.

— Pronto a tocar un poco de música.- Contestó la voz de un recién llegado.

Antes de salir Dacila se inclinó sobre él y le besó hasta ahogarle. El vio las curvas de su pecho perderse en el corpiño, ya sin misterios.

Recién advertía los muebles en su sitio. La pequeña mesa de luz; de sillas de madera; el lavatorio con su espejo iluminado por el atardecer y el ropero reluciente en el rincón opuesto.

Detrás del tabique eran cada vez más numerosas y animadas las voces. Alguien afinaba un violín, mientras otro templaba la guitarra. Entre las palabras de los hombres sonaban las de Dacila alegres y altas, sin recuerdo de aquel murmullo apasionado que él tenía aún en sus

idos. No podía saber si Isabel continuaba aún en la sala; tampoco oía ahora la voz de Pepe.

Cuando Julio volvió, ya San Martín con una regadera humedecía los ladrillos del piso, mientras en un rincón los músicos, un violín, una flauta y una guitarra, esperaban.

Sus ojos buscaron a Isabel. De pie, entre dos hombres desconocidos, apoyada en la mesa que habían colocado junto a la pared, ella le miró con sus ojos claros, indiferente.

Dacila no le vio entrar. Sentada en las rodillas de un hombre, reía sus bromas.

En el rincón desde el que vigilaba el baile que iba a empezar, Doralisa hizo un lugar a su lado y llamó a Julio.

Cuando sonaron los primeros compases de un tango, Enrique y su pareja ocuparon el centro de la sala, y el baile empezó.

Julio observaba el desfile de las parejas que pasaban delante suyo, con gesto grave y reconcentrado los hombres, mientras las mujeres ofrecían sus cuerpos dóciles a la presión de la mano que ceñía su cintura o se abría sobre las espaldas desnudas. Un silencio de hosquedad dominaba en la sala, en donde sólo se oían las frases musicales del violín y la flauta cuyos compases golpeaba la guitarra.

El alcohol que seguía sorbiendo con acentuada repugnanancia; la charla incesante de Doralisa contándole la historia de las mujeres, y aquel girar silencioso de las parejas, le ponían una agobiante pesadez en la frente y le confundían las imágenes. Sólo podía percibir palabras aisladas de las breves frases que se alzaban sobre el murmullo de los pies en el piso de ladrillo y los sonidos de la orquesta.

Una insólita sensación de orgullo y de tristeza se extendía en su ánimo.

Allí estaba, por fin, en una casa de las orillas. Había conocido los goces de la carne en los brazos de una mujer que le condujo a través de ellos con ternura inocente; sentía sin sonrojos pronunciarse en voz alta las palabras procaces, y bebía caña sin miedo y sin medida. Su urgencia por saberse hombre, al vencer el pudor de su cuerpo y la timidez de su pensamiento, estaba colmada.

Había entrado en el tiempo de la hombría con decisión varonil y sin que nadie advirtiera sus vencidos escrúpulos.

Pero ahora que su cuerpo sentía la pesadez del alcohol y los deseos se habían calmado; cuando creía ya saber que en las cálidas redondeces de Dacila sólo se guardaba un alma simple, hubiera deseado cono-

cer el secreto de aquella pálida blancura de Isabel, besar su sonrisa y enturbiar de pasión sus ojos claros.

Aquel ambiente del baile que en los comentarios del café él imaginara de despreocupada alegría, estaba cargado de un oscuro rencor que endurecía los gestos y ponía en los labios de las mujeres breves frases de mortificante sentido. Los hombres parecían bailar más que para gozar de la danza, para lucir un denaire que era como un desafío al coraje de los otros, pronto a estallar. Las mujeres eran, ellas mismas, desenfadas y libres. Pero el celo súbito de su compañero las guardaba.

Julio sintió que continuar allí sentado podría parecer un signo de miedo.

Fue en busca de Dacila y salieron a bailar.

- ¿Vendrás mañana de nohecita?
- Tendrás otros que te visiten. Veo que son muchos tus amigos.
- Como tú, ninguno.
- Por eso estabas, delante mío, en la falda de otro.
- Un gesto de tristeza empañó la mirada de Dacila.
- ¿Cómo, no sabes para qué vivo aquí?

Dieron varios pasos en silencio, sin mirarse, mientras el violín arrastraba la queja de un tango.

- ¿Vendrás, verdad, para que yo te lo explique?

Julio marcó aún dos pasos de la danza, antes de contestar.

- Bueno, vendré. Pero no permitiré que expliques nada.

CAPITULO V

— ¡Orden, compañeros! Carlos María tiene la palabra.

La voz del presidente se impuso sobre el tumulto levantado en la sala.

Desde el principio de la tarde la asamblea estudiantil discutía en uno de los salones del liceo, la conducta a adoptar ante la guerra desatada en Europa.

Bélgica había caído y sobre las feraces colinas normandas continuaban avanzando los ejércitos alemanes hacia París.

La nueva generación iba a conocer su guerra. Más despiadada que nunca. Con las ciudades arrasadas por los grandes cañones y las bombas dejadas caer desde el cielo, implacables; millones de ancianos, mujeres, enfermos y niños, huyendo por las carreteras entre la desolación de sus pueblos y campos incendiados, y las granadas estallando sobre las cabezas.

El siglo de la ciencia, del derecho fundado en la razón y guardando la libertad, se precipitaba de pronto en la barbarie. Europa, rectora del mundo, extendía el odio de sus intereses por todos los continentes. No quedaba lugar para la paz. De nuevo las viejas grandes palabras eran banderas que tremolaban sobre la conciencia humana desde las tribunas, las hojas de los periódicos, en las ciudades y los villorrios.

La asamblea de aquella tarde, era una imagen de lo que estaba ocurriendo ese mismo día en los más lejanos y distintos lugares de la tierra.

Al principio pareció que sólo se oiría una exaltada solidaridad con los fines proclamados por los países aliados en su resistencia ante el avance de los imperios germánicos. El propio Uruguay se había incorporado al núcleo de aquellos combatientes.

Pero de pronto comenzaron a surgir voces recordando el aporte de Alemania al progreso de la ciencia.

El tumulto llenó entonces el ámbito de la sala.

Apenas si el presidente lograba hacerse oír entre las frases que se cruzaban airadas, o las exclamaciones despectivas con que unos acogían los juicios de sus contendores. Nadie quería perder tiempo en llegar hasta la tribuna. El grito, la réplica mordaz, la altiva respuesta, se sucedían sin pausas mientras se agitaban en el aire las manos, o golpeaban los libros sobre los pupitres.

En la tumultuosa agitación que colmaba la sala, sólo Julio y Carlos María conservaban la calma.

Todos sabían que entre ellos iba a ser el choque y aguardaban sus palabras, que resumirían las ideas de los que ya no tenían sarcasmo ni burla nueva para gritarse.

Por ello hizo el silencio cuando Carlos María avanzó hacia la tribuna con menudos pasos, inclinada sobre el hombro izquierdo la cabeza, entornados los párpados con ostensible humildad.

Conocía su mala reputación entre los estudiantes que se reunían en el café o comenzaban a frecuentar los ranchos de las orillas de la ciudad. Tampoco lo estimaban los que penosamente iban aprobando sus cursos y ante quienes los profesores exaltaban el talento y el tesón de Carlos María.

Pero él permanecía insensible ante el desprecio. Se refugiaba en la amistad de las muchachas y la admiración que su inteligencia provocaba en los recién llegados a los primeros cursos del liceo.

Nunca se le encontraba en la calle antes del atardecer en que se le veía pasar, la mirada puesta en el suelo, el gesto reconcentrado, el paso menudo y fugitivo, no se sabía hacia dónde.

Despreciaba a su país tanto como admiraba a Atenas. Una Atenas que él imaginaba eternamente serena, de luminosos mármoles sobre graciosas colinas frente al mar, donde discurrían los sabios entre un pueblo sin huellas de sudor, que rodeaba con su comprensiva admiración a Sócrates o se agrupaba a contemplar a Fidias tallando sus estatuas. Una Atenas sin esclavos, sin mercaderes; sin sacerdotes mendaces; sin sangre de inocentes sacrificados por la tiranía del culto, y de la aristocracia que obligó al sabio a beber la cicuta.

Alguien le enviaba revistas literarias desde Montevideo, con cuya información él publicaba algún artículo en los periódicos y acrecía su nascente reputación de crítico ilustrado en el pensamiento moderno. Del Uruguay confesaba haber leído sólo a Rodó, Herrera y Reisig y, sobre todo, a Lautremont y Laforgue.

Con estudiado aire de cansancio, que un mechón de pelo cuidadosamente dejado caer sobre la frente acentuaba, hundidos los hombros, mirando el distante muro de la sala, Carlos María comenzó a hablar.

El no estaba allí, le murmuraba casi su vozita áspera, para convertirse en caudillo de una idea o hacerse aplaudir con arengas sonoras. No se consideraba capaz de proponer ninguna actitud, y, por los mismos, no intentaría señalar una conducta.

Julio debía esforzarse por mantener un gesto indiferente ante la astucia con que el otro intentaba predisponer en su contra la asamblea.

Con las manos guardadas en los bolsillos; empequeñecido de propósito de su cuerpo enjuto, pareciendo buscar en los otros una certidumbre que él no hallaba en su espíritu, el orador simulaba dudar de su propio pensamiento y extendía el desgano de la duda sobre los juveniles entusiasmos.

La sostenida humildad del gesto con que parecía ruborizarse de certeza de sus juicios, ocultaba el orgullo que le poseía al sentir el silencio que nadie interrumpía para no perder sus palabras.

— Digo, para terminar: Dejemos que los capaces de hacerlo, nos orienten. Los profesores, con su autoridad intelectual, podrán guiarnos sin dudas en estos difíciles problemas. Pienso que hemos venido al liceo para estudiar. Ese es el deber a nuestros años. Lo demás es política, y no somos nosotros los obligados a hacerla. Aquí, me parece, no hay ningún caudillo. Y ustedes, creo, no lo tolerarían.

Bajó de la tarima que servía de tribuna y fue a sentarse entre el grupo de las doncellas.

— Tiene la palabra el compañero Julio Esnarri; — se oyó decir al presidente.

El avanzó hacia la tribuna con una mal contenida arrogancia. Desde los primeros bancos Carlos María lo observaba y sonreía. Conocía su carácter, y estaba seguro de la reacción que en su espíritu habían producido sus últimas palabras. Julio no se humillaría hasta simular una humildad de ánimo que desarmara la insidia con que el otro, de antemano, pretendió predisponer en su contra a la asamblea.

A la vocecita insinuante iba a suceder la voz sonora y grave, de acentos rotundos; a las manos escondidas en la espalda la suya nerviosa adelantando en el aire el índice extendido como una acusación o un desafío. A la serenidad inteligente, la arrogancia apasionada.

Para Julio la tribuna tenía la sugestión de un campo de combate. Llegaba a ella olvidado de todo otro propósito que no fuera el de afirmar de modo tajante su pensamiento libre de dudas. Porque no le importaba la victoria sino la verdad, reducida a términos precisos por el impulso apasionado de su carácter, le era indiferente la derrota. Su discurso era un hecho moral, limpio de disimulos y de astucias.

Carlos María prudente, humilde, excitaba su arrojo para enajenarle el ánimo de la asamblea. Las muchachas, sobre todo, se defendían de su actitud avasallante. Conocían su vida en las orillas del pueblo y lo consideraban un extraño entre ellas.

Sintió que debía imponerse a las dudas y la hostilidad. Así comenzó a hablar:

— La guerra europea pone en peligro las más nobles conquistas de la civilización. Si triunfa Alemania, los bienes que los trabajos del hombre han alcanzado, desaparecerán.

— Alemania es la ciencia. — Observó Carlos María.

— Yo hablé de la libertad ...

— ¿Y el Zar de Rusia? — Preguntó el otro interrumpiendo con su voccecita cantarina

— Está luchando por la libertad de Francia y por la nuestra.

— ¡Oh ... ! — Exclamó Carlos María, y se llevó las manos a la cabeza como si lo agobiara el asombro.

Julio no se inmutó.

— Digo que lo que importa es la causa por la que se muere.

El otro insistió en su planteamiento.

— Nosotros vinimos al liceo para ilustrarnos. Esa es nuestra obligación primera.

— ¿Y para qué te ilustras? Los conocimientos no se imprimen en nosotros como en un libro, sino en nuestra conciencia. Lo primero, es ser un hombre.

La asamblea se estremeció. La última frase resonó como un sarcasmo que los demás acentuaron con sus gritos:

— ¡Bravo! — ¡Eso es, un hombre!

Carlos María aguardaba su instante, insensible al agravio.

Julio siguió hablando. La voz resonaba en la sala y se multiplicaba en los ecos bajo el claustro que rodeaba el patio.

Una muchacha le interrumpió:

— Los aliados triunfarán, Dios está con los que defienden la Iglesia y sus doctrinas.

Julio se sintió molesto.

— Yo no he dicho eso. — Contestó — Los Dioses están siempre con el vencedor. Ahí está la historia demostrándolo.

El tumulto volvió a sacudir la asamblea. El presidente clamaba:

— ¡Al tema, compañeros, al tema!

Cuando se hizo el silencio Carlos María se levantó, dió la espalda al orador y dijo:

— Como ustedes ven, él sólo tiene la razón; toda la razón. No admite a nadie a su lado si no piensa exactamente como él.

Julio replicó soberbio:

— No oculto mi pensamiento. Hablo para decir la verdad; no para

que me aplaudan. Yo estoy donde me ven; otros se esconden.

Los ánimos se hallaban fatigados y la impaciencia era entonces por votar.

Cuando Julio abandonó la tribuna y el presidente llamó al sufragio, sólo el pequeño grupo que rodeaba a Carlos María, entre los que estaba la que había evocado a Dios, dejó de levantar la mano.

Por los sombreados caminos de la plaza Julio se alejaba acompañando por el entusiasmo de aquellos que con él habían triunfado.

Aunque su palabra decidió la victoria y Carlos María fue entonces humillado, un vago disgusto enturbiaba su ánimo y quitaba alegría a su cansancio.

Revisaba su actitud en la asamblea y advertía que sólo había repetido las consignas impresas diariamente en los periódicos y cuya justeza él no podía medir. En el momento de la lucha no era posible la vacilación, ni admitir que su adversario hubiera expresado una verdad. La multitud habría sentido desarmarse su actitud y a él le hubiera sido difícil convencerla de que una pequeña verdad no debía alcanzar a herir la validez de la gran verdad que ellos sostenían.

¿Pero estaba él convencido de que aquellos ideales que se agitaban confusamente en su espíritu, eran los que se estaban defendiendo en los campos de batalla? La Libertad, la Justicia, el Bien, ¿estaban verdaderamente en la trinchera oponiéndose a la Esclavitud, el Despotismo, y el Mal? ¿O sería sólo que en la dócil arcilla de sus anhelos juveniles, la propaganda de los diarios había impreso aquellas grandes palabras?

En su memoria se iluminaba la insidiosa sonrisa de Carlos María cuando le preguntó:

— ¿Y los negros africanos del General Mangin, defienden entonces la cultura de Europa y nuestra libertad?, ¿Y la suya?

Un joven heroico había ultimado a un déspota en Sarajevo.

¿Cuántos jóvenes como ése, estaban siendo ultimados por los déspotas en la India, en el Japón, en Africa y en Rusia? ¿Por qué no se alzaron los ejércitos, clamaron los oradores en las tribunas, y vibraron los cables telegráficos para impedir el sacrificio de esos inocentes?

Su pensamiento se perdía en un vértigo de confusiones.

La presencia de su sinceridad vino a librarlo de la tristeza. Si aquellos sentimientos no eran los que impulsaban a los guerreros a la muerte, eran los que enardecían su espíritu y dictaban sus palabras. No importa que la verdad no se hallara, desnuda y pura, en las páginas de los periódicos; proclamar su necesidad para los altos sueños del alma humana, era crear ya una forma de su existencia.

Desde que se sintió responsable de sus actos, avanzan sus pasos entre dudas que se alzan en su ánimo y le pueblan de tribulaciones. Las grandes palabras que exaltaban su alma en los candorosos días de la infancia, han perdido sus nítidos perfiles y sobre la luz de las ideas puras él siente ensancharse las sombras de sus contradicciones.

Al principio de sus estudios liceales, el mundo comenzó a abrirse ante sus ojos, iluminado por una luz resplandeciente. Veía alzarse los pueblos; construirse las ciudades; crecer hasta la culminación de su grandeza los héroes, y avanzar hacia la libertad las civilizaciones. Fácil era entonces, para los hombres de arrojado corazón, vivir valerosamente en el servicio de grandes ideales.

Así también en los tiempos en que Artigas y los caudillos guerrearon por la libertad de este pueblo, en que él vive en una paz sin relieves y en la que están muriendo los recuerdos de la epopeya.

Sentado a la mesa a la hora de la cena, oye el tranquilo diálogo de sus padres rememorar sus años. Todavía eran la lucha, los trabajos, el amor en las soledades. Pero aquel tiempo había cumplido, como sus mismos padres, un destino que ellos podían encerrar en cuatro frases sencillas.

¿Cómo era, en cambio, su tiempo? ¿Cuál su vida?

En el mundo, esta guerra estallada en Europa por razones que él sentía en lo íntimo que se le ocultaban sus causas y propósitos y que sin embargo, le obligaban a definirse apasionadamente.

En el Uruguay, la patria ha fijado sus fronteras definitivas; entre ellas ya no es preciso luchar por la libertad, ni peligra la paz.

Los partidos políticos se empeñan en avivar con el rencor del tiempo enardecido, el color de las divisas que los años van empalideciendo.

Desde Montevideo llegan, a intervalos cada vez más breves, los ecos de conflictos sociales cuyas causas Julio no alcanza a precisar entre las nuevas palabras de un lenguaje que todavía no se habla en su pueblo.

Sólo Pepe se apasiona por ellos y afirma que en el campo de esas nuevas luchas estarán todos, en los venideros combates. Y aunque los partidos políticos parecen ir tomando esa posición, tal como él lo anuncia, en el ánimo de Julio persisten las confusiones cuando se esfuerza por comprender en qué medida esas luchas actuarán sobre su propio destino.

Aquella promesa que se hiciera cuando sobre el caballo miraba caer la tardecita en la llanura, se apagó como un nostálgico recuerdo en su memoria. No; no es de allí de donde le vendrá el llamado que su ánimo ardoroso aguarda. El campo duerme su paz, olvidado.

En la edad que él se prometía combatiente y gozosa, llegaron estas horas de desolación y cansancio.

Su amor por Aída había perdido el candor de sus primeras revelaciones. En vano buscaba en los diálogos la palabra exaltada que en el comienzo venía a sus labios irreprimible. El cansancio de la costumbre le tenía ahora a su lado, silencioso.

Ella le amaba con la misma inocencia de aquella mañana en que él besó sus párpados que el rubor entornaba. Desde entonces la vida fue una gozosa revelación que la palabra de Julio conducía entre pudorosas caricias. En los juicios del amado ella hallaba las medidas del mundo, de los hombres y sus hechos; entre sus brazos se encerraban los horizontes posibles de sus años.

También para él aquella mañana, cuando dejaron la penumbra en la sala y él tenía aún en sus brazos el recuerdo del leve peso del busto de Aída, una claridad dichosa se había abierto ante sus ojos.

Fue un fugaz instante de temor; de precipitados sueños en la frente; de arrojó y de ternura, cuando sus ojos dejaron de ver los ojos de ella, y se buscaron los labios ansiosos.

Cuando se separaron, creyó que la mañana tenía una inédita luz y en ella él conocía desde entonces el secreto guardado detrás del gesto de los hombres.

Tuvo el gozo de mirarse en el espejo de aquel amor en que su imagen resplandecía sin la sombra de sus defectos, que la inocencia de Aída ignoraba.

Pero el tiempo hizo de la exaltación una difícil costumbre.

La vida continuaba pasando a su lado, tumultuosa, indiferente; cargada de recuerdos en los labios de sus padres; multitudinaria y trágica en luchas cuyo sentido se le escapaba. Más misteriosa para él que en los días de la infancia.

Sentado en la rueda de los viejos amigos del café, lo humillaban sus dudas ante la certidumbre en que ellos vivían.

El, como Elías, creyó que el tiempo pasado habría de volver, conduciendo por los caudillos y sus lanzas.

Sería de nuevo el tiempo de la vida heroica y bella. Los hombres redimidos de la cansada mansedumbre de la paz y del miedo. Y aunque ellos continuasen distraídos en sus pequeños trabajos, y de las rejas de las pulperías se perdiesen los payadores donde nadie escuchaba sus cantos, Elías seguía aguardando aquellos que eran para él los hombres verdaderos.

La ciudad creciente olvidaba, por el impulso de hombres optimistas venidos con el ferrocarril, los últimos recuerdos del perdido pueblo de la infancia. Hablaban otro lenguaje y otros eran sus anhelos.

Ya no había espacio en los cafés del centro para Alejo y su guitarra. Pero él seguía, en las reuniones de las orillas, con el vaso de caña por delante, la guitarra en la falda y la invencible desolación den los labios cantando: "Abajo irán los que hasta arriba fueron".

Sólo Pepe y Oscar parecían sentir que el tiempo pasaba, con sus hechos.

Pero mientras uno clamaba contra una injusticia presente cuyas raíces se le ocultaban, el otro exaltaba todos los actos del Gobierno al que se sentía unido por el vínculo romántico de la divisa.

Frente a la controversia repetida de los amigos, sonreía Enrique mientras sorbía lentamente su caña, y esperaba con la nohecita la hora del baile.

La urgencia de sentirse hombre, de participar de los alucinantes goces de la vida, de verse mezclado en el arrebato de sus luchas, habían acercado a Julio a sus amigos. Bien pronto advirtió que no estaban en los labios de ellos, las respuestas a las angustiosas preguntas de su espíritu.

Aunque Elías proclamara su rebeldía frente al tiempo presente se sentía cómodo en el melancólico recuerdo de unas luchas que otros padecieron. Alejo salvaba su alma ante la injusticia, con el pesimismo de sus canciones en la guitarra que volvía graves los gestos en los ranchos de las orillas, mientras el vaso se olvidaba en la mano o quedaba un instante suspenso junto a los labios. Pepe se libraba del hastío de sus horas en el comercio, anunciando una revolución que habría de llegar, no sabía de donde ni por quién; mientras Oscar defendía al Gobierno del que designaba con sus nombres personales a algunos de sus hombres. A Enrique le bastaba no mezclarse en los inútiles trabajos ni en las pequeñas angustias. En los ranchos las mujeres se le ofrecían para lucirse llevadas por su mano en la danza, y todos estimaban la modestia de su silencio.

Julio percibía que cada uno de ellos había alcanzado a crearse una imagen del mundo y en ella vivía, ya sin preguntas.

El, en cambio, sentía levantarse en lo íntimo de su espíritu una terca voluntad que exigía emplearse, mientras su pensamiento vacilaba.

Desde la sangre sus antepasados le llamaban a continuar en el duro y bello ejercicio de la hombría. Pero el tiempo va olvidando los sueños por los cuales ellos murieron. ¿Cuales serán los suyos? ¿Con quienes

los compartirá?

Una oscura certidumbre que no ha necesitado razones, le impulsa a buscar más allá de los círculos de su personal interés, los móviles de su vida. De otro modo, nunca alcanzará su plenitud. Siente, así, que la generosidad más que una virtud es una necesidad para su equilibrio moral.

Desde su banco liceal ve ensancharse el mundo y poblarse los siglos. Esto basta a su inteligencia. Pero él siente que no ha nacido para la meditación de una vida contemplativa.

En él se cansa el arrojo, de no emplearse. Y las dudas que le contienen, impacientan sus horas.

Piensa que le ha tocado vivir un tiempo en el que culminan los trabajos de las generaciones, y ahora sólo es el gozar de sus frutos.

Periódicamente los partidos se agitan conmovidos por las palabras de los tribunos y las consignas electorales, entre las que vuelven a cobrar validez los recuerdos de pasados heroísmos. Y otra vez la calma, en la que cada uno retorna a lo suyo, en calladas luchas cuyas angustias él no advierte.

Año tras año va aprobando sus exámenes liceales. Irá luego a Montevideo y culminará su carrera de abogado. Tendrá entonces en las manos el título universitario que lo fijará en una capa social y en ella prosperará hasta la muerte.

Esto bastaría para su tranquilidad, si una acuciante vocación no le estuviera llamando a cumplir un más bello destino.

El recuerdo de aquellos escuadrones pasando por las calles de Melo, bajo la lluvia, perseguidos o victoriosos pero igualmente sucios de barro, siguiendo a sus caudillos entre el relincho de las caballadas, se alza en su memoria como un pensamiento que lo exalta y humilla.

Allí iban los suyos, sin tiempo para el abrazo porque las veces de los clarines continuaban llamándolos al deber en campos de muerte. Así pasan de nuevo ante sus ojos aquellos cuyos nombres la fama levantó y los otros, los que sólo fueron multitud. Ninguno encontró razón para quedarse, cuando los chasques llegaron a los ranchos y en las mañanas se abrió el color de las divisas.

Julio mira a su alrededor y no descubre la universal injusticia o la gran esperanza por la que de nuevo volverán los escuadrones, y él entre ellos.

En el reducido mundo en que él vive, cada injusticia tiene un nombre propio, y es una y distinta la esperanza detrás de cada esfuerzo asomando a los labios en la rueda familiar.

La sociedad se ha fijado definitivamente sus leyes y las normas para cumplirlas.

Nada habrá de cambiar.

En los campos de Europa millones de hombres combaten para librar al mundo de la amenaza de los imperios germánicos. Ya se ve acercarse la victoria. De nuevo la libertad reiniciará su marcha, mientras avanza la ciencia y el progreso colma de bienes a los hombres.

Julio siente que vive en un medio y en un tiempo en los que su vocación más íntima se agosta sin empleo.

Todavía tiene en los ojos las últimas imágenes de los heroicos trabajos cumplidos por la libertad. Aquellos no dejaron a su tiempo ningún gran quehacer por realizar.

¿En qué habrá de emplearse este arroyo apenas contenido de su alma? ¿Dónde clama la justicia, para servirla?

No le basta el amor; no le sacia el estudio. Piensa que las potencias que él siente agitarse en lo íntimo de su espíritu, permanecen vírgenes aguardando una hora que él no sabe cuando llegará.

Muchas noches, volviendo a su hogar por las calles solitarias en la pequeña ciudad dormida, sufrió la angustia de aquella paz en que él creía que descansaban los hombres de las casas ahora silenciosas detrás de las rejas de sus ventanas, bajo los tejados.

¿Dónde estaba su vida verdadera?

El sólo sabía que entre los hombres y sus luchas.

Pero en aquella paz en que resonaban sus pasos entre las casas silenciosas, nadie soñaba como él en la lucha.

¿De dónde vendrán los nuevos escuadrones que su espíritu aguarda?

Las lejanas voces del mundo que están llegando a su pueblo, todavía no tienen una clara palabra para su conciencia.

CAPITULO VI

Sobre el tejado, en los charcos del patio, apenas se siente golpear la lluvia mansa que está cayendo desde la mañana.

Nadie va por la calle en la que suenan las voces como desde una imprecisa lejanía. Por la ventana de abiertos postigos entra una luz gris que no alcanza a producir sombras en la pieza.

En mangas de camisa, sentado al borde de la cama, Julio ha olvidado el mate en la mano, mientras su mirada está puesta, sin voluntad, en los vidrios opacos de la ventana. A su lado Dacila busca con terca humildad la mirada del amigo que con fastidio sustrajo sus manos a la caricia.

En el lluvioso mediodía, en la casa donde todos duermen, los envuelve un silencio de íntima tristeza.

La mujer ha logrado dominarse, y habla:

— ¿Así que nunca más? Recién hace unos meses que eres mi amigo, ¿y ya me abandonas? ¿No sientes mi amor? ¡Tú, sólo tú ...!

Julio se puso de pie y fue a dejar el mate junto a la caldera. No intentaba disimular su pena.

— Ya te lo he dicho; me cuesta repetirlo. Debí comprenderlo desde el primer día.

Ella le miraba andar por la pieza mientras le hablaba.

— Sí, ya se. En una mujer de la vida ¿quién va a creer? Pero yo no te pido que me quieras; déjame, solamente, quererte. ¿Crees que no lo sabía? Así fue desde el primer día ...

Julio sintió pena por la injusticia con que ella se lastimaba.

— No me has entendido. Dije que desde el primer día debí comprender que esto no podría durar. Mi vida es otra.

— ¿Estás arrepentido?

— Sí, por el dolor que te causo.

Ella apenas pudo contener el sollozo.

— Te avergüenzas de mí! En cambio yo ...

— ¡Dacila!

— ... yo me sentaba orgullosa a tu lado. Ninguno tiene la firmeza de tus ojos, ni su ternura cuando acarician. Aunque no sepan quien eres, se te conoce por tus manos.

— No te he perdido el cariño; siempre te recordaré con gratitud. Pero comprende que tu y yo ...

— Sí, comprendo, comprendo. — Volvió a sus labios el pensamiento lacerante. — Tu eras para Isabel. Ella nació rica; fue educada como hija de familia. Sabe recitar versos y ofrecerse y negarse cuando la buscan. Pero yo te elegí ...

El llanto quebraba sus palabras.

— Entre los hombres que una recibe, tú eras mi lujo. Desde que te tuve, volvió el amor. Y ahora te vas! ¿Por qué no podemos querer, nosotras?

— Entiéndeme, Dacila: no es de ti que me alejo, sino de esta vida. Y no podría llevarte conmigo.

Ella había vuelto a sentarse a su lado y le miraba con vencida mansedumbre. El buscaba las más tiernas palabras, mientras su mano le acariciaba el rostro con lento y distraído ademán.

Sobre el tejado y el patio apenas se sentía sonar la lluvia. La casa seguía en silencio, como la calle.

Las palabras del amigo fueron adquiriendo el acento de una conmovida confesión. En la casa paterna, más fuerte que las diarias palabras de la costumbre, un silencio entristecido que hacía ponerse el diálogo en la rueda familiar. La vergüenza de sus horas alcoholizado, indócil el pensamiento, torpes las palabras desnudando su intimidad en la mesa del café ante el primer desconocido con quien se sentara, con un vaso por delante. Los libros abandonados; los días perdidos en una pereza sólo vencida por la voluntad de tomar la calle y bajar hasta aquel barrio, mientras la vida continúa pasando, con sus luchas, sin preocuparse por estos desechos que va dejando en la orillas del pueblo.

— Sé que me quieres y me duele tu desengaño. La pena de mis padres me pesa como una humillación. Sí, yo tenía que perder la inocencia; para salvarme.

Ella ha logrado tomarle las manos y ahora le acaricia con un impensado afecto maternal, mientras busca las difíciles palabras de un consuelo.

Sentados en el borde la cama, en la luz gris de la tarde lluviosa, los dos están perdidos en la desolación.

El ha dicho todo su pensamiento; ella tiene aún una esperanza.

¿Pero vendrás a verme algunas veces?

La respuesta fue cortante, irreparable.

— Imposible.

Dacila dejó caer el busto sobre las rodillas del amigo, doblada en un llanto silencioso. Sobre los cabellos de la muchacha, las manos de Julio alargan una lenta caricia de lástima y de su propia pesadumbre.

Entre los dispersos muebles de la pieza se levantan los recuerdos de los meses vividos con su amiga.

Las colmadas horas de sus deseos, cuando el tiempo y el lugar se perdían de su conciencia sin más noción que la de su cuerpo adolescente estremecido entre los brazos de Dacila. La sensación de hastío al despertarse en las mañanas después de una noche en que el alcohol le tuvo de bruces, perdidas la mirada y la voluntad, sobre la mesa de la sala.

Vuelve a ver en el espejo la tardecita de su traición con Isabel.

El esperaba a Dacila que debió ir al centro de la ciudad. Isabel entró y fue a sentarse a su lado, casi tocándose las rodillas.

Aunque hablaban de cosas indiferentes, de pronto palabras de ella se avivaban de rencor contra todo, como si alguien le estuviera negando algo que aguardara desde hacía tiempo. A Julio le era difícil mantener aquel diálogo en el que ella parecía estar ausente, sin nada que decirle ni preguntar.

Urgida por algo que no intentó explicar, Isabel se puso de pie y avanzó hacia la puerta. Ya iban a separarse, cuando se detuvo y le tendió la mano; Julio se acercó a estrechársela.

Sin decir palabra, sin mirarlo, segura de su triunfo, inclinó hacia él la mejilla.

No tuvo tiempo de pensar; los labios entreabiertos lo aguardaban mientras el liviano busto se apoyaba castamente en su brazo.

Vencido, temeroso, sólo se atrevió a besar la iluminada palidez de la mejilla.

Ninguno interrumpió el silencio con que se separaron; pero cuando ella llegó a la puerta, se volvió para sonreír.

¿Acaso se habría burlado? El se iba a ir de aquella casa sin saberlo.

Los brazos de Dacila rodeándole el cuello, dispersaron los recuerdos.

Julio sintió en el rostro el calor de las lágrimas que mojaban las mejillas de su amiga. Como respuesta ante la imagen del espejo él besó los labios de Dacila. Y de nuevo la enardecida adolescencia venció a la voluntad, cuando los dos cayeron tendidos y anhelosos en el lecho.

Sobre el murmullo de la lluvia en la calle, se sentía pasar una tropa que un lento silbido conducía.

Overon gritar a Doralisa con simulado asombro desde la ventana de

la sala:

- ¿Cómo es eso, Don Remigio; arreando ganado y pasa de largo? Desde la calle contestó una voz;
 - Pues sí; lo entregamos en la tablada y venimos. ¿Habrá tortas fritas?
 - ¡Seguro! Para usted y los hijos.
- Otro preguntó:
- ¿Y un traguito pa entonarse en esta tarde fría?
 - ¡Claro, pues, buenos mozos como el padre: las muchachas los esperan!

El silbido se alejó por la calle conduciendo los lentes mugidos de la tropa.

En la casa volvió a sentirse el silencio.

Tirado sobre la cama, olvidado el cuerpo, Julio mira a Dacila a través de los párpados entornados, mientras ella teje, callada, a su lado.

Una pesada tristeza ha vuelto a extenderse en el ánimo del joven.

El había querido entrar en la vida por los caminos de la lucha, embellecida y emocionante por los peligros vencidos, el propósito generoso, y la limpia conducta de su voluntad.

Ahora está ahí, escondido en una pieza en la orilla del pueblo; una mujer llora por su culpa y no puede ofrecerle una esperanza, porque él mismo ha caído en una humillante desolación.

Oscuras voces de su ser le impulsaban al combate hasta el placentero sacrificio por servir al dolor ajeno, y todo ahora a su alrededor es pena que él causa.

Desencantado el amor inocente de Aída; silenciosos sus padres; en los ojos de Loreta una pregunta angustiosa que nos se atreve a formularse ante el seguro dolor de la respuesta; Carlos María rodeado por las muchachas en el liceo, mientras a él le miran con un extraño encono. Y cuando quiere alzar la desfallecida voluntad, este llanto humilde que le vence.

Apenas cubiertos los muslos por el viso cuyo escote cae sobre las firmes curvas de los senos, Dacila continúa tejiendo, con una entristecida castidad olvidada de su desnudez. Sólo siente su fracaso junto al adolescente que le hizo creer que el amor podría retornar, aún entre la grosería de los que la tomaban un momento y la dejaban, extraños a sus sueños y su pena.

El se lo había dicho. Entre sus brazos tuvo la revelación del mundo misterioso con que la hombría le acuciaba desde el principio de su

mocedad. De su lado se levantó aquel anochecer, vencida para siempre su timidez. Con ella pudo decir sin rubor las procaces palabras que quebraron su inocencia.

Por él ella clausuraba con llave la puerta de su pieza a las doce de la noche, aunque en la sala le aguardasen los clientes generosos o aquellos, brutales, ante quienes temblaban las pupilas. Nunca aceptó de su mano el dinero que mancillaría la ternura de su entregamiento. Fue sumisa y apasionada. Jamás lastimó el orgullo de su hombría haciéndole sentir su inexperiencia; al más leve impulso de sus deseos, respondió con la caricia ardiente y la entrega sin cansancios.

Y ahora la va a dejar, porque él ha de salvar su vida. Aunque ella quede llorando aquel sueño que la redimía de la humillación y la tristeza.

Las sombras están apagando la luz en la pieza; sólo en la luna del espejo queda una gris claridad.

En el patio se siente detenerse unos caballos y hombres que desmontan.

— Pase, pase Don Remigio. No se preocupe por el barro de las botas.

— Es que vamos a dejar los pisos como un corral, Doña Doralisa.

Julio se puso de pie, terminó de vestirse y fue a salir por la puerta que daba a la calle; pero Dacila se interpuso con los brazos abiertos. Su voz tenía el acento de la queja, cuando dijo:

— ¿Volverás mañana?

Sobre la frente abatida de él dejó el consuelo de un beso prolongado; sus manos apartaron tiernamente los hombros desnudos de la mujer a la que no tuvo el valor de decir la verdad.

— Es posible que vuelva. Adiós.

Bajo la lenta garúa caminaba hacia el centro.

CAPITULO VII

Había concluído la cena, El padre dejó en la mesa la servilleta, colocó sobre ella las manos entrecruzadas y le miró con ojos bondadosos. Frente a él, evitando mirarla, Julio sentía la presencia de su madre.

Desde la cocina, sobre el silencio del patio, llegaba la voz de Loreta cantando 'La Loca del Bequelót: Un vago rumor de voces era cada vez más apagado y distante en la calle.

— Está terminando el año y es preciso pensar en tu viaje a Montevideo. Ya no tendrás a tu madre para cuidar de tu salud, ni a mí de tu conducta. Hablemos, pues, de ello antes de decidírnos.

Desde la Plaza, vibrando en la límpida sonoridad de la noche, el reloj de la iglesia daba la hora.

Julio sintió llegado el momento de la explicación que él había temido tantas veces. La mirada de su madre le pasaba sobre los párpados entornados. Aunque el respeto sólo iba a permitirle responder con recatadas palabras, él hubiera querido estar sólo con su padre en aquel diálogo escabroso.

Ellos eran hombres, y acaso esto le evitara la humillación de confesar las urgencias del instinto y el vencimiento de la carne. La experiencia paterna pondría lo que su rubor callara. El podría comprender cómo su alma se mantenía pura, a pesar de los hechos, de las miserables vidas en cuyo contacto pasara tantas noches. Cómo, aún en los episodios vergonzosos de la ebriedad, de las riñas por la caricia de una mujer que no amaba, el orgullo estaba despierto en lo íntimo de la conciencia acusándolo y defendiéndolo.

Sí, de su padre podría esperar la comprensión y el consejo. Pero ¿cómo esperararlo de su madre? Había crecido sabiéndola virtuosa hasta el heroísmo; los vendavales trágicos que sacudieron su cuna, crearon en ella el orgullo de su sangre, no como un don sino como un duro destino que esperaba prolongar en su hijo. Porque lo quería así, altivo y puro hasta el sacrificio, la ternura era en ella una fuente ruborosa que contenía la caricia y evitaba las dulces palabras ante sus miedos infantiles.

Todavía le estremecía el recuerdo.

Abatido por la fiebre, sentía a su lado la imagen de su madre envuelta en la luz verde de la lámpara que mantenía en los rincones de la

pieza las sombras con que la noche cubría el patio. Desde el pie del naranjo, más allá de su ventana, la vocecita de un grillo era el único signo del tiempo. Ella leía en silencio. Confusas visiones pasaban por la frente del niño sin voluntad que las guiase de la vigilia al breve sueño, o se quedaban, desmayadas, sobre sus párpados. El ruido del libro al caer avivó su mirada. Por el rostro de la madre corrían dos lágrimas resplandecientes. El posó su mano sobre la de ella caída en la falda, y se durmió sintiendo una dulce angustia en la garganta. Ningún beso fue más tierno que el recuerdo de aquellas lágrimas.

Ahora, cuando ante la palabra de su padre invocara su debilidad para justificar sus caídas, ¿no estarían las lágrimas ocultándose, pero llenando el silencio de su madre?

— Estoy ansioso por irme de aquí. En este pueblo me ahogo y siento que se quiebra la voluntad ante compromisos que yo sólo busqué, pero frente a los que estoy avergonzado y vencido:

El padre replicó, bondadoso:

— A tu edad todos los hechos y las ideas nos parecen difinitivos; se nos cierra el mundo en los estrechos círculos de nuestra menguada experiencia. Cuando se ensanchen los horizontes de tu vida, verás surgir naturalmente sus posibilidades.

La madre añadió, casi en un murmullo:

— Tu único compromiso es con la vida. Con tu vida.

— No, no es el pueblo quien te ahoga. Luchando en estas soledades los hombres de una raza conquistaron un continente y le dieron su lengua y su espíritu. Aquí sobre los campos de Cerro Largo, muchos días de su mocedad pasó Artigas aprendiendo a conducir los pueblos hacia su destino. Y los caudillos; tú mismo casi los has visto montar a caballo en estas calles de Melo, y dar a las épocas su nombre.

— Usted lo ha dicho, padre; eran otras épocas.

— No, mi hijo; cada hombre hace el tiempo a su medida. Algunos no lo tienen nunca, mientras otros se enriquecen de él para sus hechos.

— No conozco un joven aquí, que esté conforme con el tiempo en que nos ha tocado vivir.

— En las escasas lecturas que mi vida me ha permitido, y de mi experiencia sin salir de estas tierras, he conocido dos clases de hombres que reniegan de su época: la de los que hacen el progreso, y la de los vencidos. Cuidate de no caer entre los últimos, usando el gesto y la razón de los primeros.

— Si yo pudiera saber cual es mi íntima vocación ...

— Ella te lo dirá, a su hora. Sírvela con coraje y con lealtad, y lograrás

en ti tu mejor hombre posible. Cuando era niño, el maestro se empeñaba en hacernos leer trozos del Telémaco de Fenelón; yo prefería el Don Quijote y la Historia de los Girondinos. Una mañana, mientras me aburría de pie ante su pupitre recitando un trozo de la vida del héroe, un hombre entró en la sala y dijo unas breves palabras al oído del maestro. Cuando el desconocido salió, él, alterado el gesto, me envió a mi asiento y con voz presurosa nos dijo: Vuelvo pronto, mientras tanto, escriban una composición. Tema, "La Patria".

Estábamos todavía inclinados sobre la página, cuando un sonido de espuelas irrumpió en la sala. Calzadas las botas; ceñido el chiripá, terciado sobre los hombros un poncho de verano; en la mano el rebenque y el sombrero de ancha divisa, el maestro, mientras se dirigía a escribir en el pizarrón, nos habló: "Están licenciados; pueden irse". Sobre el negro del tablero, con grandes letras quedó escrito: ¡Viva la Revolución!

Aquella mañana quedó en mi recuerdo como una de las más fecundas lecciones de mi vida. Hoy, en mi memoria, se pasea la imagen del maestro entre los girondinos, o cabalga sobre las llanuras de la Mancha.

Julio sonrió ante la ruborosa exaltación con que su padre había evocado el instante.

— Así fue usted un día, a la guerra.

— No lo sé. No soy un guerrero sino un ciudadano; tal vez ese, también, era el maestro.

Julio comprendió porqué, cuando le oía narrar aquel tiempo que su padre vivió en la repetida cercanía de la muerte, evocaba en él no al guerrero, sino al rapsoda del episodio burlesco del miedo, o la picardía del coraje cuando ya estaban desnudos los sables y los facones, a la espera de las lanzas cuyas luces brillaban en la cuchilla. Así había atravesado aquellos días, sin rencor. Aunque en los diálogos en la mesa familiar se avivara su palabra ante la audacia ardiente de los jacobines, más conmovía su íntima ternura el sacrificio de la República de Salmerón y Castelar.

Así como de sus tenaces lecturas ni un rastro de pedantería quedaba en la llana elegancia de su palabra, de la guerra cuyos trabajos sufrió, sólo gustaba narrar la anécdota regocijada, o empañaba su palabra el recuerdo de los que no volvieron.

De su padre vasco heredó el sobrio señorío de la presencia y el gesto, y la fe en América como la tierra propicia para el trabajo libre de un hombre, cada día más justo y dichoso. En esta fe se había criado y quería transmitírsela a su hijo, viva y rectora de su conducta.

Julio no podía medir la virtud con que se había construido aquel hogar, a cuya mesa tendida él se sentaba sin más problemas que los de su propia conciencia.

El padre volvió a hablar.

— Tu madre y yo hemos seguido tus pasos estos últimos meses. No has visto sus lágrimas; sólo por eso has sido capaz de herirla sin lástima por su desconsuelo.

— No se trata de mi dolor sino de él, que es quien perdería. No ha nacido para esa vida y sufriría más que nosotros cuando lo comprendiese.

El entornó los párpados detrás de los cuales pasaba el llanto.

Desde el borde de la cama, en la penumbra gris del lluvioso mediodía, Dacila le tiende los brazos llamándole; Isabel le ofrece los labios mientras sonríe, victoriosa. En la luz verde de la lámpara, brillan dos lágrimas sobre las mejillas de su madre. Las imágenes le acosan y huye el pensamiento, dejándole sin palabras.

La voz paterna comenzó a conducirlo fuera de aquel silencio de angustia.

— Nada de lo que has hecho es irreparable, si en lo íntimo de tu conciencia el vicio sigue siendo una humillación. Si no estás hecho para los altos destinos con que te sueña tu madre, no descenderás, al menos, de esta decorosa medianía en que yo he situado mi vida entre mis vecinos, y que por ella me honran.

El no pudo detener la impensada confesión.

— Tengo miedo a la vida. No me asusta la muerte; tal vez fuera capaz, como mis antepasados, como su maestro y usted, de montar a caballo e irme a la guerra. Pero siento que no podría vivir humillado, y temo a los peligros inciertos y renovados para mi afán de vivir libre en los hechos y, en la conciencia. ¿Cómo me defendería del dinero, del Poder, de la malicia y la envidia, si quiero vivir con pureza? Cuántas veces lo pienso siento un cansancio de miedo.

— En lo que has dicho tienes la respuesta y la seguridad de tu salvación. Porque sientes que vas a vivir peligrosamente, tu coraje se alarma y te adiestra en el anuncio de la lucha.

Fue la madre quien contestó:

— Nadie menos orgulloso que tu padre, y ahí tienes su vida. Es mi orgullo, y debería ser el tuyo.

— No se trata de eso, sino de su vida. A tu edad, hijo, todos hemos creído que sólo sobre nosotros pesan los más enojosos trabajos y se ceba la injusticia. Entonces todavía no hemos aprendido a mirar a

nuestro alrededor. Al propio tiempo, quisiéramos arrojarlos a las empresas más desinteresadas. Sufrimos así esa lucha entre el egoísmo y la generosidad. Después, los días se encargan de decirnos quienes somos, y la voluntad comienza a impulsar nuestros pasos.

— Oyendo sus narraciones, he pensado muchas veces: ¡Qué hermoso debió ser para un caudillo verse sobre el campo abierto, seguido por las multitudes guerreras, no llamadas por nadie sino por su presencia!

— Olvidas que él era el más diestro de todos y el señalado para el mayor sacrificio.

— Uno mira ahora el tiempo en que vivimos, y no sabe en qué emplear sus esfuerzos.

— Esfuérzate en ser un hombre celoso de su decoro y verás qué bello y difícil es; en la posición más humilde o en la más encumbrada. Si admiras a los caudillos, aprende esa lección suya; adiéstrate en tu profesión o en tu oficio, y se leal a tu personalidad.

— Si tu padre no hubiese tenido que trabajar desde niño y hubiera podido, como tú, ir a la universidad, otro sería el lugar de este diálogo. Pero aún nos alcanzará el tiempo para que podamos ver cumplida nuestra única aspiración. Porque desde que tú naciste, todos nuestros trabajos tienen un único destino. Ahora está en tus manos el cumplirlo o destrozarlo.

— Nunca tuve mucho tiempo para pensar en lo que quería hacer, urgido por lo que debía hacer. Tal vez por eso ahora lo pienso en tí; en las posibilidades de tu inteligencia y tu carácter. Con ellos, yo ingresaría en la Facultad de Derecho. Creo, además, que para esos estudios estás dotado.

— Iré donde usted diga; también pienso que esa es, sí, mi vocación. ¿Pero qué sacrificios se impondrán ustedes, para mantenerme en Montevideo?.

— Ya oíste a tu madre.

Julio sintió como una culpa el sencillo heroísmo de aquella respuesta.

La luz de la lámpara se aquietaba sobre las cabezas encanecidas, resbalaba por sobre los rostros apacibles y se avivaba en las manos sobre el círculo de oro de la alianza con que unieron un día su destino. A la pulcritud con que vestía el padre, respondía la austera elegancia del vestir de la madre, en cuyo cuello levantado un camafeo lucía el único signo de la coquetería.

Aunque los rostros aún parecen jóvenes, los ojos están cansados y apenas si Julio recuerda su risa. Sentados uno frente al otro en el tra-

bajo o en el diálogo; en los mediodías de primavera paseando por los caminos entre los naranjos de Melo. Así los ve desde la infancia.

Cuando él creyó que la vida de ellos estaba cumplida, ya sin zozobras, comprendió, por aquella respuesta que quiso ser humilde, por qué empeños habían encanecido las frentes, continuaban sus trabajos y tenían aquella sobriedad sus costumbres. Nada buscaban ni guardaban para ellos. Hasta el amor cargado de deseos con que un día se unieron, desde el día en que él nació fue ternura y angustia de la esperanza puesta en su destino. Uno lo quería próspero en el sosiego del trabajo; libre y limpia la conciencia; dadivosa la mano; honrado por la amistad de sus vecinos. Ella lo soñaba mezclado en el tumulto de la vida riesgosa; valoroso en la generosidad; tierno y sin rencor en la victoria. Aunque no se atreviera a decírselo a sí misma, prefería verlo muerto como una gran esperanza, a tenerlo vivo y humillado.

Loreta entró a levantar el mantel. Por el silencio que guardaban los tres, ella advirtió que se juzgaba la conducta de Julio y una súbita impaciencia le impedía hacer con presteza aquel servicio de rutina. Ella, como la madre, había cuidado su sueño en las noches de fiebre; de niño le vestía y acompañaba en los almuerzos para enviarlo a la escuela. En las noches de invierno, rodeada por el olor de las franelas que ella cosía en su máquina, le vigilaba los deberes o leían juntos el mismo libro inocente. Su cariño no advirtió el tránsito de la edad, y seguía viéndolo niño como en los días en que él reclinaba sobre su falda el rostro y la enternecía con las confesiones que ocultaba a la madre.

El amor no gustado en una soltería sin tristeza, se empleaba en él con ánimo materno, sin esperar nada como no fuera la caricia de una burla, o la mano de él puesta sobre sus hombros en la promesa de un abrazo.

Si se hubiese atrevido, hubiera roto aquel silencio de reproche que sentía pesando sobre su niño y que ella sólo interrumpía con el golpear de los platos que iba levantando de la mesa.

Julio sintió, que él era el vértice de aquellos tres afectos, que de nuevo volverían a callar para sentirse dichosos e infelices por su conducta.

El recuerdo de aquella tardecita de primavera, detenido sobre el caballo en la cumbre junto al río, frente a los campos anocheciendo, está de nuevo en su conciencia. Pero la que él creyó indómita voluntad al servicio de hombres sufrientes y desconocidos, se ha perdido en su ánimo. Tres rostros familiares aguardan ahora su respuesta. Y su sinceridad se ha quedado sin palabras.

Loreta salió olvidando la servilleta del padre, que éste extendía y doblaba meticulosamente; la madre se había quitado la alianza y parecía distraerse en hacerla girar sobre la mesa.

Puesta una mano sobre la otra, Julio se las miraba distraído. Aguardaba aún el reproche.

El gesto de las mujeres en el prostíbulo; el ademán de Doralisa y sus amigos; las imágenes del café con un vaso por delante, se alejaban mudas e inmóviles. Como una realidad no vivida por él, que fuera a perderse sin huellas en la memoria. Pero la voluntad continuaba desvanecida, lejana, aunque apretara el ceño sobre los párpados queriendo fijarla en la frente.

Sobre los naranjos de la plaza, luego en la copa del que se alzaba en el patio, resonaron las voces de las campanas de la iglesia, dando las once; más lejos, ladraron los perros. Como un eco dolorido, el ¡Alerta... está! de los centinelas apenas se alzó, y murió en el silencio.

— Es muy tarde.- Dijo el padre.- Hasta mañana.

Ya de pie, preguntó la madre:

— ¿Vas a salir?

— Si, a caminar un poco.

— Nosotros estaremos despiertos, esperándote. Hasta mañana.

— Buenas noches.

Melo lo acogía en su silencio con una extendida sensación de intimidad, mientras él avanzaba por la calle apenas iluminada por la luz amarillenta del alumbrado público.

Al pasar junto a un muro le envolvió el perfume de las madre selvas; por la hendidura de una ventana salía un hilo de luz que una sombra apagó. El olor a hinojo le acompañó un trecho, cuando la brisa murmuraba sobre los maíces florecidos. Desde un boliche aún sin cerrar, se proyectaban sobre la acera un rectángulo de luz y las lentas voces de los diálogos.

Todavía por las calles andaba un jinete que se alejó, al trote, hacia el campo cercano.

Aquel era el pueblo de su infancia, cuando aún no habían llegado el ferrocarril ni los automóviles que empujaron las distancias y sacudieron el sosiego del tiempo. Por aquella misma calle, en los anocheceres de primavera volvía él del campo sobre el caballo, colmado el espíritu de imprecisos sueños que urgían a su voluntad, anhelosa de destino en que emplearse.

Las palabras de sus padres todavía conservaban la voz con que fueron dichas y el gesto sin reproche que cambió su humillación en arre-

pentimiento. Sentía pesar sobre su conciencia aquellas esperanzas, y en la desolación de su ánimo buscaba el primer impulso para cumplir con ellas.

Sufría su orgullo temiendo que sus amigos creyeran que ahora, cuando iba a comenzar la vida, huía de ella y se refugiaba en la ordenada paz de un hogar sin luchas. Pero aquella vida de ellos, ¿era la vida? Más allá de sus palabras de protesta, de los discursos en la rueda del café o ante el asombro de Doralisa y sus pupilas, ¿cuáles eran sus combates?

Su padre también admiraba la heroicidad; creía en la ciencia, liberadora del hombre en cuya innata dignidad confiaba. Amaba sus ideas y su pueblo con pasión que le hizo montar a caballo y arrojarle a la guerra. Pero con el llano trabajo fundó la casa donde él se criara y a cuyo abrigo vinieron a protegerse y servir, desde antes de sus años, Loreta y Cornelio. ¿Cuál es, de esas, la verdadera vida?

Un ebrio pasó a su lado murmurando un insulto que él no atendió.

Si, él quería cumplir con las esperanzas paternas. Pero le fatigaba el pensar en la tediosa prolongación de los años para alcanzar su título. ¿Qué podría hacer, mientras tanto, para calmar aquellas voces que le urgían desde lo íntimo, como si él no fuera a tener tiempo para cumplir su llamado?

Unidos por la luz que se sostiene sobre la mesa, vuelve a ver la escena reciente. La madre le está mirando, mientras el padre aguarda su respuesta.

El no volverá a acompañar a sus amigos en las perdidas horas del café y el prostíbulo. Pero siente que a pesar del cariño, acaso no podrá conformarse con el tranquilo destino que la esperanza de su padre aguarda.

En aquella calle por donde ahora regresa, todo fue en los días de la infancia la avidez por enriquecerse de vida para su imaginación nunca colmada. Comprende que se acercan ya los días de los desgarramientos, si ha de ser él el hijo de su voluntad.

Lejos alguien cantaba con desentonada voz. Sólo las luces del alumbrado público hieren la noche. Desde el pie de un cerco, iba, repitiéndose el coro de grillos. En la esquina de un boliche un guardia civil dormitaba apoyado en el palenque de piedra.

El ferrocarril se acercaba por el puente del Conventos y sus ecos llenaron el silencio.

Julio pensó en la ciudad distante. Antes de mucho él estaría allí solo frente al deber.

En su vida de estudiante de nada podría enorgullecerse. Mientras sus mejores compañeros habían ido ganando los años con espontánea disciplina, él debió esforzarse por no ser el último en los exámenes anuales. No le faltaba la inteligencia para comprender, sino la voluntad para abstraerse en sus libros y olvidar el tumulto de la vida que lo llamaba con sus pasiones, su sensualidad o sus ocios.

En la ciudad desconocida, sentado en las aulas de donde salían los grandes hombres del país, ¿cuál iba a ser su lugar?

Nadie conocería su nombre, ni le importaría saberlo. Allí estarían los hijos de aquellos que hicieron ilustre al suyo y que la prensa repetía a diario. Ellos tendrían en su casa colmadas bibliotecas y el sabio consejo ante la duda. Pasarían a su lado orgullosos de continuar una tradición de cultura que el país conocía y admiraba.

Apenas si sabrían el nombre y lugar del pueblo de donde él llegaría, mientras podrían narrar anécdotas de París y ostentar como propias las ideas que desde allí les llegaran en la revista traída por el último barco.

En Montevideo estaba la inteligencia del Uruguay y era su palabra la que la expresaba; desde los campos sólo se alzaba, cada vez menos frecuente el clamor de las revoluciones.

Ahora, cuando presentía que nuevos valores se iban a enfrentar a los de su conciencia, miraba el silencio de su pueblo con una anticipada nostalgia.

Los relatos de los que en Montevideo habían vivido, dejaron en su memoria imágenes que ahora sacudían a la frente como hechos propios de una presentida experiencia. Las luces de los grandes barcos alejándose en las noches del puerto. La lujuria volcándose sobre la calle Yerbal, desde cuyas puertas centenares de mujeres desnudas gritaban a los hombres llamándolos al placer. La música de las orquestas saliendo por las puertas de los cafés y ahogándose en las calles rumorosas; el ensueño de los escenarios en el teatro; el no imaginado mar.

Sintió un placer medroso ante la ciudad indiferente en la que él debía cumplir la gran aventura de su vida.

Ya estaba de regreso en la puerta de su hogar. Todavía miró la plaza; más allá de la apretada sombra de los naranjos, se empequeñecían las casas bajo los tejados. Escuchó el silencio. Alzó los ojos hacia la Cruz del Sur que estaba allí, sobre el Cerro Largo, sosteniendo la noche. El niño nacido en Melo se estaba despidiendo de los signos familiares de su mundo.

CAPITULO VIII

— ¿Damos vuelta?

— Sí, está lavado.

Junto a la ventana abierta sobre el balcón de un primer piso, los amigos continúan el mate mientras en la ciudad comienzan a encenderse las luces.

Sobre el horizonte apoyado ya en el Cerro, todavía se recortan las rectas de las altas chimeneas.

Alberto y Julio se han quitado los sacos y esperan la brisa que aligere el vaho pegajoso que sube desde el asfalto.

— Cuando terminemos el mate, cenaremos fiambres y frutas. Mañana buscaremos la pensión donde comer diariamente. ¿O quieres que vayamos ahora a un restaurante?

— Me da lo mismo. Pero prefiero quedarme.- Contestó Julio.

La amistad de los padres había dispuesto que ambos vivieran juntos y compartieran los gastos de aquel apartamento. Alberto, que llevaba años estudiando en Montevideo, se había ocupado en instalarlo. Una sala al frente, una cocina, el cuarto de baño y el patio, todo de reducidas proporciones, bastaban para la comodidad. Y aquel balcón a la calle, desde el que la vista podía extenderse sobre un trozo de la ciudad.

— Allí viene nuestro vecino del fondo. Hoy vuelve sano.

Julio miró al que avanzaba por la calle. Un hombre alto, canoso, de aspecto vulgar.

— ¿Se emborracha?

— Desde que alquilo el apartamento, le he visto volver borracho casi todas las tardecitas. Si lo encuentras, es preferible que lo saludes primero.

— ¿Aunque no lo conozca?

— Será nuestro vecino y parece hombre rencoroso.

— No comprendo porqué habría de tenernos rencor. O cómo dejará de hacerlo, porque lo saludemos primero.

— Tampoco yo; pero hay gente así. De noche golpea a la mujer y escandaliza en la casa.

— ¿Nadie se lo impide?

— Es cosa de ellos. El que parece un buen hombre es el Trompetista.

— Aunque hasta la media noche no deja dormir.

— Cuando supo que íbamos a ser vecinos vino a presentarse y a anti-

cipar sus disculpas por la trompeta. Vive muy difícilmente. Trabaja todo el día. Ahora perfecciona la técnica de su instrumento, porque espera ser contratado en una orquesta. Lo reconocerás por la melena, el sombrero aludo y la corbata volada. Eso es lo que él quiere ser; un artista.

— He visto a muchos vestidos así. ¿Es que hay tantos artistas en Montevideo?

— Para muchos, la figura es una tarjeta de presentación de sus íntimos anhelos.

Del otro lado de la calle, detrás de un muro que cercaba un viejo caserón, se encendió una luz. Por la puerta abierta Julio veía andar una mujer joven, ocupada en preparar la cena. En el patio que una palma decoraba, sentado junto a la puerta para aprovechar su luz, quitada la blusa de Motorman, un hombre leía su diario. A intervalos ella le alcanzaba el mate.

Los habría visto el día anterior, cuando por primera vez abrió su balcón sobre la ciudad de Montevideo. Ella estaba en el patio, lavando. Le impresionó la blancura de los brazos y del rostro bajo el espeso cabello negrísimo.

Mientras él sentía las voces de la ciudad, múltiples, estridentes, ella permanecería encorvada sobre la tina o colgaba en el aire sus ropas. Al mediodía volvió a verla, mas blanca y graciosa con un vestido de flores, cerrar con llave su puerta y partir. Más tarde llegó el Motorman, entró en la pieza de la que volvió a salir en mangas de camisa, con el mate en la mano. A la escasa sombra de la palma fue a leer el diario.

Después se sentó a almorzar. Cuando Julio regresó al anochecer, abrió el balcón y miró hacia el muro.

La Muchacha andaba en la pieza. La luz avivaba la blancura de sus brazos y la negra mata de los cabellos. Se le veía preparar la cena, limpiar el mate para el hombre aún ausente. La ciudad iba ensordeciendo sus voces; alejándolas. Las luces comenzaban a encenderse y trazar las paralelas de las calles. Al regreso del hombre, apenas si cambiarían algunas palabras, pues cada uno hizo lo suyo sin que el otro pareciera advertirlo. Ella siguió andando en la pieza y él, en mangas de camisa, se sentó a leer el diario en el patio. A intervalos, ella le alcanzaba el mate.

— Esta noche podemos ir a jugar una hora.

Julio no alcanzó a comprender la proposición de su compañero.

— ¿A jugar por dinero? - Preguntó.

— Sí, tenemos una casa de confianza. Los que concurren son conocidos. Jugando con conducta pueden ganarse, por noche, los gastos diarios: es lo que hago desde hace tiempo.

— Me irrita el juego por su exaltación del egoísmo y de la astucia.

— No hay otro modo de hacerlo. El que juegue con apasionamiento perderá siempre.

— ¿Y la emoción del riesgo?

— Disculpas de inocentes. Hay jugadores de oficio, como hay carpinteros, herreros...

— No es lo mismo. La moralidad de unos...

— Yo diría, la serenidad; es lo que los distingue. Por algo decían allá, en el campo: Un hombre prefiere descansar. Desde que estoy aquí vivo aturdido, como impulsado por fuerzas extrañas, que me han quitado el reposo. Me siento no sólo desarraigado de mi pueblo, si no de mí mismo.

Alberto se sirvió de la confianza de Julio, para confesar al amigo lo que sus padres ignoraban.

— Un hombre no puede vivir solo.

— ¿El amor de una novia?

— Habla de otra cosa.

— Comprendo.

Alberto insistió:

— La compañía de una amiga.

— ¿Y Yerbal? No está para eso, para los hombres solos?

— Te hastiarías muy pronto. Centenares de mujeres invitándote al goce, desnudas y desconocidas. Con cualquiera de ellas que vayas, será igual a todas. No tendrá tiempo ni paciencia para oír tus desahogos sentimentales. Y si las escuchas, todas te narrarán la misma historia de su inocencia sacrificada por el hombre al que amaban.

— No preciso más, para lo que deseo.

— Es que no lo tendrás. Te quedará la sensación de haber estado desnudo con un fantasma.

Ahora era Julio a quien importaba el diálogo.

— ¿Entonces?

— Nosotros podremos ayudarte. Ella trabaja en una pensión; muy distinto a Yerbal, como verás.

Julio respondió rotundo, en la orilla del enojo.

— Yo no viviré jamás de la ayuda de una mujer.

Alberto no sintió el reproche, y contestó:

— Tampoco yo; sólo le he admitido el regalo de una camisa de seda y

esta corbata que llevo, en mis cumpleaños. No, me ofendería ofreciéndome dinero.

— ¿Y tú?

— También sería para ella una ofensa.

— ¿Es el amor, entonces?

— No. Pero es la lealtad a un sentimiento que no hemos necesitado definir.

— ¿A pesar de otros hombres?

Julio se avergonzó de su pregunta. Pero Alberto contestó, cordial:

— Si. Unas noches vamos al cine; otras, cenamos en el restaurante. Algunos exámenes los he preparado en su pieza. Sentimos que algo más que la sensualidad nos une. Y no es el amor.

— No te reprocho. Pero mi carácter no me lo permitiría.

Alberto sonrió desde su experiencia.

— Es muy difícil decir cual es nuestro carácter. Está lavado tu mate. ¿Cenamos? Una noche de estas iremos por allí y te la presentaré. Me alegrará ver que se hacen amigos.

— También a mi.

Julio miró hacia el patio, más allá del muro. El Motorman y la Muchacha se sentaban a la mesa.

Al término de la breve cena, fue de nuevo a sentarse frente al balcón. Sentía que su pensamiento se ahogaba y una tenue tristeza asomaba en su ánimo, encerrado en la pieza en la que apenas quedaba un espacio libre entre las dos camas, un ropero en cuyo espejo se multiplicaba la luz de la bombita suspendida del techo, y dos sillas. Tuvieron que instalar en un rincón del cubierto patiecito, la mesa que ahora servía para comer y sería luego el escritorio.

Por la calle ya solitaria, Julio vio a Alberto alejarse.

Ahora podría ordenar su pensamiento.

Resuenan en la memoria los golpes de las ruedas sobre los rieles; el quejido de las maderas de los vagones; una puerta que el viento cierra con violencia; el breve diálogo de dos que se han cruzado frente a su camarote; fugaces líneas de luz que atraviesan la cerrada ventanilla.

Hasta que el cansancio lo vence, y él queda dormido en la estrecha litera que el tren en marcha sacude.

De pronto el silencio interrumpe su sueño. Sobre pesados pasos que andan en el andén, la voz del guarda anuncia el nombre de las estaciones; alguien grita un saludo de despedida; suena una campana, a la que responde un silbato. Las maderas vuelven a crujir. Las ruedas a

golpear sobre los rieles. Todavía oye las voces de los recién llegados; después, acunado por el estrépito, vuelve a quedar dormido.

El amanecer entre campos labrados y caminos rojos en la llanura. Pequeños pueblos y huertas, huertas entre las que pastan vacas atadas a sogas y van grandes carros de los que tiran lentos caballos.

La luz de la mañana abre los horizontes y se refleja en las copas de los árboles.

La ciudad comienza a aparecérsese con sus casas de paredes negras y los largos muros cubiertos por enredaderas de las que penden flores moradas.

Trozos de mar cubiertos de barcos olvidados en la niebla.

Las palabras perdidas que se gritaban los viajeros con los que allí les aguardaban; la de los changadores pregonando sus servicios; las ruedas de los pequeños carros cargados de equipajes; el jadear de las locomotoras. Todo envuelto en un aire gris, por el que cruzó un vuelo de palomas.

Andaban de prisa, con gestos y ademanes impacientes; algunos corrían entre los que avanzaban agobiados por el peso de las valijas. Todos como expulsados de allí por alguien, hacia los grandes arcos de las puertas, más allá de cuya luz la ciudad aguardaba.

Julio se sintió perdido en medio de aquella impaciencia. Hasta que vió a Alberto venir hacia él. Nada recordaba en el amigo el común origen campesino. El que ya le tendía los brazos era de ademán desenvuelto, ágil el paso, alta la voz. Desde el sombrero hasta los zapatos relucientes, todo era en él de una pulcra elegancia. La tensión nerviosa del viaje descansaba en la cálida simpatía de la voz del amigo. Entró a Montevideo conducido por ella.

En el confuso perfil de la ciudad nocturna intentaba precisar sus imágenes, adueñarse de las sensaciones que habían sacudido su ánimo durante aquellos dos primeros días desde su arribo. Quería fijarlas en la conciencia para gustarlas calmosamente. Comprender aquel difícil orden que él creía advertir en el vértigo donde naufragaba el equilibrio de su espíritu.

La velocidad de los autos que llenan las calles, donde los tranvías hacen sonar su campana o en las esquinas que se vacían de multitudes presurosas mientras otras impacientes esperan para colmarlas. La suavidad del piso de las aceras por donde pasan sin cesar incontables gentes. Todos en lo suyo, sin curiosidad por la vida que pasa a su lado; urgidos por un quehacer que los lleva en todas direcciones, o los reúne en diálogos concentrados en la mesa de un café sobre cuyo mármol

hacen cuentas que el trapo húmedo del mozo borrar . Otros llevan un diario en la mano, que se apresuran a leer apenas se sientan en el tranvía, en el banco de la plaza o mientras andan.

Las mujeres que pasan a su lado y le miran como invitándolo a seguir las, y las que cruzan altivas, indiferentes ante las miradas de los hombres, que ellas cuidan provocar.

No ve huellas de miseria, ni signo de desgano.

Siente que Montevideo es la ciudad cordial que lo acoge y despierta su optimismo.

Quiso ver el mar; el agua extendida sin orillas.

De pie sobre las rocas, miraba los horizontes desiertos más allá de los cuales él imaginaba las olas libertadas de todo límite.

Un asombro vacío de emoción desconcertaba su pensamiento. Ningún sentimiento humano despertaba en él ante la inmensa masa que se alejaba, agitada y brillante, hasta confundirse con el cielo. Ni el de la soledad. Aunque desde la orilla imaginara sus distancias, no sentía su grandeza.

Volvió a la ciudad a conocer la vida de su noche.

Ella seguía sin reposo, más bella aún con sus luces azules, verdes, rojas; las de las grandes vidrieras, o los focos de los autos que un instante muestran a los vecinos sentados en rueda junto a los zaguanes y los dejan de nuevo perdidos en las sombras.

En el centro se ha aquietado el ritmo y ahora las multitudes se aprietan en los cafés o a la puerta de los teatros.

Alberto lo llevó a un cine de lujo.

All  estaban las mujeres hermosas y audaces, sentadas a su lado en la penumbra de la sala. Le envolvían con su perfume, mientras él sentía agolparse en los ojos los anhelos ante el descote generoso y tan lejos de su intimidad.

Dos días iban ya en que la presencia de la ciudad se imponía a su espíritu, sin dejarle reposo para que él pudiese asir en su conciencia el sentido de aquella vida sin cesar diversa y múltiple, y en la que sólo él parecía extraño.

De ninguno conocía el nombre, su casa, el trabajo. De nadie su historia, las costumbres, sus pasiones.

Mir  hacia el patio que el muro cercaba. En la pieza del Motorman se ha apagado la luz. En el recuerdo de aquella pareja se humanizó para Julio la ciudad.

Cuando cerró el balcón, oyó al trompetista comenzar sus estudios.

Alberto le acompañó hasta la Universidad. Aquel tiene allí amigos; viejos estudiantes que justifican con la aprobación de una materia por año, el sacrificio de sus padres campesinos. Conoce al bedel y ha tomado una caña en el café próximo con el profesor bohemio a quien nadie respeta y todos quieren.

Apenas han entrado, cuando el tumulto los acoge.

En el patio al que rodean las aulas, se realiza una asamblea. El conflicto estalló ante la nueva elección de Decano. El Gobierno ha designado a quien se considera hombre de orden, celoso de la disciplina, organizador metódico y tenaz. Los estudiantes han recibido esa designación como un desafío. Lo reputan mediocre y le oponen el nombre de Vaz Ferreira.

Julio piensa como ellos.

Frente a la hermética afirmación de los dogmas; a la fe como el camino de la revelación de la verdad; a la disciplina como el origen de la conducta, Vaz Ferreira es la duda del pensamiento ansioso por conocer en la libertad de la razón atenta a todas las ideas, aunque contradigan sus sistemas mentales o nieguen una insuficiente experiencia. En su enseñanza Julio ha sentido la constante excitación a defender en cada uno la dignidad humana, y fundar su conducta en una libertad consciente que no le oculte las limitaciones de aún los más altos ideales.

Con él están los jóvenes aprendiendo a realizar los sistemas adquiridos de las generaciones anteriores, combatir verdades ya caducas y encontrar los nuevos valores de su tiempo.

La sencillez de su lenguaje hasta parecer pobreza, gana su confianza. Pueden repetir sus juicios y usar sus palabras. En algunos comienza a ser una nueva retórica.

Vaz Ferreira es la posibilidad en el Uruguay de la Reforma Universitaria por la que luchan las juventudes americanas.

La asamblea a la que Julio ha llegado, es la expresión apasionada de estos pensamientos.

En la tribuna se suceden oradores improvisados que repiten con incontinencia vehemencia lo que otros han dicho, mientras el desgano comienza a sentirse en los aplausos y se van formando coros distraídos de los que se turnan en la arenga con gritos cada vez más altos.

De pronto creció el tumulto. Desde el otro patio irrumpió un numeroso grupo de contradictores; entre ellos Julio vio llegar a Carlos María. Como siempre humilde, empujado de propósito, como

arrastrado por la voluntad de los que ya alzaban la mano y la voz pidiendo la palabra.

Eran los defensores del oficialismo universitario; los que estaban conformes con la autoridad.

No venían a interrumpir la asamblea, sino a combatir sus ideas.

El Presidente debió ponerse de pie e imponer el silencio para que uno de ellos pudiera hacerse oír desde la tribuna.

El desorden estalló en el patio. Hasta que volvió la calma, interrumpida por algún grupo, o los aplausos desafiantes.

La voz cálida del recién llegado fue extendiendo el silencio. Hablaba con frases breves, entre las que se alzaba de pronto la precisión de un juicio o la sorpresiva elegancia de un giro.

Estaban ante un orador y la vacilación comenzó a sentirse en la asamblea. Bastaba verlo contener el ademán enérgico, oírle medir las frases y volver expresivos sus silencios, para advertir en él la costumbre de la tribuna. Algunos no estimaban las ideas; pero la espontánea elocuencia les ganaba el ánimo; la belleza de la forma, justificaba en ellos el contenido del discurso.

Cuando regresó entre los suyos, lo hizo seguido por los aplausos. Hubo un silencio de duda.

Alberto tomó el brazo de Julio.

— Habla tú; no se dejen vencer de este modo. Recuerda las asambleas de Melo; ésta no es más difícil.

La sensación de la posible derrota de sus ideas; la pasión de aquel momento en que él era, también, actor; la presencia de Carlos María en el grupo de los triunfadores; la tribuna vacía como esperándolo, cercaban su timidez y le impulsaban, cuando la voz del amigo le prestó la voluntad que en él no se atrevía.

— Tiene la palabra Julio Esnarri.

Oyó la voz del Presidente cuando él estaba ya de pie frente a la asamblea distraída de su presencia.

Nadie había aplaudido su llegada, ni parecía dispuesto a escucharlo.

Fue preciso que de nuevo el Presidente volviera a hablar:

— ¡Silencio! Tiene la palabra Julio Esnarri.

Al oír su nombre, tuvo miedo. Creyó haber cerrado los ojos. Pero era imposible retroceder; las miradas estaban ahora puestas en él y esperaban.

Sentía temblarle las rodillas; la voz ahogada en la garganta como si fuera a faltarle al pronunciar las primeras palabras. Carlos María le miraba con maligna atención, desde el medio del patio. Pero su pensa-

miento estaba lúcido y las ideas ordenadas en él, vendrían a la frente a su tiempo y por su voluntad.

Le pareció percibir un murmullo de impaciencia hostil.

Y se arrojó al combate.

Alberto sintió temor ante la apagada voz y la lentitud con que su amigo iba uniendo las frases. No advirtió que, para oírle, se hacía el silencio.

A medida que hablaba la voz iba alcanzando graves sonoridades que resonaban en el patio, sin permitir que el grito descompusiera el ritmo que una voluntad atenta acentuaba o perdía a propósito, cortando la frase en la rotundidad de una afirmación.

Los aplausos ahogaron la voz. Pero Julio no los escuchó. Sólo le importaba ordenar su pensamiento; vigilar el ademán; evitar el desarreglo de su figura sobre la tribuna. La tensión nerviosa que recorría su cuerpo, era para él un estado de lucidez y coraje que su voluntad combatiente guiaba.

De pie ante la asamblea, veía el gesto de aprobación; la boca que lanzaba el grito; aplaudir las manos. Pero él no miraba a ninguno. Sentía la presencia de la multitud juvenil, crecer sus reacciones en un movimiento de serenidad o pasión, que su palabra conducía. Sugestionado por ella, crecía su coraje y el pensamiento acudía a sus labios con ágil audacia.

Cuando tuvo la sensación de que era suyo el silencio, preguntó:

— ¿Es que alguien, entre nosotros, niega a Vaz Ferrerira?.

Desde el patio, uno gritó:

— ¡Yo!

Julio pareció no pensar la réplica; como si fuera la única verdad posible, dijo:

— No lo ha entendido ... si lo leyó.

Las risas y los aplausos expresaron la sorpresa de la asamblea.

Inútil fue que el otro pretendiera interrumpir, avanzara unos pasos, y gritara. El no iba a empalidecer su victoria prolongando un diálogo que quitaría vigor a su sarcasmo. Ya estaba en otra cosa y la asamblea lo seguía con su aplauso.

Alberto no perdía palabra ni gesto del amigo. Lo veía más alto y varonil que de costumbre; le extrañaba la firmeza de la mirada y la potente voz. El pelo ensortijado; el rostro trigueño; las alargadas manos de Julio, evocaban en el ánimo de su compañero una indefinida imagen romántica.

Oyéndolo, el orgullo de la amistad dominaba su ánimo. Y sin que

se lo preguntasen repetía a los que estaban a su lado, a la derecha y a la izquierda:

— Siempre fue así; un orador. Somos compañeros desde muchachos. Sí, un orador.

Cuando Julio volvió a su sitio, vio manos que se le tendían mientras los aplausos señalaban su paso. A sus espaldas oía pronunciar su nombre.

La asamblea continuó aún. Pero Julio ya no atendía sus voces; su pensamiento descansaba en una gloriosa fatiga.

Cuando regresaron al apartamento miró a Montevideo desde el balcón.

El también integraba aquella ciudad cuya vida sentía resonar en las calles. Aunque siguiese ignorando las pasiones, los dolores, de los que pasaban frente a su casa.

En el patio, detrás del muro, el Motorman se había sentado en la mesa, solo.

CAPITULO IX

La vida universitaria ha comenzado. Para Julio es el camino por donde él va adentrándose en la intimidad de la ciudad.

En el ámbito de los patios un clima de pasión lo envuelve y va convirtiéndolo en militante de causas cuyo origen y sentido apenas entiende. El fútbol, las ideas de un profesor, el último tango de moda o la primera actriz de un teatro de revistas, todo se discute casi a gritos en aquella espontánea sociedad en la que una frase, un gesto, conducen al primer amigo o al encono.

Intentando abstraerse del tumulto, algunos leen con gesto de urgente angustiosa, mientras otros se aíslan al pie de las escaleras, en el alejado rincón, para la confidencia sentimental o para decirse la nostalgia de la tierra lejana.

Sin que él se lo proponga ha ido formulándose juicios sobre sus compañeros de aula y cuyos nombres ignora.

Como en el liceo, aquí están los que se sientan en las primeras bancas, y parecen oír admirados, hasta el gesto del profesor; los que hablan escuchándose y los que interrumpen la clase con preguntas pueriles, para que se advierta su presencia y la reverente atención con que oyen. Y en el fondo, a donde lo condujo su timidez, el que escucha calmosamente; y el que tiene siempre en los labios el concepto mordaz, que hace extenderse una risa ahogada difícilmente. Entre ellos encontró su primer amigo.

Se llama Hugo Rodela y es un joven campesino, vigoroso, cálido; distraído de sí mismo; tranquilo y bondadoso el gesto. Se atrasó de año en sus estudios y ahora lo está repitiendo con hastío apenas vencido por su penoso empeño.

Hugo conoció a Julio en la tribuna de la asamblea, y desde entonces lo trata con una discreta adhesión que ninguno de los dos intentó explicar.

Es él quien lo vincula entre los estudiantes. Al pronunciar el nombre de Julio Esnarri un velado énfasis de admiración se siente en su voz. Como si los demás recordaran que aquel es el orador bajo cuya sugestión estuvieron en la mañana ardores. Julio estima en él la amistad que recibe y la modestia de la inteligencia disimulada en la sencillez de las palabras. Por él puede huir de la asfixiante estrechez de su cuarto, y sentarse en el café en el círculo de los amigos de Hugo, mien-

tras a su alrededor palpita el espíritu de la ciudad y desde el palco levantado en medio de la sala llegan las voces de la orquesta que nadie escucha.

Esa mañana, mientras él estudiaba junto a la mesa del patiecito, Alberto volvió de comprar el diario en la esquina. Se lo alcanzó con malhumor y fue a preparar el mate.

— Ahí tienes. Estamos a pie.

— ¿A pie, por qué?

— Los tranvías.

Los títulos sobre los cuales Julio había pasado su mirada indiferente durante varios días, saltaron esa mañana desde las páginas interiores del diario y ocuparon, dominantes, el cabegal de las columnas.

La huelga había estallado.

Desde la cocina Alberto comentó:

— La ciudad quedará paralizada. Seguramente no habrá carreras mañana en Maroñas. ¿Cómo podríamos ir los que no somos ricos? ¡Todo porque unas empresas están en lucha con sus obreros! ¿Qué nos importa a nosotros? Ignoro cuánto ganan las empresas y no se si es justo el salario que pagan. Ni unos ni otros me preguntaron la opinión cuando hicieron sus contratos. ¿Por qué tengo que sufrir sus consecuencias? Y los otros obreros, ¿cómo van y vuelven de su trabajo?

— ¿De modo que no habrá ningún tranvía?

— Sí, correrán algunos. Pero, ¿quién se atreve a usarlos? Arriesgas tu vida porque empresas y obreros están en conflicto. Esta es la otra cara de la ciudad. De la noche a la mañana te envuelve en sus luchas y sin tu voluntad te arroja a un campo o a otro. Nadie te pregunta la opinión, ni el mal que te causan. Ahí tienes.

Julio quiso calmar al amigo, con la evocación de la tierra apasionada de donde venían:

— En el campo, las revoluciones eran algo así.

Alberto se enardeció ante la injusta semejanza.

— ¡Ah, no hables de eso! En este país y en todos, según hemos aprendido, las revoluciones siempre han sido por un ideal desinteresado. ¿Concibes a un caudillo luchando por un salario? ¿O contra una empresa?

Julio sintió que su amigo acababa de decir lo que él mismo estaba pensando. Pero fiel a una romántica adhesión a la rebeldía del hombre contestó:

— Aquí es otra la vida. Allí se trataba de la libertad...

Sin preocuparlo, los dos estaban de acuerdo.

— ¡Claro! La libertad. Eso era todo.

Comentó aún Alberto, cuando ya le alcanzaba el mate.

Julio creyó comprender lo ocurrido en la vida del Motorman.

Primero fue un guarda, que durante días llegaba al anochecer a compartir el mate. Luego fueron sumándose otros obreros y la luz de la pieza continuaba largamente encendida, después que la Muchacha cenaba sola y no volvía a vérsela.

Julio no alcanzaba a percibir los gestos, ni oír las palabras. Solo advertía el ademán extendiendo el mate, a alguno de los hombres ponerse de pie y andar alrededor del círculo formado por los otros en la orilla de sombras que la luz acentuaba.

Cada vez fueron más prolongadas las reuniones, de las que nunca se alejaban en grupos. De a uno, con intervalos regulares, tomaban su gorra, su cartera, y se iban por el patio oscurecido, hasta que el Motorman entraba las sillas y se apagaba la luz de la pieza.

Otra fue la ciudad que él conoció entonces.

Entristecidas las calles, por las que iban hombres y mujeres con gesto fatigado, otros iracundos, mientras los ricos pasaban en los autos, indiferentes al cansancio de los que aguardaban en las esquinas.

En un café del centro Julio y Alberto se han reunido con Hugo y un amigo que éste ha invitado. Jorge Goñi se llama el recién venido, que ha ocupado su silla con la desenvoltura de quien cree que él es el primero entre todos. Desaliñado en el vestir, cuida en cambio sus gestos y la arrogante actitud con que escucha. Habla breve y rotundamente; como aquel que no oye la opinión ajena, pues nada hará cambiar la suya. Es sentencioso y polémico. El diálogo es para él, el medio de lucir la ilustración de que presume y ensayar, en contenida exaltación la arenga a que lo arrastra su propio discurso. Es el mayor del grupo y el tono docente con que se expresa, señala la distancia mental desde la que habla. Lleva de propósito despeinada la melena rubia que acaricia con sus dedos alargados, cada vez que inicia una réplica.

— Nadie anda en las calles. Desde mi casa hasta aquí no he visto más que comercios cerrados, vidrieras clausuradas y los cafés con las puertas entornadas. No se ve un tranvía. Sólo pelotones de soldados a caballo, con el maúser a la espalda. ¿Es esto una huelga? - Preguntó Julio.

Alberto contestó:

— Batlle es el culpable. El sostiene esta huelga.

Hugo retiró el pocillo de café y preguntó, airado:

- ¿Por qué?
- Es el único que la defiende, desde su diario.
- La defiende porque tiene razón. Es ésta la que los sostiene: no él.
- La obligación del Gobierno es mantener la paz; no perturbarla.
- El deber de un gobierno es crear las condiciones necesarias para mantener la paz social. Por lo demás, él no es el Gobierno.
- Quiere cambiar el país. Vamos perdiendo nuestras costumbres; la paz en que vivíamos. ¿Qué sabían los obreros de ocho horas de trabajo? ¿Cuándo las habían reclamado? El fue quien las impuso. Y así ha sido todo.
- Eso es verdad — aceptó Julio —. En mi pueblo, mi barbero protestaba por esa ley contraria a la libertad de trabajo.
- ¿Era un patrón? — Preguntó Hugo.
- No; un obrero.

Tuvo la sensación de haber cometido una torpeza y desvió la mirada, ruboroso. Goñi decidió dictar su lección. Arrimó aún más su silla, y mientras alisaba lentamente sus cabellos, levantando la voz, afirmó:

- Batlle es un político burgués. Hay que desconfiar de sus razones.
- La palabra burgués ya había perdido su sentido histórico, para adquirir un significado polémico. Hugo conocía aquel lenguaje de generalidades con que el amigo intentaba jerarquizar sus opiniones, y se propuso desnudar su vacío.
- Según tu criterio, ¿qué es un burgués?
- Todo aquel que no pertenece a la clase proletaria.
- ¿Y sólo por eso ha de ser condenable?
- Goñi quiso mostrar que no vacilaba en sus juicios.
- Y despreciable.

Aunque Hugo sonrió ante la insólita afirmación, Julio había sentido la ofensa.

- Con su trabajo, mi padre logró lo poco que tiene, y aún sigue en el yunque para mantener mi vida y mis estudios. No es un obrero. ¿Es un burgués?

Pero Goñi tenía la respuesta.

- Aunque no lo quiera, él piensa como su clase.
- Puedo dar pruebas de su generosidad.

Goñi se sentía ya en la cátedra frente a aquel estudiante campesino que reducía la polémica al pequeño círculo de su familia. Mientras parecía distraído en el humo de su cigarrillo que le hacía entornar los párpados.

- Lamentablemente a la Historia le importarán muy poco los senti-

mientos de su padre.

Pero se había equivocado; más fuerte que la timidez del campesino era su arrojo. Con él respondió:

— Tal vez, a la Historia le importen menos las opiniones de los que le anticipan criterios de acuerdo con su vanidad.

Alberto había ordenado su pensamiento y aprovechó el silencio embarazoso, para expresarlo.

— Me subleva la violencia con que los obreros reclaman sus salarios. En la estancia de mi padre, como en la de mis abuelos, nos hemos acostumbrado a ser generosos con el pobre. Pero la generosidad es mía, como la amistad, como el amor. Yo mando en ellos.

— Nadie pide aquí generosidad. Se reclama justicia. Eso es todo. Replicó Hugo.

El otro se defendió aún.

— Aunque así fuera. Según yo creo, Rodó concebía la ciudad armónica, embellecida por el pensamiento. Eso es una vida noble y elevada. No ésta con que nos despiertan continuamente. El odio....

Gañi no dejó pasar la cita propicia.

— Rodó era un escritor respetable. Pero no vio la realidad; la antigua ni la moderna. Amaba a los paganos, con los sentimientos de un decadente cristianismo. La vida no es la sonrisa de la Primavera de Botice-lli, sino Job cubierto de llagas clamando sobre el estercolero.

— Dejemos la retórica y vengamos a los hechos. En la última huelga de los basureros, un moreno infeliz, seguramente urgido por el hambre, continuó trabajando. Una mañana levantó un tacho de desperdicios y al volcarlo en el carro, él saltó en pedazos deshecho por una bomba. ¿Es esta la revolución que usted proclama? ¿Contra un desdichado que sólo piensa en los suyos, en el pan de ese día?

El replicó, inmutable:

— Ayer en la calle Paysandú, un tranvía avanzaba haciendo sonar su campana. Junto al Motorman, un soldado armado para la guerra, le servía de custodia. Al llegar a la esquina, vieron avanzar un hombre corriendo. Seguramente había oído la campana y esperaba alcanzar el tranvía para volver a su casa. Tal vez era un proletario; de todos modos, un hombre humilde. El tranvía se detuvo. Bajó el soldado y llevando el máuser al hombro, disparó. Sobre la acera quedó tendido un inocente, con la cabeza atravesada por una bala. ¿Es esto lo que defiende?

— Nada podrá justificar esos crímenes.- Comentó Julio con el ánimo dolorido.

— Es el fruto de la justificación del odio en las luchas por la justicia.

Goñi se defendió:

— Di mejor, Hugo, que es el precio doloroso que hay que pagar por ella. ¿Cuántos siglos llevan los proletarios muriendo engrillados, bajo el azote, o extenuados de cansancio y miseria, mientras los privilegiados convierten las lágrimas silenciosas en oro para sus orgías? Ese odio es la maduración de un dolor que ya no se consiente. Aquí mismo, en nuestro campo o ciudad, ¿ninguno entre ustedes conoce el despojo de un inocente y la ausencia de la justicia?

En la memoria de Julio se iluminó el recuerdo: sentado en la vereda, alzados los brazos, Juan de los perros lloraba. ¡Ay mi tierra, mi tierra! y los perros coreaban su llanto. A su lado veía, sangrante y deshecho en pedazos, al moreno del carro de basuras; y arrollado sobre la acera, con un hilo de sangre en la frente, el obrero. ¿Qué los traía unidos así, a los tres, a su conciencia?

Hugo contestaba ya.

— Para eso está la ley. Luchemos porque ella sea justa.

— Nada grande se ha hecho con la ley...

— ¿Y este país?

— Goñi sentenció despectivo.

— Sólo la revolución barrerá el mal.

— ¿Aunque durante años se ahogue en sangre la libertad?.

— Es preciso tener fe.

Julio advirtió que el polemista se veía cercado por sus propias dudas, y precisó la contradicción en que caía.

— Yo sólo tengo fe en lo que mi razón comprende.

Desde la calle irrumpió un grupo de hombres agitados. Unos traían el rostro entristecido por el miedo; otros protestaban con altas voces y avanzaban entre las mesas con premura, con el aire de quien se desentiende de la molestia de un porfiado interlocutor.

Por las puertas que aún permanecían sin cerrar, se veía un trozo de la plaza con una inusitada sensación de vacío. Sólo bajo el pórtico de la casa de Gobierno estaban los soldados, vestidos y armados para la guerra; silenciosos, firmes en su puesto. Desde la calle se acercaba un creciente rumor de golpes sobre el hierro y de voces.

Alguien gritó con nerviosa energía.

— ¡Cierren esas puertas!

Solos, en grupos, hombres y mujeres con gestos de fugitivos se atropellaban para entrar los primeros en el café y se quedaban de pie, medrosos, en agitado murmullo sobre el que se alzaban reprimidos

sollozos.

El mozo había interrumpido el diálogo de los amigos.

— Los obreros ocupan la calle y vienen hacia aquí.- Y fue a bajar la cortina metálica que defendía el cristal hacia la plaza.

Todavía quedaba una puerta sin cerrar; pero por ella ya nadie entraba. Julio retiró trabajosamente su silla entre el grupo que se estrechaba contra ellos y comenzó a andar hendiendo la multitud.

La voz de Alberto le alcanzó.

— No vayas. No es contigo.

— Pero él quiere ver. Piensa que entonces sabrá cuánto valen las palabras. Vió en su tierra pasar las revoluciones; ahora es la huelga. ¿Se igualan los tiempos?

Ya iba a llegar cuando oyó, potente, distinta, una voz: ¡Mueran los explotadores. Vivan los proletarios!

Un denso silencio fue la respuesta.

Aquellas palabras sin un recuerdo emocional en su conciencia, sonaron indiferentes en el ánimo de Julio.

En la luz de la puerta, se agitó al paso una bandera roja. Detrás de ella iba un grupo de obreros en silencio.

A sus espaldas, desde el café, volvió a alzarse el grito cuando él estaba ya frente a la calle.

— ¡Cierren esas puertas!

Por la avenida grupos dispersos sirviéndose de grandes pisones como arietes, golpeaban las columnas de hierro que sostenían los cables de los tranvías, procurando voltearlas. Nadie intentaba impedirse. Los guardia civiles que ordenaban el tráfico recogían su pequeña tarima, abandonaban las bocacalles y desaparecían.

Cerca, ya venían las banderas. Frente a las puertas clausuradas, se abrían al aire. Unas totalmente rojas y otras cruzadas por un crespón negro.

Los que vivían en las altas casas estaban asomados a sus balcones mirándoles pasar.

Detrás de los emblemas se veía acercarse a la columna que miles de hombres formaban.

No venían niños ni mujeres entre ellos. Delante, la calle abandonada. Pero los que guiaban la marcha andaban lentamente, recelosos y graves, como quien avanza por campo enemigo.

Detrás de ellos se alzaban los gritos y los víteres incesantes.

Más lejos, un escuadrón de coraceros los seguía al trance.

Todavía estaban pasando frente al café, cuando algunos levantaron

los bancos de la plaza y con ellos improvisaron una trinchera contra los jinetes que se acercaban.

De pronto sonó un clarín y en la calle se hizo un súbito silencio. Pero la columna siguió avanzando.

De nuevo las breves notas del clarín pasaron sobre la multitud y se perdieron en la extensa avenida. De todas las bocacalles, de la plaza, surgieron soldados a pie, a caballo, que avanzaban con los desnudos sables en alto.

La columna vaciló un instante; luego se deshizo en grandes grupos que corrían en todas direcciones, mientras unos gritaban desafiantes y otros se arrinconaban en el quicio de las puertas.

Sonó un disparo. Luego otro, muchos.

Los soldados atropellaban con sus caballos y los sables se abatían sobre las espaldas de los fugitivos.

Un grupo de obreros con sus uniformes de trabajo corrió hacia allí donde los sables elegían a sus víctimas. A su frente uno de ellos levantaba el puño como una bandera, mientras su voz enronquecida incitaba al combate. Y aunque su voz y su gesto llamaban tras suyo a los enardecidos compañeros, él corría más que ellos para ser el primero en el choque violento. En aquella imagen del valor sin medidas, Julio reconoció a su vecino el Motorman.

Apenas si él lograba mantenerse en su sitio, cuando alguien tomó su brazo y le hizo girar hacia la puerta. Era Jorge Goñi quien le gritaba:

— ¡Entre! ¡Váyase!

— ¿Y usted?

— Yo me voy con mis camaradas.

No pudo contestarle, porque ya otros los apartaban y Goñi saltaba a la calle.

Todavía pudo ver un coracero que galopaba, en alto el sable, hacia un pequeño grupo guarecido detrás de una columna. Sofrenado violentamente vaciló el caballo; saltaron chispas de sus cuatro herraduras y cayó tendido sobre el asfalto.

Corrieron entonces los del grupo. Uno recogió el sable y mientras el caballo se esforzaba por pararse, ya no se veía al coracero.

Volvieron a sonar algunos disparos.

Cuando Julio pudo reaccionar, estaba dentro del café entre gentes que insultaban no se sabía a quién, se limpiaban las ropas, o gritaban nombres que nadie podía oír.

Una voz histérica de mujer clamaba sin cesar:

— ¡Me pegaron un sablazo, sí señor, un sablazo! ¡A mí, a mi me pegaron!

Alguien tomó a Julio la mano para que lo escuchase. Tenía a su lado un obrero con su blusa de tranviario arrollada bajo el brazo; había perdido la gorra. En los ojos el terror ponía una mirada lejana, inexpresiva.

— Señor, ¿usted cree que llegarán hasta aquí? Porque yo soy un enfermo...

El joven respondió, molesto:

— Yo no creo nada.

El otro ya no lo oía; veía crecer el tumulto, mientras se empequeñecía acodándose en la mesa cercana.

En la calle seguían los gritos; golpeaban las piedras contra las cortinas metálicas y los cascos de los caballos en el asfalto.

Sobre la humillación que lo domina, Julio apenas puede ordenar algunos pensamientos.

Protegido contra el palco de la orquesta, entre gente paralizada por el miedo o enardecida por un rencor impotente, él está allí, confundido con ellos, cuando tan cerca se alza la rabia de la lucha en gritos de coraje que aumentan su tristeza. ¿Qué fue de su pena por no haber estado en la carga alucinante de las lanzas, cuando las oía narrar en su pueblo? Como allá, aquí se oye el clarín ordenando el combate. Y él está arrinconado entre los maulas, huyendo de la voz que desnudó los sables.

El romántico propósito de embellecer la vida sirviendo a los hombres, ¿dónde está ahora?

¡Ah, si lo viera su madre!

Creciendo su humillación, la figura de Jorge Goñi y del Motorman parecieron alzarse ante sus ojos.

Más, ¿Por qué él, Julio Esnarri, un estudiante campesino, habría de lanzarse a aquel combate? ¿A quién defendería, y por qué?

Goñi y el Motorman lo sabrían. ¿Pero él?

¿Es que sabían sus paisanos porque iban a las revoluciones? Recién entonces se lo preguntaba. Y sin embargo, él los amaba porque eran capaces de dejar su casa, abandonar a una cierta miseria a los suyos y galopar hacia el peligro sin otra esperanza que la de hacer digna la vida bajo la divisa del sombrero, siguiendo el trote del caballo de su caudillo. Y cuando volvían, más pobres que antes, el orgullo de poder hablar con palabras que sus hechos hacían verdaderas. Pero ahora, ¿cuál es la divisa? ¿Quién el caudillo?

El recuerdo de Goñi y el Motorman seguía en su frente.

Fuera, todavía sonó un disparo.

Los proletarios; el capital; las jornadas de trabajo; el salario. Las palabras extrañas y vacías, comenzaban a adquirir un significado dramático en su espíritu.

Sobre el estrépito en la avenida, resonó de nuevo el clarín. Le siguieron las bocinas de las ambulancias que recogían a los caídos.

El silencio se fue densificando. Todavía se sentía correr a algunos por las aceras.

Cuando todo se hubo quietado, se abrieron las puertas del café y comenzaron a salir los que estaban allí guarecidos.

Julio evitó a sus amigos y partió solo por la avenida.

Anocheecía ya. Pero ningún comercio encendía las luces de sus carteles. Con el máuser a la espalda y el sable envainado golpeando en las costillas de los caballos pasó, al tranco, un escuadrón de coraceros. Las campanillas de las ambulancias se seguían oyendo en todas las direcciones.

Cuando él llegó a su casa, Alberto preparaba ya el agua del mate. Sin quitarse el sombrero, como si fuera en busca de una respuesta, se asomó al balcón.

En el patio, sentada a la orilla del rectángulo de luz, la muchacha esperaba.

CAPITULO X

- ¿El señor Julio Esnarri?
- Si señor. A sus órdenes.
- Muchas gracias. Soy Guillermo Folke, para servirle.
- Pase usted. Tome asiento. Discúlpeme porque le reciba en alpargatas.
- No se moleste; está usted en su casa. Sólo venía a pedirle disculpas.
- Por favor, pase y siéntese. ¿Quiere acompañarme en el mate, o prefiere un café?
- Es usted muy amable. Le aceptaré, con mucho gusto, el mate.

A modo de disculpa al coger la silla y sentarse Folke agregó:

- Seré muy breve. Le debo esta explicación que ya tuve el gusto de ofrecerle a su compañero. Persona, por lo demás y sin despreciar a nadie, muy amable.

Los dos estaban ya sentados junto a la mesa que servía de escritorio. Julio cerró el libro en que leía, ofreció a su vecino un cigarrillo y comenzó a cebar el mate mientras escuchaba. El otro buscó con la mirada una percha en las paredes desnudas, y terminó colocando cuidadosamente el sombrero sobre la mesa.

- He advertido que es usted quien estudia por la noche y es, por eso mismo, al que molesto con mi trompeta.

Mientras le alcanzaba el mate, Julio contestó, cordial:

- No me molesta en lo mínimo. Cada uno en lo suyo, como buenos vecinos.

- Muchas gracias. Pero es que se preguntará: ¿por qué este señor no estudia durante el día?

- Ya lo se: porque usted trabaja; sólo en la noche halla horas libres para sus estudios.

- Sin embargo, me imagino el tormento de sentir durante horas, una y otra vez la misma escala.

- Con no escucharlo, basta.

Y los dos se sonrieron, comprensivos.

El mate iba acercando la intimidad. Folke quería hablar.

- Hoy me veo reducido a este apartamento en el fondo de una casa...

- Insisto en que no está usted obligado a explicarse.

- No señor. Tengo mucho gusto. He pasado gran parte de mi vida rodeado de comodidades y puedo comprender las molestias que causo.

ba a oscurecer el prestigio del decadentismo francés. Yo era generoso cuando llegaba el momento desagradable de pagar los cafés, y aunque no dominara mi instrumento, ilustraba con citas abundosas de nombres alemanes mis opiniones sobre la música. Comprendía que no me estimaban lo bastante; apenas una benevolente superioridad me acogía en la rueda. Yo era rico. Por otra parte, ¿cuáles eran mis méritos reales? Ellos leían el último poema o cuento que habrían escrito; los dibujantes tomaban apuntes o trazaban caricaturas. ¿Cómo podría yo dar un concierto de trompeta en el café?

— En la sonrisa del narrador, Julio advirtió que le había preguntado sin el recuerdo de una amargura.

— Tenía, como todos, mi novia. Ella, ya lo sabe usted, como todas las novias creía en mi talento y soñaba, casi en el éxtasis, en mi melena rubia bajo las luces del palco escénico. La posición de mi padre evitó a nuestros amores el disgusto de pensar en el dinero. Así fue nuestro matrimonio; algo parecido a la felicidad.

Julio le interrumpió, sorprendido.

— ¿No es la de hoy, su señora de entonces? Por la edad de ambos...

— Sí; pero hablo de aquel tiempo. Yo trabajaba y perdía horas con mi trompeta; ella tejía lanas para el invierno próximo, mientras aguardaba el día de mi consagración.

Volvió a sonreír.

— Como usted ve, me ayudaba con las labores de su sexo, y la esperanza. Hasta que estalló esta guerra recién terminada. ¿Para qué he de recordarle lo que usted conoce? La libertad amenazada por el imperialismo prusiano; la civilización cristiana en peligro... Para mí, sin intentar contradecir tan limpios principios, fue una simple guerra de colonias y mercados.

— También en esos casos, está comprometida la libertad.

Folke sonrió por lo que iba a decir.

— Si señor. Pero eso ocurre cuando la guerra la hacen las colonias. Y entonces son revoluciones. Muchas gracias por su mate. Le estoy robando su tiempo...

— Siga, por favor. Le escucho con verdadero interés.

— Ya termino. Mis dos hermanos habían partido para la patria de mi padre. Supimos que llegaron; después, el silencio. Sobrevino la derrota de Alemania y el armisticio de Compiègne. Toda la pequeña fortuna de mi padre estaba convertida en marcos, o en acciones de compañías germánicas. Si usted me permitiera expresarme con un giro hiperbólico, yo diría que en aquel vagón escondido en el bosque, se consumó la

Mientras sorbía su mate, Julio observaba a aquel hombre anguloso, el rostro enjuto, de ojos a los que la luz daba un tinto casi celeste bajo las cejas doradas. Por la melena rubia ya se veía asomar las canas. Cuidaba el medio tono de su voz, como la precisión de las palabras.

— No éramos ciertamente, lo que podría decirse una familia rica. Pero en mi casa no se conocían los sobresaltos económicos. Todo estaba en orden; hasta, si usted me permite, la prosperidad. Mi padre, un inmigrante bávaro, había quedado viudo cuando nosotros, sus tres hijos, éramos aún niños. No tengo recuerdo alguno de mi madre.

— Aún así, debe sentirse una gran nostalgia.

— Menor de lo que usted piensa, me parece. Usted sabe lo que perdería con ella; yo no. Mi padre nos educó según las costumbres de este país. Le estaba agradecido al Uruguay. Aquí amó, y tuvo sus hijos. Aquí está la tumba de mi madre. Se estableció con un comercio de importación de joyas. Desde los días en que tuve capacidad para comprender ciertas cosas, no conocí más que la creciente abundancia en mi casa. A medida que íbamos haciéndonos hombres, nos asociaba a su negocio. Deseaba que tuviéramos una vida independiente. Porque era el menor, apenas si yo tenía algún trabajo insignificante en el comercio. Además, mi vocación era otra. Había nacido para la música.

— Está claro: no pudo continuar en el comercio.

— No señor. Mi padre toleraba mis descuidos porque nos quería unidos a él. Por otra parte, ¿Por qué habría de ahogar una vocación tan enraizada en la tradición de su cultura? Tres grandes dioses protegían el orgullo de la raza: Bach, Mozart y Beethoven. Y ahora Wagner, erguido sobre la música de su tiempo. ¿No es él quien la ha librado de los Rossini y los Verdi?

— No podría decirselo; nada sé de música. Aunque no quisiera ocultarle mi emoción cuando escuché El Trovador.

— Bien; no discutamos. Vine a otra cosa. Muy bueno su mate; se ve que es usted del campo. El hecho es que comencé mis estudios de trompeta. ¿Le expresé ya mi admiración por Wagner?

Dijo sonriente mientras devolvía el mate. Y continuó:

— En un pequeño café del Cordón nos reuníamos algunos poetas, escritores y dibujantes. Tal vez me exceda al calificarlos. De todos modos, todos creíamos que lo eran. Vestíamos, naturalmente, como usted ve; no éramos un grupo extraño en Montevideo. En realidad, yo no tenía títulos que justificaran mi presencia en sus apasionadas discusiones. No necesito decirle que entonces la gran novela rusa comenza-

derrota de dos Imperios y la ruina de mi casa. Tan rápido una consecuencia siguió a la otra. Mi padre no pudo resistirlo y se suicidó.

— Comparto su pena, señor Folke.

— Esta corbata negra es por su falta. Hace tan poco tiempo que pasaba esto y, sin embargo, me parece ya lejano. Después de su pérdida, vino la ruina. ¿Cómo ocurrió? Creo que todas ocurren del mismo modo.

Julio le oía con el ánimo enternecido. El continuó, sin alterar el medio tono de la voz ni la sobriedad del ademán.

— No necesitaré fastidiarle diciéndole cuánto anduve antes de lograr estos corretajes en que ahora me ocupo. Pero llego a los comercios y paso mi tarjeta: Guillermo Folke, Representaciones. ¿El hijo de un importador que se suicidó por deudas; un apellido alemán? No, no tienen interés en recibirme.

— Tal vez su presencia...

— También. Pero si cambiara mi aspecto me sentiría ridículo. Además, sería como si me rindiese. Excúseme usted; pero ese personaje que cada uno ha hecho de sí mismo es, en nuestro mundo sentimental, muchas veces más verdadero que el que somos. Y es, en estas circunstancias, un consuelo. Acaso por ello sigo con mi trompeta.

— Creía haberlo oído que era su vocación.

— Yo también lo creía. Es cierto que amo la música. Pero ¿por qué la trompeta? ¿Tal vez Wagner? Y sonrió, acentuando la disculpa. Aunque no he vuelto a la rueda de los poetas, continúo con el vicio de hablar con hipérboles. De todos modos he debido reconocer que no tengo ningún talento singular como trompetista.

— Alberto me anunció que dentro de breve integrará usted una orquesta.

— Es lo que espero... Hizo una pausa de duda y añadió en tono aún más bajo: ... y me exigen.

Julio preguntó desconcertado:

— ¿Le exigen?

— Sí, señor. Por eso les molesto a ustedes con mis escalas. Desde que caímos en la pobreza mi mujer duda de mi talento y no quiere oír ya hablar de aquellos grandes sueños. El problema es vivir. Volver a las pasadas comodidades; de cualquier modo, por cualquier camino. Se siente defraudada...

— Si no le importa, yo no desearía enterarme de ese tipo de intimidaciones.

— Comprendo, señor Esnarri, y le agradezco. Seré ya muy breve; pero necesito dos palabras más para explicarle un pedido. El carácter de mi esposa se ha alterado, o acusado, de modo lamentable. Una irresistible tendencia a hablar mal de la gente se ha apoderado de su ánimo. Sobrelleva la pobreza como una ofensa.

— Es perdonable. Haberse hecho una idea de la vida, alcanzar el principio de su realización y de pronto, nada...

— Lo mismo pienso. Pero es que le irrita la presencia de quienes viven con tranquila normalidad. Y ante ellos no se conduce correctamente. Yo quisiera rogarle que si la encuentra en la escalera y la ve torcerle la cara o contestar con acritud a su saludo, no le atribuya usted a un propósito consciente. Es ésta desdichada condición...

— Descuide, señor Folke. Comprendo la desilusión de su señora, y hasta mueve mi simpatía.

— Muchas gracias; ahora quedo tranquilo. Pensé que podríamos llegar a ser buenos vecinos, y acaso hasta amigos. En un ambiente como éste en que nos hallamos, la amistad de jóvenes como ustedes es un descanso. No me hubiera perdonado el molestarlo con mi trompeta o un desaire de mi esposa, sin disculparme.

Con el sombrero ya en la mano, el músico se puso de pie.

— Le he quitado su tiempo, sin ningún derecho.

— Esta puerta está siempre abierta para usted, con mucho gusto.

Como dos viejos amigos se estrecharon las manos.

— Mis saludos para su compañero. Gracias por su atención, señor Esnarri; no me equivoqué. Guillermo Folke, para servirle.

Si la visita de su vecino hubiera ocurrido en los primeros días de su llegada a Montevideo, él habría podido compartir su pena.

Entonces todavía la vida se expresaba en su conciencia con nombres familiares; se enriquecía con el conocimiento del pequeño drama de aquellos que veía pasar a su lado, o se ensanchaba en la repetida narración del episodio que la tradición transmitía, vivo y exaltante, a través de las generaciones.

Sus estudios liceales extendieron el tiempo y la geografía en que ocurrieron los hechos del hombre. Pero el sacudimiento de sus luchas se habría desvanecido en los siglos, sin huella en el recuerdo emocional de su pueblo. Cuando más vivos alcanzaban a ser en su imaginación los hechos, eran como estampas inmóviles, muertas, o tan lejanas de sus diarias realidades como los sueños de sus primeras lecturas infantiles.

La historia que él amaba había comenzado con Artigas.

Sobre el paisaje familiar lo veía perderse en los horizontes, siguiendo por las huellas en los altos pastizales, el rumbo de las tropas que arreaban los contrabandistas; sentado al fogón de los montaraces, o tendido junto al caballo cruzar las corrientes de los arroyos desbordados. Así lo concebía adiestrándose en la soledad, para los días del Exodo y la larga vejez de pobreza y olvido.

Tan vivo estaba en su alma el caudillo que podría, entre el gauchaje reunido junto a los trillos de una carrera, reconocerlo por el caballo que montaba, o por su voz, aunque a sus espaldas él hablase. Lo veía cortar el asado junto a los labios; bañarse en el río; tenderse en la loma sobre el recado, al abrigo del poncho, con la luz de las estrellas sobre la frente.

Con él nació la historia que Julio Esnarri creía comprender. En ella hallaba la medida de los valores humanos, y el sentido de su propio destino.

Entonces, sólo en la ciudad extraña, advertía que él amaba esa vida más de lo que creyera cuando en su pueblo esperaba la hora de la partida. De ella había querido intuir sus misterios; los anhelos más íntimos; la esperanza.

En el íntimo mundo de su conciencia de entonces, el drama de Guillermo Folke habría conmovido su piedad y adquirido en su pensamiento el valor de un signo.

Pero ahora, desarraigado de su tierra, se siente también perdido en el tiempo.

Los hechos pasan ante sus ojos, sin darse espacio para que el pensamiento lo una y los incorpore, así, a la conciencia. Son de hombres hasta un momento antes, desconocidos; cuyos nombres no oír repetir jamás. Se precipitan sobre él, sacuden sus viejas convicciones y alejan de la memoria los rostros en los que él podía evocar una vida.

Así son las ideas que acosan su pensamiento. Nada en ellas recuerda las viejas voces que el tiempo repetiría en su pueblo y con ellas ordenaba conductas. De espaldas al campo, por los caminos del mar siente llegar las palabras que él comprende a medias.

No es que en Melo ignorase los sucesos. La guerra había atravesado el océano y los pueblos se acercaron en el conocimiento de todos. Pero allá era la noticia; aquí es el hecho.

Sus estudios le ilustraron sobre la historia del mundo. Pero ello no era en él lo entrañable; apenas si la sentía enriqueciendo su pensamiento. Aquí la siente vivir, apasionadamente, dividiendo a los hombres; creando una esperanza, o recibida con rencor que entristece con silen-

cios de enojo la mesa familiar. Parecen empalidecer las divisas, y morir al tiempo heroico que exaltó su alma de niño.

Guillermo Folke está haciendo sonar las escalas en su trompeta.

Pero Julio no lo escucha; como no le conmovió la pena de su drama.

Está pensando en el Motorman. Durante unos días no lo vio sentarse a leer su diario al fin de la jornada, fue después de aquella tarde en la avenida. Ahora ha vuelto. A sentarse solo a la hora del almuerzo y a tomar el mate que la Muchacha le ceba en los anocheceres.

El no sabe su nombre; apenas si ha visto su rostro. No conoce, como de Guillermo Folke, la esperanza ni la desdicha. Pero no olvidará su paso al frente de la multitud, con el puño en alto como una bandera.

No importa que esté ya acostumbrado a los hábitos ciudadanos. Julio no halla la calma para la avidez de su juventud. Buscaba en los libros la respuesta a la pregunta que más lo urgía. Necesitaba encontrar los eslabones que unían los tiempos que él creía conocer, con el que ahora le espolea el alma con sus problemas.

Sentado con impúdica intimidad junto a la mujer elegida en la sala de la pensión, descansaba su pensamiento en la fácil alegría de su carácter. Nada entonces importaba, sino su cuerpo; los deseos ardorosos, las desnudeces pródigas que lo exaltaban y le hacían pensar que se hallaba en el recóndito seno de la vida humana. De la vida que el veía pasar en la calle y le angustiaba como un misterio, en el cuerpo de una mujer hermosa.

Pero cuando se queda solo en el apartamento y revisa sus días, comprende que la ciudad esquiva le niega el secreto de las fuerzas que están modelando su propia vida.

Y aunque el drama del Trompetista, como la huelga conmoviendo la avenida, son una forma de la existencia, Julio Esnarri sabe que eso no es, todavía, la ciudad. El está como a la orilla de un río del que hubiera recogido puñados de agua de la corriente que sigue pasando sus ojos, y se pierde en el llano. Son estos misteriosos impulsos los que habrá de conocer para situar en ellos la vida.

No es la diáfana historia de Guillermo Folke la que habrá de mostrarle el alma ardiente de la ciudad. Ni siquiera el gesto de Jorge Goñi en la puerta del café.

Algo más lejano le está cercando, indiferente al viejo mundo de sus emociones; a las que fueron claras líneas de su pensamiento.

Cambia el rostro de los héroes y el signo de la heroicidad. Aunque él no lo sienta, su inteligencia lo intuye.

Julio aguarda una hora que él siente acercarse, mientras la alegría de su juventud triunfa en su gesto campesino, abierto y varonil, y en la palabra rotunda con que afirma sus juicios.

Presiente, en lo íntimo de sí mismo, un hombre que quiere ser. Por más que lo olvide en las noches en que una mujer en su falda le acaricia las mejillas con sus labios dormidos, o lo deje atónito el desencanto. La voluntad inconsciente guarda aquel sueño impreciso y le incita a servirle.

Guillermo Folke sigue llenando el ámbito de la casa con las notas de su trompeta.

Julio Esnarri piensa en la ciudad todavía desconocida, en la que va a luchar el hombre que quiere ser.

CAPITULO XI

La ciudad bajo la lluvia tenía en el ánimo de Julio una fuerte sugestión de intimidad campesina.

Un oscuro cielo pesaba sobre los altos edificios en alguna de cuyas ventanas se veían luces escondidas.

En las calles se empequeñecían los transeúntes bajo los paraguas o corrían a refugiarse en los portales. Sobre el asfalto reluciente iba una agua terrosa arrastrando las hojas del otoño. En el gris uniforme de las horas desaparecieron las sombras de la mañana, como en un tiempo detenido.

Julio había preparado el mate y aguardaba a su compañero. Era la hora en que se encontraban y podían hablar, mientras el mate los unía tanto como las palabras. Después cada uno iba a lo suyo y sólo volvían a verse a la hora de comer en el restaurante. Por la noche Alberto regresaba de madrugada, cuando ya el otro dormía.

Esa mañana Julio no había podido estudiar. Un impulso más fuerte que el de su voluntad dispersaba su atención, y sobre la mesa en el patiecito los libros quedaron olvidados.

Muchas noches en la soledad del cuarto se había dormido creyendo que en la mañana próxima haría a su amigo aquella confesión definitiva. Pero cuando estuvieron juntos y ya él sentía las palabras en los labios, el temor al arrepentimiento las calló.

Ahora, en cambio, desborda su timidez y le impacientan la espera de Alberto que ya anda en el cuarto silbando un tango de moda.

Así, apenas el amigo se sentó, Julio dijo, puestos los ojos en el mate que comenzó a cebar:

- Hoy tenemos tiempo para charlar.
- ¡Claro! ¿A dónde podría irse en esta mañana aburrida?
- Hace días que intento decirte algo. No se cómo lo entenderás.
- Alberto se alegró francamente.
- ¿Ya la novia?
- No, no se trata de eso.
- Bueno; la amiga, entonces.
- Oh, no; algo más importante ...
- Su amigo bromeaba:
- Claro, será importante. ¿Pero más que una novia o una amiga?

Dame un cigarro entonces y te escucho. Dijo al tiempo de coger el mate.

— Pienso que antes de mucho ingresaré a la vida política. Allí está mi lucha.

Alberto no disimuló su sorpresa.

— ¿Tú? Te negaste siempre a intervenir. . .

— Si, me indignaba ver denigrar al virtuoso y encumbrar la medianía. Pero si uno quiere servir a los hombres, ¿de qué otro modo puede hacerlo? No soy un sabio, un maestro, ni un sacerdote. No soy más que un hombre.

— Nunca he querido mezclarme en política. Recibí en mi casa una divisa y la llevé con orgullo. Si se tratara de la libertad. . .

— De eso se trata. Aquí, en la ciudad, se comprende mejor. Es bella y generosa la vida; no te alcanzarían cien años para gozarla. Y mientras unos la tienen colmados de sus bienes, otros los miran pasar desde los círculos infranqueables de la miseria. ¿No ves los prisioneros? ¿Crees que no se trata de la libertad?

— Así ha sido siempre. Y cada vez menos, es justo decir. Tu pensabas igual.

— Si; pero ahora comienzo a ver claro mi deber.

— No te ofendas por mis palabras; lo que importa es la amistad con que te hablo. ¿Vas a ser tú también, uno de esos que ahora se estila, que quieren borrar del mundo a los ricos? Mi padre lo es, y no despojó a nadie de lo suyo. Tu lo sabes. Desde que se conoce nuestro nombre allá, somos ricos. Como Goñi, ¿nos vas a odiar?

— Odio la injusticia; no a los hombres.

— Pero ellos la hacen.

— Ellos la disfrutan. Viene de muy lejos.

Alberto sonrió:

— ¿Cómo la ruina de Guillermo Folke?

Julio contestó, cordial.

— También. Pero pensaba en los años.

— ¿Me dejas bromear? ¿Tal vez las carabelas de Solís?

— Tal vez. Aunque no creo en la justicia de los charrúas.

— Sufrir así por el mal ajeno, es un signo de superioridad moral.

— Se que no piensas molestarme, y te contesto con dos recuerdos del campo de donde venimos. Has visto morir muchas vacas en el campo. ¿Viste que alguna otra, el toro siquiera, se parase a mirarla?

— No.

— Pero cuando se mata una, o un novillo; ¿no has visto al ganado ir todas las tardecitas a llorar por las huellas de la sangre? ¿Por qué una vez la indiferencia, y otra el lamento? En la estancia de mi abuelo, en la tropilla había un caballo tostado y un petizo. Cuando envejecieron los dos se apartaron de los demás y juntos pastaban en las cañadas cercanas al río. Un día le faltaron las fuerzas al petizo, y se tendió para morir. El caballo tostado dejó de comer y buscó la mirada de su compañero. Pasaban los días y desde las casas se podía ver en la ladera al petizo tendido y, frente a sus ojos, quieto, volteado el cuello, el caballo mirándolo. Si el petizo en la agonía se revolcaba y cambiaba de posición, el caballo lo rodeaba y de nuevo quedaba con el cuello volteado, mirándolo a los ojos. ¿Cuánto tiempo pasaron? No lo recuerdo. Pero una tarde alguien dijo: Murió el petizo. Allá va el tostado a tomar agua.

Alberto quiso ocultar su ánimo conmovido.

— Te has puesto sentimental.

— Seguramente. Pero explícame eso. Decías que sufrir por el mal ajeno es signo de superioridad.

— Quise decir que sólo los que se creen llamados a cumplir un alto destino piensan así.

— No lo sé. Pero necesito una razón para vivir.

— ¿Qué más razón que la vida?

— Reducida a mí mismo, no me alcanza. Tal vez me he criado en un medio cargado de pasión y lucha, y no puedo vivir de otro modo.

— ¡Bah, eso ya pasó! Te lo repiten todos los días: estamos en la era del progreso.

— Siempre fue la era del progreso. Acuérdate del asombro de los indios cuando vieron un hombre a caballo.

Alberto prolongó la pausa sorbiendo el mate. Cuando lo alcanzó dijo, buscando sin prisa las palabras.

— No me mires mal. Pero soy un hombre sencillo, amigo de mis amigos, al que gustan el baile, las carreras y las bellas mujeres. Aunque sea mirarlas...

— También a mí.

— Y bueno; lo demás son historias. No deseo el mal de nadie y soy generoso cuando puedo. Que me dejen en paz.

— Es que no te dejarán. Del recuerdo, de los libros, de mi breve vida en Montevideo, esta es la sencilla lección que he aprendido: por nosotros está pasando la historia, y de nosotros se sirve. Ya ves; no es gran cosa lo que sé. Pero me impone una conducta.

Alberto se sintió empequeñecido ante el amigo, y quiso justificarse.

- Escúchame, Julio. Todos sentimos pudor de decir ciertas cosas; a nadie, no siendo un anormal, le gusta desnudarse en público. Pero aquí estamos dos compañeros, con el mate en la mano, y podemos hablar. Tal vez no diga más que una vulgaridad. Yo sé que hay una actitud heroica en la vida; pero no soy un héroe. Cuando pienso en alguno, no me asombra el coraje, si no su capacidad para el constante renunciamiento. Yo no podría. Los discursos sobre la justicia, la libertad, muy bien. Pero, ¿y la vida de quienes la proclaman? ¿Cómo la certeza de una idea revolucionaria, puede dejar a mi voluntad indiferente ante el sacrificio? Confieso mi impotencia, y me aparto. Pero me alegra saber que hay héroes; aunque yo esté tan lejos del heroísmo, como de esas mujeres que desde el paraíso del teatro veo sentadas en la platea.

Se levantó para ir a componer el mate. Pensé que había estado solemne y desde la cocina se excusó, riéndose.

- Casi digo un discurso.

Julio aguardó su regreso para contestarle.

- No hay otro modo de hablar, cuando estamos enfrentando nuestro destino. Creo, como tu, que cuando una idea es verdad en nosotros, se convierte en un compromiso de la conciencia. A medida que avanza en el conocimiento, mejor comprendo que yo no podría vivir sin esos compromisos.

- Tienes tu carrera por delante. Espera.

- Siento que no puedo. Has visto, como yo, muchos hombres que pasaron los años aguardando otra vida. Y así los sorprendió la muerte. El secreto que para mí guardaba esta ciudad, era esta revelación de mi propia conciencia. Aquí se siente violenta la injusticia. Pero también aquí ves el rostro, oyes la voz, de los que luchan contra ella. No quiero volver a arrinconarme en un café.

Para no molestar a su amigo, Alberto cuidaba disimular con la sonrisa y el tono afectuoso de la voz, la violencia de su pensamiento.

- ¿Te unirás a las filas de nuestro vecino el Motorman?

Julio agradeció la amistad con que su compañero lo escuchaba; así, a su ánimo no llegaba la ofensa.

- Sí, si él tiene razón. No importa quien sea, si no la causa que lo anima. También esto en la ciudad se aprende. En Melo yo estaba más cerca de las personas; aquí, de los hombres.

- Te repito que soy un sujeto sencillo; pero hay grandes realidades que cualquiera puede ver. Déjame que intente decirlo. Creíamos vivir

en un mundo de paz, en el que los más delicados sentimientos parecían florecer en el alma humana. ¿Cuántas veces, tu, mismo te habrás sorprendido recitando "Murió de amor la desdichada Elvira"? Recuerdo haber visto en una sala, entre consolas doradas y grandes cortinas rojas, a la luz desvanecida de una lámpara de pie, un cuadro en la pared en el cual angelitos rosados descansaban entre las pálidas flores de un árbol. En mi casa se guardaba una tarjeta postal donde un crítico de renombre en el país, había escrito: "El corazón es una alcancía de guarda sus ahorros el amor . . .". ¡Lástima que no recuerdo más! Pero vino la guerra. Y sobre la brutalidad de la muerte de millones de hombres, sonaban las grandes palabras: ¡Libertad! ¡Justicia! Nosotros también fuimos guerreros de la gran causa. Y cuando terminó, ¿qué? Cambiaron de color algunos trozos del mapamundi. Las colonias germánicas pasaron de una a otras manos. Eso fue todo.

— ¿Cómo puedes creer que no se salvó la libertad amenazada; aún la nuestra?

— Digo lo que vi. Se hundieron algunas monarquías, de lo que me alegro muy sinceramente, y estalló la gran revolución rusa. ¿Qué hay detrás de ella? Una gran nación americana surge dominadora. ¿Nosotros? Nos enriquecimos con la guerra y nos empobrecimos con la paz.

— Lo acabas de probar. No nos está permitiendo aislarnos del mundo, ni apartarnos de los hombres.

Alberto rió por lo que iba a decir.

— Yo sólo sé que ya no muere de amor la desdichada Elvira, y los angelitos cayeron del árbol florido.

Julio continuó la broma.

— Si, y aunque nació mucho después, ya no "ríe la Marquesa Eulalia". Pero es otra mi cuenta. Desde antes de la guerra ¿no estaban cambiando nuestras costumbres, en el sentido de la justicia? ¿No fue la guerra el estallido de esas causas que nosotros no veíamos?

— Pregúntale a la gente; verás el desencanto.

— Sólo veo el entusiasmo. Sufren los que todavía viven aquel tiempo ya muerto. Pero escucha a los que esperan, y verás su alegría.

— ¿A los que se hacen matar por un salario? Prefiero nuestras revoluciones criollas.

— Tal vez eran lo mismo.

El estupor inmovilizó el gesto de Alberto, que preguntó con voz de asombro.

— ¿Los mismos?

Julio sonrió ante la extrañeza del amigo al que contestó bromeando.

— Como en el cuento del vasco y los mangangás. Cambian de vestido; pero él los conoce por la canción. Tal vez éstos la sepan mejor que aquellos.

La ciudad parecía perdida en la oscuridad de la mañana.

Sobre la claraboya del patiecito caía una lluvia lenta hasta el hastío.

— ¿Por qué no enciendes la luz? Apenas si ves para cebar.

Julio se levantó y mientras hacía girar la llave, comentó:

— ¡Vaya el otoño en Montevideo! Las mañanas parecen nochecitas.

La pequeña luz amarillenta acentuó la intimidad del momento. Alberto había extendido las manos cruzadas sobre la mesa, y miraba a su amigo distraído en cebar el mate.

Cada uno se había recogido en su propio pensamiento.

La confidencia de Julio había despertado en el otro la emulación de la sinceridad. En el alma juvenil el silencio pesaba como una culpa, ante quien acababa de revelarle las luchas de su espíritu. Lo había elegido a él para la difícil confesión: y él, en cambio, callaba. Si habían de vivir juntos; si la amistad habría de mantenerse por el mutuo conocimiento de la intimidad de cada uno, Julio dió el ejemplo y él no debía malpagarle con su egoísmo. Le sonrojaba la pequeñez de lo que habría de decir. Pero era lo suyo; tan íntimo y tenaz como el pensamiento de Julio. Sólo diciéndole a su compañero comprendería su conducta.

Sorbió lentamente el mate que el otro había puesto en sus manos y cuando lo devolvió, con acento de quien reinicia un diálogo que sólo llena el tiempo, dijo:

— Me entristece de ese nuevo tiempo que tu proclamas, la muerte de tantos ideales que hicieron bella la vida del hombre. Del amor, entre otros, parece tonto hablar.

— No lo creo.

— Pero, ¿tú hablas del amor libre?

— Hablo del amor.

— Pienso en el que llevamos escondido como un pecado, y por el que parecemos un hombre que no somos.

— ¿Tú eres ése, acaso?

— Me ruboriza decírtelo. Pero la amistad me obliga.

— Te creía feliz con tu juventud y tu carácter.

— No, no soy feliz. Es algo menos dramático y más tierno. Cuando

llegué a Montevideo tuve tu mismo deslumbramiento. Los que han nacido en grandes ciudades, no podrán comprender lo que pasa por el alma de un joven campesino en esos primeros días. La presencia de las mujeres cuyo hombre ignoras, ni su voz has sentido, se vuelve un sueño al alcance de la mano, en la luz ordinaria de los días. Exaltan tu imaginación; pero cuando te encuentras solo en la pieza del hotel, te angustia una absurda nostalgia de lo que nunca tuviste. ¿Te aburro?

— No, te escucho.

— Por una circunstancia cualquiera, conocí un día a una mujer en la que sentí a todas aquellas que yo hubiera amado. No preguntes su nombre. No te diré si es pequeña o alta; morena o rubia; si son verdes sus ojos, o castaños. Sólo puedo decirte que la conocí una noche, en traje de primavera. Hablaba con una impensada sinceridad. Y así sus palabras eran arrebatadas, tímidas, quejosas, libres . . .

Alberto aprovechó el recibir el mate, para interrumpirse con acento de arrepentido.

— Perdóname; me pongo pesado.

— ¿Por qué las disculpas? ¿Es que eres tú el único que ha amado?

— Sí, claro. Es que me da vergüenza.

— ¿Haber amado?

— No; decirlo. Tengo su presencia en los ojos. Sentada frente a mí, aún la veo mordirse apenas los labios, mirar distraída a los míos, y juntarse sus rodillas tan lenta y suavemente, como párpados que se entornan, ruborosos. Hablamos. Sí, hablamos muchas veces. Yo la admiraba. Hasta que una tarde, audaz, recatada, se reclinó en mis brazos. Tanta era mi emoción, que no me atreví a besarle la boca. No, no hubiera podido; como no podía decirle otra palabra que su nombre. Todo, ¡tan poco!, fue apenas un instante. Nos volvimos a ver varios días después. Entonces yo estaba colmado de caricias y de palabras. Pero ella me detuvo; nunca más volvería aquel instante venturoso. Me dijo sus íntimas razones, que sin protestas acepté. Pero ¿Y yo? ¡Ah, parecía no estar en su pensamiento!

— Comprendo tu desengaño ante esa burla.

— No he hablado de desengaño, ni burla . . .

En el apartamento vecino se sentían las voces del jubilado. Queriendo evitar que se entendieran sus palabras, la mujer golpeaba sus tachos en la cocina. Pero las voces crecían y parecían acercarse. Alberto se interrumpió.

— Empezó temprano, el hombre.

— No hagas caso, sigue.

— Sí, termino. Pasaron años sin verla. Una imprevista circunstancia nos acercó. Cometí la torpeza de aludir a aquella tarde. Me interrumpió bruscamente para decirme: Aquello fue una mentira. Sufrí un agravio...

— ¡Claro!

— No, no a mí, como te imaginas. El agravio a aquella mujer tierna y vehemente que una tarde estuvo un momento entre mis brazos. ¿Comprendes ahora los bailes, la amiga ...? Rió francamente. — Ahí tienes. A pesar de la guerra, de la revolución bolchevique, del Materialismo Histórico con que nos aburre Goñi, y de mi contradicción, sigue muriendo de amor la desdichada Elvira.

— ¿Y si ella volviese?

— No volverá. Me irrita ese borracho. Creo que me iré por no oírlo. Gracias por tu mate.

Alberto se puso de pie. Escuchó un momento las airadas voces, y fue al dormitorio a vestirse para salir. Julio quedó limpiando el mate, mientras decía cuidando de no ser oído de fuera.

— Ya le pasará. Se ve que la mujer le está hablando, pues no golpea sus tachos. Lo calmará, seguramente.

De nuevo sobre el murmullo de las voces angustiadas, Julio percibió las palabras del marido.

— ¿Qué se han creído? A Virgilio Trasmonte no lo humilla nadie.

El ruido de alguien arrastrando un mueble, apagaba las palabras y el llanto con que la mujer hablaba. Hasta que estalló un grito, y un cuerpo golpeó contra una puerta. Se hizo el silencio. Los sollozos eran lentos y sin palabras.

Julio se sentó intentando leer. Alberto andaba en la pieza, vistiéndose.

— ¡No, Virgilio, no vayas! — Clamaba la mujer junto a la puerta de salida. Se la sintió caer violentamente sobre una silla que se arrastró en el piso. Ya en el corredor avanzaban los pasos del hombre y comenzaban a entenderse sus palabras.

— A Virgilio Trasmonte nadie le hace esta. Oficial Primero del Registro, supe hacerme respetar.

Julio levantó los ojos del libro que sus manos nerviosas cerraron de prisa.

Impulsada violentamente la puerta se abrió, y el Jubilado dio un paso en el patiecito. Desarregladas las ropas, descompuesto el gesto bajo la cabellera canosa dijo, como un desafío:

— Buenos días.

Alberto preguntó impaciente, desde el dormitorio.

— ¿Qué pasa, ahí?

Pero Julio no contestó a uno ni a otro. De pie, recostado a la mesa, no miraba al extraño sino a sus ojos. Sentía los labios resecos apretados y golpearle la sangre en la frente. Todavía podía pensar, y aguardaba.

El otro volvió a hablar.

— ¿Usted es uno de los dueños de aquí?

— Sí.

— ¿Quiere decirme por qué instalaron la luz en su casa, y no pusieron una bombita en el zaguán, que es de todos?

Desde la pieza llegaron la risa y las palabras de Alberto.

— Echá a ese borracho.

Pero Julio veía el odio en los ojos. Un odio lastimoso en aquel rostro de vencido. Se oía llorar a la mujer en el corredor.

La voluntad ordenaba las palabras.

— Porque mandamos aquí, en nuestra casa.

El ebrio confundió la calma con el miedo, y acentuó la insolencia del tono.

— ¿Quieren decir a todo el que entre, que ustedes son ricos y Virgilio Trasmonte un pobre diablo?

Alberto se anudaba la corbata junto a la puerta del cuarto observaba la escena con una sonrisa ambigua.

— No queremos decir nada, ni somos ricos, ni sabemos quién es Virgilio Trasmonte.

Creyó que el joven le ofrecía disculpas y avanzó amenazante. Julio le miraba a los ojos y esperaba.

— ¡Y todavía, en plena mañana, prenden la luz! ¡Se ríen de la gente!

Estaba en el centro del patio, erguido, insolente, con la resolución en los ojos.

Julio sintió en su ánimo extenderse una despiadada calma en acecho.

Todavía habló:

— ¡Váyase!

El ebrio escupió con asco, y dijo:

— ¡Mamita!

Nadie pudo evitarlo. Cuando Alberto logró abrazar a su amigo, Virgilio Trasmonte estaba tendido en el corredor, y la mujer lloraba a

su lado mientras con la falda intentaba contenerle la sangre que seguía saliendo de sus narices.

Con la ayuda de Alberto la mujer logró poner de pie a su marido, cuyo brazo pasó sobre su cuello. Ninguno entre ellos hablaba.

Julio miraba la escena con una extraña sensación de indiferencia. Como un recién llegado que ignorase la causa de aquella sangre, sobre las baldosas amarillas. Le sonaba en la frente, lejana, vacía de sentido, la palabra ¡Mamita! Sólo tenía en los brazos el recuerdo de un peso que se escapa de sus manos y en los ojos una mirada de asombro que le interroga.

Encendió un cigarrillo y aguardó el regreso de su compañero, que ya dejaba a los otros en su puerta.

- ¿Lo ibas a matar? No te creí tan fuerte; sudé para quitártelo.
- No hablemos de esto. Ojalá sea la última vez.

En la casa sólo se sentía la lluvia golpeando sobre la claraboya.



INDICE

Prólogo	5
Autobiografía	11
Ultima Crónica	19

"Crónica de Muniz", "Crónica de la Reja", "Crónica de un Crimen", jalonan la vocación narrativa de Zavala Muniz. La muerte le sorprendió preparando una nueva novela, centrada en la aventura y la reflexión de un adolescente del interior, llegado a Montevideo y sorprendido por una forma de vida y una problemática distinta, resultante del impacto modernizador del "país batllista". El texto que hoy conocemos corresponde a la primera parte de un ambicioso proyecto que el autor no pudo concluir y que, sin duda, hubiera extendido en sucesivas secuencia: la crónica novelada del Uruguay del siglo XX. Aun así, esta "Última Crónica", refleja el dominio del lenguaje narrativo y traslada a niveles literarios, una de las etapas formacionales más apasionantes del Uruguay contemporáneo.



ediciones del nuevo mundo